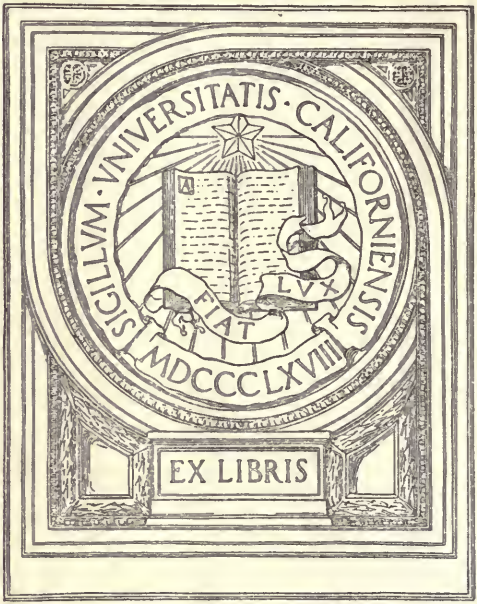
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
AT LOS ANGELES



Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Digitized for Microsoft Corporation
by the Internet Archive in 2006.
From University of California Libraries.
May be used for non-commercial, personal, research,
or educational purposes, or any fair use.
May not be indexed in a commercial service.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Los caballeros del Dorado

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

7725

por Ciro Bayo

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

LOS CABALLEROS DEL DORADO

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

LEYENDAS ÁUREAS DEL NUEVO MUNDO

La Colombiada. 1 volumen.

Los Marañones. 1 volumen.

Los Césares de la Patagonia. 1 volumen.

Los Caballeros del Dorado. 1 volumen.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CIRO BAYO

LOS CABALLEROS DEL DORADO

MADRID

1915

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Es propiedad.

Derechos reservados.

Imp. Clásica Española, Cardenal Cisneros, 10.—Madrid

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

LIBRARY SETS

INTRODUCCIÓN

Del mito del DORADO, que en pasados siglos despobló media España, como que fué el acicate de los aventureros que partían a Indias, sólo ha quedado la noción sanchopancesca de una Jauja, tierra de oro y de hartura, donde atan los perros con longanizas. Sin embargo, de todo cuanto hicieron los españoles en Indias, quizás sea lo más interesante lo relacionado con la busca de aquel fantástico país. Cuando hasta los escolares saben de la expedición de los argonautas griegos a la conquista del Vellocino de oro, apenas hay hombre ilustrado entre nosotros que sepa al pormenor la historia de esta otra expedición española para el Vellocino de oro de las Indias.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

A esto tiendo aquí, a popularizar nuestros *Caballeros del Dorado,* a la manera que Kingsley los héroes de la mitología griega.

Acerca del Dorado encuéntranse episodios sueltos en los enormes infolios de los historiadores de Indias, y a ellos habré de atenerme, porque la historia no se inventa, y hay que darla como sucedió y la escribieron los contemporáneos. En una palabra: que a lo sancochado por otros (Cieza de León, Pedro Simón, Castellanos, Rodríguez Fresle, Oviedo, etc.) yo le pongo la salsa; o si la expresión parece trivial, que hice como la abeja: que del néctar de muchas flores hace la miel de su panal. Y a fe, que no fué trabajo de zángano eso de seleccionar datos e informaciones; quintaesenciar, por decirlo así, el fárrago de noticias historiales dispersas en crónicas, relaciones y memorias, para comodidad del lector.

Tal vez hallen empalagoso, allá en América, que me entretenga en muchas descripciones geográficas; pero ello es pertinente tratándose de lectores peninsulares. Ya un obispo español, fray Antonio Sánchez Rangel, estampaba en la dedicatoria

Instituto Caro y Cuervo

de su libro: *Pastoral religiosa, política, geográfica de Maynas* (1827) dirigida al rey Fernando VII:—«*Como su majestad tuvo a bien preguntarme dónde estaba Maynas...*, he compuesto este libro que presento a vuestra majestad.»—Si un monarca que se titulaba Rey de España y *de las Indias*, ignoraba hacia qué parte de éstas quedaba una de sus provincias, ¿qué extraño tiene que hoy, perdidas las Américas para España, y rotas las relaciones políticas y utilitarias que teníamos con aquellos lejanos países; qué extraño tiene, repito, que cada español de ahora sea otro Fernando VII en materia de geografía americana?

A remediar, en parte, esta ignorancia, puede contribuir este libro, así como los anteriores que llevo publicados de esta serie de LEYENDAS ÁUREAS DEL NUEVO MUNDO.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAPÍTULO PRIMERO

La ciudad de Santa Marta

Por los años de 1535, época que toca a esta relación, la ciudad de *Santa Marta* era asiento de un puñado de españoles allí avecindados, y punto obligado de recalada de atrevidos navegantes, salidos de Santo Domingo, Puerto Rico, Jamaica y otras islas vecinas. Se desgaritaban a la deshilada, y surgiendo allí o en Castilla de Oro, lastraban sus naves, ya con indios esclavos, que vendían a los colonos de las Antillas, ya con ricos productos indianos, que negociaban en Sevilla.

Los muchos bríos de los españoles de Santa Marta, iban menguando con la pasividad a que se veían reducidos. Vacante el gobierno de la provincia, por muerte del gobernador,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

García de Lerma, y ellos, encerrados entre el mar, los ríos y la cordillera nevada, andaban melancólicos viéndose sin capitán que les sacara adelante e hiciera lucir sus ánimos. Nuevas tenían, sin embargo, que con el rey había capitulado para su gobernador y capitán general de dicha provincia de Santa Marta, *don Pedro Fernández de Lugo,* adelantado de Canarias, caballero de grandes prendas y mucho valor. De él se decía que en las costas de Africa venciera a los moros en dos porfiadas batallas, la de Tagaos y la de Bezobriche, y que en la primera quedaron muertos a sus manos y las de sus soldados, que eran muy pocos, más de 800 jinetes alárabes y más de 400 peones. Pareciéndole, con todo eso, a don Pedro, que su ancho corazón necesitaba más espacio, se determinó pasar a Indias para acrecentarse y para servir más al rey.

Al eco de fama tan lisonjera, y con el deseo de tenerlo entre ellos y cuanto antes los sacara de la inercia en que vivían, no es extraño que los españoles de Santa Marta vieran con extraordinario júbilo la aparición de una escuadra en el puerto. Venían los navíos adornados de banderas, flámulas y gallardetes, que con la blancura de las velas, hacían más agradable mezcolanza de tintes, con la variedad de sedas

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

y recamados de tan variados colores. Llegaba hasta la playa el sonido de chirimías, pífanos y tambores y el ruido de la mosquetería con que los de a bordo saludaban a los de tierra. Echáronse las embarcaciones menores al agua, hízose el desembarco de los pasajeros, y entonces fué el tremolar de banderas, el saludarse unos a otros, dándose la bienvenida con grandes cortesías y respetos, y el ofrecerse los vecinos para aposentar a los recién llegados lo mejor que pudieran, según la estrechura de la ciudad.

Lucida era la gente que consigo traía el adelantado don Pedro: como lugarteniente, su hijo don Alonso; como maestre de campo, don Diego Sandoval; por sargento mayor, don Juan de Orejuela, caballero de Córdoba, alférez de los tercios de Italia; por capitanes a Diego de Urbina, Diego de Cardona, Diego López de Haro, Gonzalo Suárez de Rendón y Alonso de Guzmán; y por Justicia mayor, al licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada. Seguían en pos hasta mil y cien soldados, muchos de ellos caballeros e hidalgos, con algunas mujeres, que lo eran de los que allí venían, o que venían a sus aventuras.

Llevaron al adelantado y a la gente de más lustre a las posadas que mejor pudieron aco-

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

modar en la pequeña y pobre ciudad, y los que no cupieron, pusieron toldos e hicieron barracas a orillas del mar; adonde llegándose a conversar algunos de la ciudad, les preguntaban, en especial las mujeres, que dónde estaba ésta, porque de ruin, aun no la habían visto; de qué eran las casas, dónde estaban las murallas, dónde el mercado y dónde las plumas y bizarrías de los capitanes; a lo cual, un Manjarrés, que era gracioso y agudo en el hablar, respondió:

—Reinas mías: la ciudad es invisible, y sus murallas transparentes o de sutilísimas redes, para que no impidan el entrar el viento y refrescarla. La pescadería está en el mar y la carnicería en los montes. Sus capitanes no se ponen plumas, porque como son caballeros aventureros y medio encantados que siempre andan corriendo por las florestas, las plumas impedirían, por el topar con los árboles, y por lo mismo, andan en alpargatas, para poder andar mas ligeros y ocurrir mejor a las aventuras.

No pararon en esto las vayas entre *chapetones* y *baqueanos,* como se llamaban y siguen llamándose en Indias, los nuevos y los antiguos en una tierra. Habían llegado los primeros con gran bizarría de vestidos y plumas,

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

gordos y colorados, y en todo muy a lo recién salidos de los regalos de España; bien diferentes de los vecinos de Santa Marta, cuyas únicas galas eran un capotillo de dos aguas sobre la camisa, gorros de algodón, gregüescos de lo mismo, medias de lienzo y alpargatas; las caras percudidas y de color de carne medio asada, por los soles y la brisa marina; los cuellos, largos; las piernas y barrigas, enjutas.

Los chapetones, como veían a los baqueanos de esta traza, les preguntaban que cuánto había los habían sacado de curtido; que si era vivo el molde de aquellos pescuezos; que dónde se vendían de aquellas caras, que por un maravedí las mercaran; que las canillas de aquellas piernas podían servir de flautas; que si la traza de los vestidos la habían sacado del «Vestuario» de Lorenzo Boifio, y otras gracias a este modo, que suelen usarse entre soldados. A lo que los baqueanos respondían, que las plumas que los chapetones traían era señal del aire que soplaba donde fueron puestas, y que, con ellas en la frente, serían más ligeros que el caballo Pegaso.

De estas pláticas pasaron a los apodos y a los denuestos, y vinieran a las manos si un capitán de la ciudad no metiera paz entre todos, haciéndoles este razonamiento:

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

—Vuesas mercedes se persuadan (por los bisoños) que si viven, se verán en el estado de estos de quien se burlan. Esa pobreza de vestido y de enjundia son ejecutorias de honradas obligaciones y anuncio de otras tantas; porque vinieron por el hambre, la sed, el sol, el agua y el sereno; abriendo caminos, buscando comidas silvestres, haciendo la puente y el rancho, el sayo de armas, la rodela y la alpargata; echando emboscadas, descubriendo y siguiendo las del enemigo, y peleando sin miedo al horrendo y repentino son de los fotutos y aullidos de los indios. Vuesas mercedes se reporten y apréstense a mostrar igual o mejor ánimo que ellos; y en esto no cabe duda, pues al cabo, como hombres nacidos en España, sabrán hacer de su parte cuanto les obliga la vergüenza.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAPÍTULO II

Historia retrospectiva

Antes de seguir adelante, convendrá algo de historia retrospectiva acerca de la tierra en que estamos.

Diez años eran pasados desde que las carabelas de Palos habían descubierto las Indias (1492), y en esta década, otras naos, siguiendo el derrotero de las primeras, se lanzaron en busca de nuevas aventuras. Lo que más seducía a argonautas y paladines, era la costa de Veragua, que Colón decía ser el *Aureo Quersoneso* de los antiguos, y en particular, el reconocimiento de las costas de Paria, abundante en oro y piedras preciosas, en drogas y especierías, y, sobre todo, en perlas, de las que el

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

almirante había traído ricas muestras, a la vuelta de su tercer viaje.

Don Alonso de Ojeda, aquel hidalgo de Cuenca que, en calidad de paje del duque de Medinaceli, tanto se distinguiera en el cerco de Granada, fué el primero que, con permiso de la Corona, surgió en las costas de *Tierra Firme,* como dieron en llamar a aquella vasta y desconocida región del continente, al Este y Sur del mar Caribe. Llevaba Ojeda, como asociados en la empresa, a Juan de la Cosa, piloto vizcaíno que había acompañado a Colón en su segundo viaje, y a Américo Vespucio, comerciante florentino que iba a probar fortuna en el Nuevo Mundo, y al que había de imponer su nombre, luego que publicó una relación de su viaje.

Llegado a la costa de Paria (1499-1500), Ojeda descubrió el Golfo de Caquiboa, que él llamó de *Venezuela,* porque viendo un pueblo de indios con casas levantadas sobre estacas en el agua, y de casa a casa un puente levadizo, con canoas para la comunicación de sus habitantes, le halló semejanza con Venecia del Adriático; siguió costeando hacia el Oeste, y doblado el cabo de Maracaibo, llegó a una larga y estrecha punta de tierra, que apellidó cabo de la Vela, porque vió flanqueando esta punta de

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

tierra como vela de navío. No pasó de aquí por entonces; desalentado porque lo que encontraba no correspondía a sus ambiciosos deseos, regresó a Cádiz a fines de 1500, al tiempo que otro aventurero, *Rodrigo de Bastidas,* había recabado otro permiso para buscar oro y perlas en Tierra Firme, y se disponía para el viaje.

Era este Bastidas un rico escribano de Triana (Sevilla), y necesitando un piloto, lo halló, como caído del cielo, en el recién llegado con Ojeda, el veterano Juan de la Cosa, para quien los parajes de Indias «eran tan familiares, como los aposentos de su casa», en expresión de Pedro Mártir. El piloto hizo al armador algunas advertencias oportunas: que en las costas que iban a reconocer, eran más los caimanes y caribes o caníbales, que el oro y las perlas; los indios, tan feroces, que envenenaban sus flechas; que las mujeres se batían lo mismo que los hombres, con lanzas de palo de palmera, y que los salvajes, en cuanto divisaban una embarcación, corrían a tomar las armas y a los prisioneros se los comían, después de hacerles pasar inauditos tormentos. Ni por esas se desanimó Bastidas, antes por el contrario, pareciéndole muy natural que la soñada tierra de promisión estuviera defendida por fieros dra-

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

gones, resolvió encararse con ellos cuanto antes y arrebatarles el oro y perlas que guardaban.

Avínole bien en su empresa, porque fué felicísima. Llegó a Tierra Firme, y actuando, no como conquistador, al modo de Ojeda, sino como negociante, sacó a los indios enorme cantidad de oro y perlas, y así siguió al Poniente del Cabo de la Vela, límite de la excursión de Ojeda, hasta que se encontró con las aguas dulces de un gran río, que por cuatro o cinco leguas se sobreponían a las salobres del mar. A este río puso por nombre *Magdalena,* por haber sido el encuentro el día que la Iglesia celebra la conversión de María de Magdalena, y ser costumbre entre los españoles, poner el nombre a sus descubrimientos del día en que se hacían. Encontró, además, que este río se juntaba con otro, 30 leguas antes de llegar al mar, y hermanando los nombres, llamó al segundo *Marta,* en recuerdo de las dos hermanas del Evangelio (1).

Cargado con su botín, había puesto ya Bastidas la proa con rumbo a Cádiz, cuando un tem-

(1) Así lo da a entender Pedro Simón: «Aunque Cieza llamó a este río de Santa Marta, debió de ser puesto sin más fundamento que porque son tan hermanos, ya que del uno se decía de la Magdalena, se nombrara el otro de Santa Marta; este nombre se le ha caído del todo y le ha quedado el de Cauca.

Digitized by Microsoft ®

poral le hizo desviar a la isla de Santo Domingo, en cuyas costas naufragó, si bien pudo salvar los cofres de oro. Gobernaba a la sazón la isla don Nicolás Ovando, quien, a pretexto de que Bastidas negociaba con los naturales de La Española, cosa que estaba prohibida, le hizo prender y formar causa, acabando por enviarle a España bajo partida de registro. Hasta en esto se vió adónde llegaba la buena suerte del escribano trianero. Apenas doblaba la flota la punta oriental de la Española, sobrevino un ciclón que, anegando unas naves y desbaratando otras, sólo permitió continuar viaje a España, a la en que iba Bastidas con su tesoro. Era la más frágil de todas, y se salvó; en cambio, se hundió el buque principal, perteneciente a la misma flota, ahogándose todos los que iban a bordo, entre ellos aquel Bobadilla, perseguidor de Colón, con una inmensa cantidad de oro en barras adquiridas durante su gobierno.

Llegó, pues, Bastidas a Cádiz felizmente, y absuelto de los cargos que se le imputaban, quedó acrecentado en caudales, no obstante la parte cuantiosa que hubo de dar a la Corona; pero como, además, los Reyes Católicos, en premio a sus servicios, le señalaron una renta anual de los rendimientos de la provincia que descubriera, tuvo a bien abandonar su escriba-

Universidad de Sevilla. Digitized by Google

nía y avecindarse en la isla y ciudad de Santo Domingo, donde, con el regosto de la primera expedición, pidió y obtuvo, en 1521, el título de gobernador y adelantado de su descubrimiento, desde el Cabo de la Vela hasta la boca del río Magdalena.

Por ciertas dificultades dilató su empresa hasta 1525. En este año, dándose a la vela con algunos soldados y cincuenta vecinos españoles de Santo Domingo, con sus mujeres e hijos, arribó al Magdalena, y en un paraje no muy distante de la desembocadura, fundó la ciudad de *Santa Marta*, que fué la segunda población española en Tierra Firme, ya que la primera había sido Panamá, fundada en 1519 por Pedrarias Dávila.

Aquello que dijo el césar Carlos V: «que la fortuna es una mujer, que se va con los jóvenes y da la espalda a los viejos», vino a experimentarlo Bastidas, porque, a la postre, a causa de su avaricia, estando un día en la cama, unos conjurados diéronle de cuchilladas, y malherido se volvió a Santo Domingo, donde feneció.

Nombró la Audiencia de la isla, en su lugar, al oidor don Pedro de Vadillo, que con su teniente Pedro Heredia llegó a Santa Marta con 300 soldados en tres navíos; pero como el cabildo y los soldados de la ciudad les hicieran

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

resistencia, siguieron adelante los forasteros, reconociendo y conquistando nuevas tierras, donde el Heredia fundó, en 1533, la ciudad de *Cartagena*, haciéndola capital de otra provincia: «Nueva Lombardía». De esta suerte, la gobernación de Santa Marta vino a quedar entre otras dos: *Cartagena* al Oeste y *Coro* de Venezuela al Este, y en otro rumbo, hacia el Sur, *Popayán*.

Hemos de ver cómo, por estos opuestos rumbos, parten casi al mismo tiempo tres capitanes, que enamorados de sus descubrimientos, empiezan a obrar por su cuenta para arrogarse el gobierno de sus conquistas, con prescindencia de los gobernadores en cuyo nombre operaban. Así Belalcázar, desde Popayán, se correrá al Norte siguiendo la corriente del caudaloso Cauca, y dará esquinazo a Pizarro; Federmán, desde Coro, correrá los llanos de Barinas, Casanare y San Martín, y se lo dará a Spira; Quesada, en fin, por el Opón, llegará a la meseta de Bogotá, y en este punto se verifica el famoso encuentro de las tres huestes, uno de los episodios más interesantes de la historia de América.

***

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Entretanto, la provincia de Santa Marta no había dado más de sí que un rancheo por valor de 70.000 pesos, a siete leguas de la ciudad, pero había grandes noticias de otras riquezas esparcidas por el interior. Cebaban esta presunción los tesoros del Cenú, y la nueva del magno descubrimiento del Perú, acaecido por aquellos días; teniéndose por indubitable, que más imperios y más tesoros había en el ámbito indiano a disposición del feliz capitán que los encontrara.

Con estas imaginaciones, y con los alientos que le diera un veterano de Bastidas a su paso por Canarias, determinóse don Pedro Fernández de Lugo a dejar el apacible gobierno de Canarias por el arriesgado y aleatorio de Santa Marta. Platicantes como ese soldado de Bastidas hubo muchos en España a los principios de los descubrimientos en Indias. Cebados con un poco de ventura, que les cupo en suerte, hacían lo algo mucho, y lo mucho, muchísimo, arrancando de cuajo y barriendo de España millares de hombres, en campos y ciudades. Fray Pedro Simón, que estuvo más de veinte años en el nuevo reino de Granada, en cuyo tiempo conocería tantos y tantos desengañados aventureros, pinta con vivos trazos el afán del emigrante en su tiempo.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

«Si tiene una razonable y pasada ventura y con qué sustentar la honra que sus padres le dejaron, se alienta a más empresas, pareciéndole está superfluo en el mundo el que a su linaje no adelanta la piedra siquiera otra raya, y que es cosa triste, y aun enfadosa, contar siempre sucesos antiguos de sus mayores, sin añadirles nuevas grandezas, pues así como lo mucho repetido engendra fastidio, todo lo nuevo place. Al fin, con estas consideraciones, y que después comunica con sus almohadas, determina a dejar su pasada y buscar otra mejor, pasando con los demás a Indias, adonde poniendo el primer pie se comienza a deshacer el encanto, y cargando la melancolía, no se alcanza un suspiro a otro. Vese sin casa propia, a mesas ajenas, que las calles de las ciudades no están empedradas de oro y las paredes no son de plata, como allá lo imaginaba; represéntase tras esto la quietud de su casa y cama que dejaron en sus tierras. El labrador ya tomara lo que allí despreció; el hidalgo echa de menos lo que allá tenía, y así todos conocen, aunque tarde, el engaño, y que lo fué no considerar e informarse de lo que por acá pasa, que si no se trabaja mucho, no se come nada; si no se vela, no se duerme; si no se llora, no se ríe; si no se cansa, no se descansa, y si no se suda,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

no se posee nada, y que todo lo de por acá tiene dueño: la tierra lo es de sus metales, y que la han de abrir las entrañas para sacarlas de ellas; las tierras son de los indios, por derecho natural y divino, y que para haberlas de labrar se los han de sacar de su posesión, y que todo esto no se hace sin notables cuidados, y que al que no los tiene, y muchas veces aun el que los tiene, sucede que, después de muchos años de Indias, se estaban con mayor miseria que la que tenían en sus tierras; que si estas consideraciones hicieran a tiempo, no les llegara tan tarde y tan a su costa el desengaño.

»Si bien es verdad—prosigue fray Simón—que si no hubiera habido de estos apacibles, suaves y gustosos engaños, ni estas Indias se hubieran conquistado, ni se hubiera enriquecido España, ni otros muchos reinos, con la inmensidad de piedras preciosas, oro, plata y otras riquezas que de ellas se han sacado; porque cuando se vean los hombres por estas tierras, y que de los suyos no tienen que aguardar medicinas para sus melancolías, buscan en las ajenas, y añadiendo fuerzas, e industria a industria, emprenden conquistas, rompen dificultades, contraminan montes, haciendo que den oro, plata y piedras preciosas, que tienen

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

en sus entrañas...» *(Noticias de las conquistas de Tierra Firme.)*

Que es el caso de la famosa expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada, que cumple relatar ahora como prólogo de las aventuras en busca del Dorado.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAPÍTULO III

Subida de Jiménez de Quesada a Bogotá

No le iba tan mal al adelantado don Pedro en su nuevo gobierno. En menos de dos años, su hijo don Alonso había pacificado los alrededores de Santa Marta, si bien a costa de muchas vidas de españoles y de mayor estrago en los indios, y captado ricas piezas de joyas y oro fino, como que sólo una vez halló por más de 15.000 pesos en el asalto de un *penol* (fuerte roquero). Lo que fué para ignominia de dicho don Alonso, porque viéndose depositario de este y otros botines anteriores, como general que era de la jornada, en llegando a Santa Marta, en vez de dar cuenta de los caudales, llevó a embarcar con un paje, en el silencio de la noche, el oro que traía y aun el que tenía

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

guardado su padre, el gobernador, y en un navío que estaba para darse a la vela, fuese para España.

Corrido don Pedro de la afrenta, expidió otro navío, con cartas al emperador y al Consejo de Indias, para que cortaran la cabeza al fugitivo. He aquí el memorial en que desahogaba su ira: «Envié a don Alonso, mi hijo, a hacer una entrada a las sierras nevadas, término de esta provincia de Santa Marta, con cierta gente, y allí tomó de indios ocho o diez mil pesos. Los tomó y robó, sin pagar derechos a V. M., y, dejando a los soldados en el hospital, se ha embarcado y huído escondidamente. Pido a V. M. le mande castigar severamente, y de ninguna manera le permita entrar en Canarias estando yo aquí, que es un tizón para la honra de casadas y doncellas» (1).

Repuesto un tanto don Pedro, determinóse a buscar remedio por otra parte, y, al efecto, acordó descubrir los nacimientos del río gran-

(1) Llegado don Alonso a Valladolid, donde estaba la corte, diéronle por cárcel su posada, mientras el fiscal del Consejo de Indias presentaba acusación contra él, fundándose en la información del adelantado don Pedro; pero los rigores se mitigaron con la muerte del fiscal, y la causa se sobreseyó más tarde, cuando el acusado emparentó con Cobos, secretario de Carlos V, casándose con doña Beatriz de Noroña, hermana de la mujer de Cobos. Así rehabilitado, volveremos a encontrar a don Alonso en el nuevo reino de Granada.

Digitized by Google ®

de de la Magdalena, a lo que se ofreció el licenciado *Gonzalo Jiménez de Quesada,* que si bien letrado, era mozo de gallardos bríos. Gustoso el gobernador, le expidió el título de teniente general de la jornada a 1.º de abril de 1537, y a los seis días salió Quesada, de Santa Marta, con ocho compañías de a 100 hombres cada una, de las que la mitad fueron remontando el río Magdalena en bergantines, y el resto por tierra, llevando consigo 100 caballos y un asno. De este animal hacen especial mención las crónicas, por haber sido el primero de su casta que pisó estas tierras de Nueva Granada.

Cierta noche que los españoles de Santa Marta llegaron al pie de un penol o castillo roquero de indios, con intención de asaltarlo al apuntar el día, oyeron rebuznar a un asno, de que quedaron admirados los españoles, por saber que entre los indios no se criaban estos animales. Vinieron las conjeturas: unos decían que aquellos rebuznos eran remedos de indios, con los que querían significar que a los españoles les habían de dar más palos que a un jumento; pero un soldado algo entendido en humanidades, salió al reparo diciendo que aquel asno no podía ser otro que el de Sileno, que ayudó a Júpiter contra los titanes, y que, con sus rebuznos, animaba al ataque a los españoles. Ga-

Univ. Sal. Digitized by Microsoft ®

nóse el penol al cabo, y entre los demás despojos, fué el más preciado el asno aquel, que lo tenían los indios del naufragio de un navío en la costa. Los españoles le dejaron el extraño nombre que le habían puesto los indios: *Marubare,* y por los buenos servicios que de aquí en adelante prestó como animal de carga, mereció el sobrenombre de «Conquistador», título sólo reservado a los veteranos.

Lenta y penosa, por demás, fué la subida del río Magdalena, y sigue siéndola para las embarcaciones de vela o de boga. Estas emplean más de treinta días, siempre por la orilla que tiene menos corriente, para lo cual es necesario pasar continuamente de una a otra, atravesando la anchura del río, que es tal en algunas partes, que los que bajan por una banda y los que suben por otra, no se ven ni se encuentran en el viaje. Las posadas en los desembarcos, son las playas o las orillas pantanosas, en la estación seca; hay sobrado calor y mosquitos, y lo que más abunda son los caimanes, de que suelen verse tropas por las playas o tendidos como troncos en el agua.

Pudo llegar Quesada al término de donde no habían pasado hasta entonces, ni los españoles de Santa Marta ni los de Venezuela, y con la hueste harto mermada por las inclemencias del

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tiempo, naufragios, hambre y enfermedades, hasta el punto de quedarle tan sólo 209 soldados, tiró resueltamente tierra adentro. Fué tanta el hambre que ahora pasaron, que además de comerse toda la carne y las tripas de los caballos que se morían, y sapos y culebras que mataban, andaban con cuidado por averiguar si se había muerto algún compañero en el camino, y en encontrándolo, lo descuartizaban en secreto y en él satisfacían el hambre. Llegó esta desventura a tanto, que ya cada uno temía que a los demás no les forzase el hambre a darle muerte para hacer su plato. Para aliviarla algún tanto, salían a caza de venados, haciendo, a veces, muy buenas monterías con sólo los caballos y lanzas, aunque no dejaban de entremeterse en estas cacerías casos adversos con fieras, como tigres y osos, como les sucedió al capitán Juan Tafur y a un soldado Palacios.

Estos, yendo de caza, toparon con un oso hormiguero. Es este animal un cuadrúpedo bastante singular, así por su forma como por sus costumbres. Es plantígrado, como el oso común; es decir, que al andar se apoya en las palmas de los pies, con las uñas recogidas, que son gruesas, fuertes y grandes, como garfios de romana. Con ellas desbarata los hormigueros, en tanto que con la lengua, vibrátil a manera

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de viborilla, va engullendo hormigas a millares. De ahí su nombre científico *(mirmecophagus)*. Cuando se ve atacado, se defiende como gato panza arriba, y tanta es la fuerza de sus garras, que con ellas se prende al tigre que le ataca y no lo suelta, sucediendo que ambos mueren agarrados y mutuamente despedazados.

Con uno de estos osos, gordo y corpulento, se encontró el capitán Tafur, yendo a caballo, y le atravesó de una lanzada; pero al irla a sacar, el animal la quebró por medio, y con la rabia de verse herido, dió un salto a las ancas del caballo, hincando con fuerza sus temibles uñas. Quiso Tafur echar mano a la espada, pero no pudo, porque el oso le estaba ya hociqueando, y, sin duda, lo pasara mal el jinete, pues ya había perdido un estribo y el arzón delantero de la silla ya lo tenía quebrado, por lo que estaba echado sobre el pescuezo del caballo, si no ocurriera el soldado Palacios, quien, dando al oso otra lanzada, le hizo escurrirse de las ancas del caballo, el cual, al verse libre, acabó de soltarse a coces y corcovos. Aun con estar malherida, no perdió la fiera su braveza, antes pretendía defenderse de los que la perseguían; hasta que, desangrándose, fué perdiendo bríos y acabáronla de matar, dando por

Universidad de Navarra

bien empleado el suceso los cazadores, a trueque del gusto que tuvieron en comerse la presa.

Mientras los de tierra andaban con estos trabajos, no los traían menos los que iban por el río en los bergantines, sin saber en qué tierras estaban y siempre contra la corriente. Andando por las márgenes del río, fueron encontrándose algunas sementeras de maíz, y lo primero que ordenó Quesada fué echar bando, con pena de la vida, que nadie cogiese una sola mazorca, sino que, formando cuadrillas de recogedores, alzó toda la cosecha, en tanto se guarecía en un rancherío abandonado por los indios, en el que encontraron también muchas mantas de algodón, muy delgadas y bien tejidas, con rayas a colores pintadas con zumo de plantas tintóreas, con lo que conjeturaron todos que iban por buen camino, pues estaban en tierra de indios que iban vestidos, a diferencia de los con quien habían tropezado antes, que iban desnudos. Duró la estadía en ese asiento hasta que se acabó el maíz, y en busca de nuevas sementeras y de algún descubrimiento feliz, dió orden Quesada de proseguir la jornada. Tantos habían sido los desengaños, y tan abatida estaba su gente, que hasta los más valientes y sufridos determinaron no seguir adelante y volverse a Santa Marta, lo que hicieron saber

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

a Quesada por dos comisionados. A ello se opuso resueltamente el general, haciéndoles ver que no era propio de valientes volver atrás en lo comenzado; que por las muestras que iban encontrando, no estaban lejos de alguna nación poderosa, y que el brío español no debía de ahogarse en tan poca agua, antes había de ser como fuego de alquitrán, que cuanto más agua cae más fuerza toma.

—*En conclusión*—les dijo—*es mi voluntad que todos me sigan adelante.*

Volvieron los embajadores con la respuesta, y todos se resolvieron a obedecer al general.

Entonces Quesada mandó seguir el curso de un afluente, el Opón, que por la vía más recta lleva a la sierra.

A los pocos días, el capitán Sanmartín, que iba con doce soldados, vió dos poblaciones de indios con muchos humos y labranzas, y al volver atrás a dar la noticia de su hallazgo al resto del ejército, cayeron en una emboscada, de la que a duras penas pudieron librarse. Cogieron un indio vivo, al que llamaron Pericón, y llegó a ser grande amigo de los españoles y guía en esta jornada. Mostráronle una plancha de oro, y el indio les dió a entender que toda aquella tierra era abundante en ese metal. Con esta noticia, y con verse en campiña llana y

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

muy poblada, consideraron todos que el cielo había inspirado a Quesada cuando éste se resistió a volver río abajo, estando como estaban a las puertas de algún rico descubrimiento. Así era, en efecto; la negativa del general, en aquella ocasión, decidió en favor suyo la conquista de un rico país, que de otro modo hubiera encontrado y conquistado, seguramente, Sebastián de Belalcázar, que por otro rumbo se acercaba a Bogotá.

Con la alegría del oro que anunciaba Pericón y con la sal, que entre el botín cogido a los indios, ayudó a sazonar las comidas, se alentaron aquel puñado de españoles, y siguiendo el curso del río, fueron abriéndose paso al través de los bosques, hasta que una noche les cogió descuidados una repentina y atropellada inundación tal, que llegaba el agua hasta la barriga de los caballos, y los infantes tuvieron que encaramarse a las ramas para no ahogarse. Así estuvieron dos días mortales, en cuyo tiempo se alimentaban los caballos con hojas de caña brava, que comían como tierna alfalfa, y cada persona con granos de maíz tostado, que se repartió a cada uno. Pero siendo forzoso caminar, hiciéronlo con agua a la cintura durante veinte días, al cabo de los cuales, viendo Quesada tan fatigada su gente, mojada y sin

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

comida, hizo poner unas calderas al fuego y cocer en ellas las adargas y las demás cosas de cuero que llevaban, con que dió un buen día a todos con aquella pasta, que más era cola de pegar que comida de hombres. Al fin llegaron con bien a dos pueblos, donde hallaron sal y mantenimientos, y en este punto despidió Quesada a la gente enferma, para que, en los bergantines bajaran por el río a Santa Marta, quedándose él con los demás para proseguir la jornada por tierra. Se embarcaron cerca de 150 hombres, de los cuales sólo 20 llegaron a Santa Marta, diezmados por los ataques de los indios.

***

Guiado por el indio Pericón, anduvo Quesada con sus jinetes e infantes, hallando a trechos anchos caminos y grandes poblados de indios, hasta llegar a la cordillera, cuya subida hicieron los caballos con grandes dificultades. Al llegar a los «páramos» o mesetas, experimentaron un frío intenso, que se agravó con el agua y la nieve, que ni les dejaba encender lumbre. Para matar el frío y el hambre, ordenó Quesada hacer un reconocimiento en las vecinas quebradas, logrando hacerse de bastimentos, de mantas de algodón y de algún oro. Todo esto le

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

afirmaba en su presunción de que estaba en las fronteras de otro reino como el del Perú, mayormente cuando dos partidas exploradoras volvieron al real con abundante maíz, yuca, batata, frijoles y tomates, y con algunas esmeraldas y oro fino, que aunque todo poco, para muestra bastó. El cacique Opón, al que hicieron amigo los españoles, les llevó por entre la sierra al «valle de las Turmas», así llamado, porque en él encontraron las primeras patatas, tubérculos que ya conocían los españoles de Santa Marta, por venirles del Perú. Aquí se hallaron Quesada y los suyos como en tierra de promisión, animándose para mayores medros.

Tenían por delante, sin embargo, el fragoso camino de la sierra, tan lleno de ásperas cuestas y derrumbaderos, que los caballos iban sueltos sin riendas ni cabestros, por parecerles a los soldados que los animales, fiados a su instinto, se librarían a solas mejor en los malos pasos; como sucedió, en efecto, pues sólo se mató uno entre todos los del escuadrón.

En llegando a un apacible valle, Quesada contó su hueste y halló sólo 166 soldados. Hízoles una briosa arenga, demostrándoles que, pues en lo pasado no habían faltado bríos, en lo porvenir éstos no fueran menores, y que de

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

padecer muchos trabajos vienen los hombres a perderles el miedo.

Un vítor unánime salió de todas las bocas, juramentándose todos a seguirle donde los llevara. Era tal el ardimiento de aquella gente, que no se percataba de que, si bien acababan los padecimientos, iba a empezar el trabajo de la conquista, ésto que, empezando por el general, todos eran bisoños. Sin frenos ni sillas para los caballos, sin pólvora para las escopetas y arcabuces, sólo podían disponer de algunas ballestas y espadas, que por haberse podrido las vainas las llevaban enfundadas en piel de culebras, y de fierros de lanza y puñales o machetes. Lo de más importancia eran los caballos, por el miedo que daban a la indiada y que felizmente soportaron todos los trabajos anteriores, no quedándose atrás el asno Marubare, que también llegó sano y salvo como el mejor de aquellos.

Tras un descanso de pocos días, siguió en ordenanza la hueste por lo hondo del valle hasta encontrarse con un caudaloso río; lo vadearon, traspusieron lomas y bajaron a un valle que hervía de indios, y en donde después se fundó Mariquita. En él, como en Sorocatá y en Ubasa, que están más adelante, hallaron abundante maíz para los caballos, y patatas y yucas

Propiedad Registrada y Marcada ®

para el mantenimiento. Iban ya por tierra templada, y empezaron a sufrir los efectos de las *niguas,* especie de liendres que se meten entre los dedos de los pies, y si las dejan, aovan dentro produciendo agudos dolores. Algunos soldados no podían andar, pero las indias que hubieron a mano y que llevaban como compañeras, se las sacaron con sus «topos», que son unos alfileres grandes con que aquéllas prenden sus mantas en el pecho. Pasaron otros valles y llegaron al de Guaguetá a 12 de marzo de 1537, donde estaba el mayor pueblo de indios que hasta entonces vieran, con templos al Sol, atestados de oro, mantas de algodón y esmeraldas que le ofrecían como a su divinidad. Los naturales no hicieron resistencia a los españoles.

Viéndoles montados en animales monstruosos y con caras blancas y barbadas, creyéronles hijos del Sol, enviados por éste para castigarlos porque le tenían ofendido. En su lengua llamaban *Sua* al Sol y *Sue* a los extranjeros. Evitaban, sin embargo, su encuentro, y como a su divinidad ofrecían víctimas humanas, pensando hacerse propicios a los mensajeros de éste, dejaron en la huída a un miserable viejo para que lo sacrificaran. Viendo que en vez de esto, lo que hacían los españoles era soltarlo, y suponiendo que si éstos no gustaban del viejo era

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

porque tenía la carne dura, les arrojaron desde un alto algunos niños para que se regostaran en carne blanda. Llegaban despeñados los niños abajo, unos muertos, otros aturdidos, otros vivos, hasta que los españoles dieron a entender con voces y ademanes que no comían de aquello y que excusaran tanto daño, enviando al mismo tiempo al viejo, al que pusieron una camisa y un bonete colorado, como mensajero de paz. Mientras daba su embajada ardió un bohío o casa india del lado donde estaban los españoles, por descuido de un soldado, que buscando con un hachón encendido, mantas, oro y esmeraldas, prendió fuego en la paja y como el incendio amenazaba propagarse a los demás bohíos, apresuráronse los demás soldados a atajarlo. Con esto los indios se certificaron que los extranjeros venían de paz y vinieron a mezclarse con ellos a apagar las llamas, familiarizándose luego unos con otros, incluso con la chusma de niños y mujeres.

***

Estaban de lleno los españoles en la inmensa y riquísima región comprendida entre los actuales ríos Opón y Cararc, en medio de Cundinamarca, Boyacá, Antioquía y Santander.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Su riqueza en minerales y maderas preciosas; sus magníficos terrenos adecuados para el cultivo de la caña de azúcar, dehesas, bananeras y cacaotales; su situación ribereña o inmediata al Magdalena, con sus cordilleras de fácil trayecto hasta este río, hacen de ella una de las regiones más privilegiadas de la moderna Colombia. Cruzan tan bella y rica zona, entre otros, los ríos Carare, Opón y Sogamoso; tiene lagos o ciénagas, como San Juan y Chucurí, con preciosas islas. La superficie de estos terrenos baldíos, cubierta de selva virgen, mide cerca de 22.000 kilómetros cuadrados, o sea la tercera parte de los dos departamentos de Santander. La tersa y apacible corriente del Carare se desliza entre altas barrancas. En las noches de luna, se filtra y juega sobre las aguas la luz, al través del follaje melancólico pero majestuoso de los gigantescos caracolíes, maraguanas y surivios. El Opón, por el contrario, impetuoso, descuaja árboles corpulentos, arrastra bancos de arena, y bajo un frondaje verde y sombrío, es el camino andando de aquellas soledades.

El cerro de Armas es la mole que se alza entre el Carare y el Opón, como el pináculo de la red orográfica andina en estos parajes.

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

Desde su cima, a la que sólo llegan las águi-

las, es de imaginar el vasto y espléndido panorama que se ofrece: al Occidente, la cinta argentada del Magdalena, con sus curvas brillantes serpenteando entre márgenes que suelen ser llanuras inmensas, relieves apenas perceptibles, colinas que se prolongan flanqueándole, serranías a las que, a distancia, presta el aire interpuesto azulinos tonos, y más lejos, en límite remoto, cordilleras diseñadas en azul más tenue, esfumadas casi entre neblinas indecisas y semitransparentes, que se confunden con las franjas blanquecinas que flotan inmóviles en el cerúleo confín. Al Suroeste, el Carare, lento, acallado, apacible; al Noreste, la malla hidrográfica del Opón, y en círculo portentoso de miles de kilómetros, simulando doble, triple murado en contorno, las cadenas de moles de distantes montañas lo señorean todo por cima de bosques, quiebras, valles y mesetas, erigiendo sus crestas de fantásticas y peregrinas formas, arrebujadas a trechos en níveas clámides. Dentro de tan vasto circuito, selvas interminables, valles profundos, urdimbres de colinas, cuchillas que se multiplican, dónde paralelas, dónde contrapuestas, en ramificaciones que se suceden adosadas las unas a las otras, en gradación ascendente a manera de anfiteatro, hasta unirse a los contrafuertes de las altas serra-

nías; dilatado escenario donde la gama del verde despliega la pompa de sus varios matices, desde el claro y vivo intenso al musgo de tonos de oro subido; desde el glauco marino hasta el que se esfuma y desaparece en la vaga lejanía. Diríase un mar alterado, de luengas y desmelenadas olas, de espumosas crestas, inmovilizado de súbito y transformado en abruptísimas montañas.

Por este magnífico escenario iba moviéndose Quesada, el cual, siguiendo el Opón, se preparaba a escalar la cordillera oriental.

Hasta donde la vista alcanza se extiende, al frente, una serie de montañas imponentes y sombrías. Salvo unas cuantas pendientes, sumamente inclinadas, el camino al través de aquéllas es relativamente fácil, mirando a todos lados profundos valles de lujosa florescencia tropical, que por entre la bruma flotante se ven abajo en las faldas de las montañas. De la cumbre de un cerro hay que seguir a la cúspide de otro, muchas veces por sendas tan estrechas, que hay que marchar en fila. La temperatura, determinada aquí, no por la latitud, sino por la altura sobre el nivel del mar, empieza a variar, y los pulmones, acostumbrados a la presión del aire de la sabana, respiran con dificultad en la atmósfera sutil de estas

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

montañas, hasta que poco a poco, se van acostumbrando.

Por mañana y noche se siente un frío intenso, que congestiona; los vientos entran silbando por los desfiladeros, y se arremolinan con furia en las escuetas *paramèras*.

De pronto, al doblar un recodo, se dilata ante los ojos una ancha llanura, una verde hoya circular, a 2.700 metros sobre el nivel del mar: es la sabana de Bogotá, que a la aparición de Quesada poblaban los chibchas.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAPÍTULO IV

Los tesoros chibchas

La nación chibcha se extendía por otras sabanas y valles hasta la parte alta de la cordillera frente a los llanos de Casanare, ocupando una superficie aproximada de 45 leguas Norte-Sur, y 15 Este-Oeste (675 leguas cuadradas).

Dos jefes principales gobernaban su numerosa población, compuesta de más de un millón de habitantes a la llegada de los españoles—según el padre Acosta:—el *Zipa* de Bogotá, y el *Zaque* de Tunja, las dos provincias mayores y más prósperas de la confederación (1).

(1) El nombre de *Cundinamarca*, que posteriormente se dió a las provincias de Bogotá, Tunja y otras, no es de abolengo chibcha. Pusiéronselo los peruleros venidos de Belalcázar cuando un indio les informó de la tierra, en Quito, al llevarles el cuento del rey Dorado en el lago Guatavita. Cundinamarca, según un escritor colombiano, significa: «País alto donde está el condor». (Citado por Zerdá: *El Dorado*.)

Universidad de Antioquia Microsoft ®

Las instituciones sociales y políticas de los chibchas se hallaban relativamente desarrolladas; sus costumbres domésticas, sus prácticas civiles y religiosas, sus artes e industrias, ofrecen mucho parecido con las de los quíchuas peruanos. Los hombres vestían túnica cerrada de algodón que les llegaba poco más abajo de la cintura; por lo común, blanca, pues sólo la gente principal la usaba pintada con tintas negras y coloradas, y en la frente medias lunas de oro y plata con las puntas arriba. Las mujeres se cubrían desde la cintura con el *chircate,* sujetando al cuello la *liquira* o pañuelo cruzado al pecho, con el topo o alfiler grande, dejando al descubierto los senos y brazos. Llevaban éstas el pelo largo, partido por la mitad en dos trenzas, y para aparecer más hermosas, adornaban cara y brazos con la pintura del achiote *(bixa).* Hombres y mujeres se adornaban, indistintamente, con orejeras, gargantillas, coronas y sartas de cuentas. En sus marchas llevaban abanicos de pluma y palma, y por este estilo hacían otras cosas de plumería, como capas, bonetes, penachos y justillos acolchados. En los pueblos, las mujeres hilaban aprisa y muy delgado y los hombres tejían despacio y muy curioso, en tanto que los más jóvenes se ejercitaban en el flechadero y en

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ocasiones unos contra otros, como niños en pedrea, y aunque alguno saliese herido no era causa de enojo.

Aunque de temperamento pacífico, por su dedicación a las labores del campo y a la práctica de las artes manuales, tenían un ejército aguerrido, sobre todo para el resguardo de las fronteras. Cuando llegó Quesada, se había iniciado una guerra civil entre los príncipes de Bogotá y de Tunja por rivalidades de hegemonía; pero ante la invasión extranjera, el de Bogotá dirigió contra ella todos sus aprestos militares. Seiscientos guerreros, escogidos, creyó suficientes para combatir contra los 166 españoles de Quesada. Fué el encuentro en la gran llanura antes mencionada, en condiciones favorabilísimas, por consiguiente, para el manejo de los caballos y el uso de los arcabuces, con cuyas ventajas cada español valía por diez indios. La táctica de los indios era pelear con gran gritería, armados con flechas, tiradas sobre el brazo a favor de una tiradera, y lanzas y macanas de madera de palma, y como señera llevaban la momia de un guerrero ilustre.

Cuentan las crónicas que, estando frente a frente ambos ejércitos un indio, de arrogante estatura, salió con una lanza en la mano y una flecha de tiradera, pareciendo invitar a un de-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

safío personal. Fué a entendérselas con él el capitán Lázaro Fonte, que, bien montado a caballo, embistió contra el indio y pasando pegado a él, le asió de la cabellera y sin darle lugar a valerse de sus armas lo llevó arrastrando al campo español.

Con esto empezó la batalla, la primera formal que los chapetones de Santa Marta iban a tener con un ejército indio. General y soldados habían llegado, sin saberlo, al corazón de un imperio, y ahora iban a jugarse el todo por el todo. Quesada, más hombre de letras que de armas, confió el orden de la batalla a algunos de sus capitanes, que habiendo estado en Flandes optaron por la táctica europea de entonces, de esperar a pie quedo al enemigo.—*¡Nadie deje su puesto!—¡Cierren el escuadrón!*, era la consigna de los españoles; de lo que se aprovecharon los indios para flecharles en montón. Viendo esto Quesada, se improvisó general, repartiendo su hueste en varias mangas de infantes protegidas por secciones de caballería, prontas a entrar en las filas enemigas al primer portillo abierto por los arcabuces. El efecto fué maravilloso; al verse los indios alanceados y sableados por aquellos centauros salidos de entre el humo de la pólvora, huyeron despavoridos, y el zipa Tisquesusa, que estaba a la

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

mira en un altozano, púsose en cobro ha ciéndose llevar en sus andas de madera chapeada de oro.

Próximo al lugar de la batalla estaba un poblado indígena, que Quesada llamó el *Valle de los Alcázares* por el vistoso aspecto de tanta choza de madera y paja, en forma circular, entre los labrantíos; figura predilecta entre los chibchas, con la que representaban la luna llena, una de sus deidades tutelares. En este paraje estableció su real el Licenciado, para pasar con sosiego la Semana Santa y cumplir con el precepto pascual (abril, 1537).

Fué causa esta dilación de que, días después, cuando llegó a la residencia del zipa, la hallase abandonada y vacíos los palacios reales, y aunque no fué pequeño el botín de oro y piedras preciosas que se encontró en casas y templos, con todo, fué mayor el desencanto de los españoles viendo defraudadas sus esperanzas de llenarse las manos con los gruesos tesoros que del rey de Bogotá pregonaba la fama. Alojáronse los conquistadores en la ciudad desierta, con prevención de guardias y retenes; pero tanta vigilancia no pudo impedir que cierta noche la indiada que rondaba los alrededores, pegase fuego a las casas, que siendo de paja y de madera, pusieron en grave aprieto a los invasores, los cuales, entre la confusión del humo

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

y las llamas lograron sacar los caballos y poner en huída a los incendiarios.

Con este nuevo escarmiento, los bogotanos volvieron de paz a la ciudad y empezaron a familiarizarse con los españoles. Éstos, para dar muestras de su pujanza, hacían alardes bélicos, montando a caballo y pasando a la carrera delante los indios; lo que fué causa que algunos de éstos apostaran a correr pareja con el mejor jinete. Sacó la cara por todos, también en este caso, el capitán Fonte y montando su zaino, dijo a los indios que el que se sintiera con más bríos, saliese a competir con él. Un indio gallardo y membrudo, que en su talle daba muestras de cumplir con el desafío, quitóse la manta que le ceñía el cuerpo y se dispuso para la carrera. A un tiempo arrancaron jinete y corredor, al que de industria dejó ganar ventaja el caballero, llevando a media rienda su animal; con lo que los indios levantaron gran algazara, pareciéndoles ganaba su compañero; pero viendo Fonte que ya faltaba poco para llegar a la meta, picó de espuelas al zaino y en un instante se puso al lado del indio, al que atropelló de intento, y pasando adelante un buen trecho, hasta donde quiso parar.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

***

En todo este tiempo habíase ganado Quesada el ánimo de algunos caciques, con los que hizo pactos de amistad y alianza. Habiendo sabido que los peores enemigos de los bogotanos eran los «panches», que hacían continuos asaltos, como quien va a caza de liebres o venados, para comerse los prisioneros, dispuso que los capitanes Sanmartín y Céspedes con algunos caballos y peones, fueran a escarmentar a aquellos bárbaros. Dieron, en efecto, con los panches, gente robusta y de fiero aspecto, que parecían aún más feroces, por tener las frentes y colodrillos chatos y aplanados, cuya enormidad adquirían en naciendo, con tablas que les oprimían la cabeza. Venían los bárbaros en ordenados escuadrones y en silencio, a diferencia de los chibchas, que peleaban a gritos; bien apercibidos de arcos y flechas venenosas, lanzas y macanas o clavas, y adornados con penachos de plumería de diversos colores. Trabóse la pelea con grande porfía por una y otra parte, hasta que decidió la victoria una lanzada que el capitán Sanmartín dió al que parecía capitán de los panches, y ser costumbre de los indios huir cuando les matan su caudillo.

Universidad Pontificia Bolivariana

Regresaban del campo los españoles, cuando, al subir una empinada cuesta, tropezaron con

un panche que, con sólo su macana, corrió al encuentro del primero que subió a la cima y dándole un mazazo le hizo rodar por tierra. A este tiempo acudieron otros soldados, y de todos se defendía valientemente el salvaje esgrimiendo la maza, hasta que saltándole a la espalda uno de los contrarios, lo apretó por los hijares y dió con él en tierra, echándole unas esposas a las manos y una cadena al cuello. Admirado uno de los capitanes españoles de la osadía de uno contra tantos, hubo de preguntar al indio la causa de su desatino, a lo que él respondió:

—No estuve en la batalla donde perecieron un hijo y un hermano míos, y para vengarlos había jurado matar al primer español que encontrara.

Quiso el capitán conservarle la vida; pero al volver la cabeza, el soldado que había sido derribado al principio, pero que ya estaba repuesto, en venganza, cortó la cabeza al prisionero.

***

Otra expedición organizó Quesada para el descubrimiento de las esmeraldas de Somondoco, de que los naturales dieron noticia. En el camino salían los indios a sahumar a cada sol-

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

dado con el incienso que ofrecían a sus ídolos, y que, por cierto, era de un olor hediondo e insufrible. Para autorizar más su paso en esta marcha, mandó Quesada que, con unos peroles viejos que servían para hacer el rancho, se hicieran trompetas para la entrada de los pueblos y para las ocasiones de guerra.

El capitán Valenzuela, que iba de avanzada, trajo la noticia de haber descubierto una mina de esmeraldas, de las que trajo algunas muestras. La apariencia de estas minas es la de un cráter de volcán apagado, en cuyas paredes se encuentran las esmeraldas, como engastadas, bajo la forma de prismas exagonales. El sistema de explotación indígena consistía en retirar la tierra suelta que cubre un filón y lavarlo luego en grandes depósitos de agua, y como, además, los indios no las labraban, las más de las piedras parecían ruines (1). Quesada envió

(1) De las famosas minas de Coscuez y de Muzo, a unos 150 kilómetros de Bogotá, se extraen las esmeraldas más apreciadas de Colombia, de hermoso color verde azulado y lustre *de gota de aceite,* según expresión del país. Las minas de Muzo ocupan un área muy extensa; pero sólo se explota una reducida parte. Un indio de un encomendero halló una famosa piedra, de inestimable valor, que fue enviada al rey Felipe III, quien se la regaló a su hija doña Clara Eugenia, la que, a su vez, adornó con ella el cofre del Santísimo Sacramento del Escorial. En premio de su hallazgo, el indio fué libertado y recibió otras mercedes. Contando que el quilate (205 miligramos) suele valer actualmente de 200 a 250 pesetas, ya se deja entender que en tiempo de Quesada tendría triple o cuádruple valor.

Universidad de Antioquia

al capitán Sanmartín a nuevo reconocimiento, dándole de plazo diez días, mientras él quedaba esperándole en Tenza.

La partida apresó, a poco andar, a una india muy hermosa, tanto como cualquiera española, y como los soldados la hallaron cierto parecido con una castellana de Santa Marta, que llamaban la Cardeñosa, pusieron a la india este apelativo. Sanmartín y su gente pasaron mucha hambre al entrar en despoblado, pero la nueva Cardeñosa se la alivió en parte, enseñándoles a comer maní o cacahuete, que hasta entonces no conocían los españoles. Llegó la partida al valle de Vanegas, así llamado por haberle dado vista primero el alférez Fernán Vanegas, y en un pueblo se encontraron muy finas esmeraldas y más de 500 pesos en oro fino que, con dos soldados de a caballo, se despacharon para Quesada. Llegaron éstos al pueblo donde habían dejado a su general, y como no oyeran aquel murmullo que acostumbra haber en un cantón, pensaban haber hecho el viaje en balde, cuando un oportuno rebuzno de Marubare, desde su cuadra, les sacó de dudas.

A la golosina de estas esmeraldas movió su campo Quesada, guiado por el alférez Vanegas, el mejor explorador de la hueste. Esta vez los expedicionarios iban bien pertrechados, con

Digitized by Google ®

instrumentos de hierro para el cateo de las minas que encontraran; pero todo fué en vano: las minas no valían lo que se decía. En cambio, de vuelta de una excursión, llegó Vanegas con 6.000 pesos en piezas de oro, acompañado de un cacique, que se ofrecía guiar a los españoles a la ciudad del zaque, rival en oro y poderío del zipa bogotano.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAPÍTULO V

El zaque de Tunja.—El iraca de Suamos

Fué la oferta tan bien recibida como deseada, y con sólo 50 hombres, la mitad peones y los demás de a caballo, de lo más granado del ejército, el general se fué acercando a Tunja, la capital del zaque. Llegado a uno de los arrabales, recibió una embajada del príncipe indio para que se sirviera aplazar su entrada hasta la mañana siguiente, por estar algo vencido el día. Acordándose Quesada que por sus dilaciones se le escapó el zipa de Bogotá, y que lo mismo podía sucederle con el señor de Tunja, dió orden de avanzar, y dos horas antes de ponerse el sol entró en la capital, sin hallar resistencia, eso que las calles hervían de indios bien armados.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

A su paso por las calles, vieron los españoles las puertas de las casas adornadas con «chagualas» o patenas de oro, que, como estaban colgantes, chocaban con alegre son al vaivén del aire, reflejando los últimos resplandores del sol poniente.

Estaba el zaque Quemuenchatocha en su palacio sin poder moverse, porque sus muchos años y su mucha obesidad se lo impedían, pero con las puertas cerradas, en tanto que por la valla de un cercado un hormiguero de sirvientes sacaba el oro a esportillas para ocultarlo. Viendo esto el alférez Antonio de Olalla, apeóse del caballo, y cortando con la espada los nudos y sogas que cerraban la puerta de palacio, franqueó la entrada al general, quien se apresuró a entrar acompañado únicamente del dicho Olalla y del veedor Diego de Aguilar, los tres con las espadas desenvainadas y embrazadas las rodelas, quedándose los demás a la parte de afuera guardándoles las espaldas.

Sin más impedimento que el tumulto de los muchos indios que estaban dentro, llegaron al sitio donde, por conjeturas, sacaban que había de estar el zaque, al que encontraron sentado en una silla baja de madera, de las de cuatro pies, guarnecida de planchas de oro, con un respaldo muy vuelto hacia atrás, puesta so-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

bre un estrado de espartillo a manera de alfombra.

Vestía finas mantas de algodón, y se adornaba con orejeras y narigueras de oro, patenas en el pecho y medias lunas en la frente, del mismo metal; ceñía un bonete dorado, y empuñaba un bordón de guayacán, finamente labrado, emblema de su autoridad. Sereno el rostro, e imponiendo cordura a los dignatarios que le rodeaban, Quemuenchatocha dejó acercarse a los tres osados extranjeros. Hízole una reverencia Quesada, y por medio de un intérprete le dió a entender que venía en nombre de otro gran rey a saludarle y ofrecerle su amistad, y de ningún modo a hacer agravio a él ni a ninguno de sus vasallos. Contestó Quemuenchatocha que aplazaba la respuesta hasta la mañana siguiente, y que en tanto se sirvieran los españoles reposar en las posadas que les tenía dispuestas; pero comprendiendo Quesada su cautela, hizo una seña a sus dos compañeros, y asiendo del rey, lo arrancaron de su asiento, pretendiendo llevárselo consigo. Quiso resistirse el príncipe, gritando ayuda a los suyos; pero ninguno se atrevió a cerrar el paso a los tres españoles, que, blandiendo las espadas, salieron con su presa, yendo a reunirse con los que esperaban a la puerta. Hízose la captura del

Digitized by Google ®

tunja sin que se derramara una gota de sangre, y como ya empezaba a cerrar la noche, Quesada se lo llevó a su alojamiento y puso centinelas de a caballo a la redonda para la vela. Fué este golpe el 20 de agosto de 1537.

Había corrido la voz entre los indios que su rey estaba preso, y abandonaron las casas, subiéndose a los vecinos cerros, desde donde lanzaban denuestos contra los españoles. Estos aprovecharon la noche, entrando a saco en las casas, en las que, con hachones encendidos, encontraron cuantioso botín. Echó bando el general que, bajo pena de la vida, ningún soldado ocultara nada, y que de todo el oro que encontraran hicieran un montón en un patio; y a medida que lo iban trayendo, decían a Quesada, que, con los capitanes, estaba allí presente:

—¡Perú! ¡Perú! ¡Perú! Señor licenciado, voto a tal, que también hemos hallado por acá otro Cajamarca como descubrieron por allá los peruleros.

Entre las preseas más estimadas, figuraron una petaca (maleta de mimbres) repleta de oro finísimo, que se tasó en 8.000 pesos; un relicario con huesos de una momia, hecho de oro, que pesó 6.000 pesos, aparte lo que valían las esmeraldas engarzadas; e infinidad de chagualas o

Univ. Calif - Digitized by Microsoft ®

patenas, idolillos, gran cantidad de caracoles marinos guarnecidos de oro, de los que se servían los indios para tañer en la guerra, e infinidad de sartas de oro fino que servían de ajorcas y braceletes en las fiestas principales; diademas y corazas contra los dardos, algunas de oro macizo. A la mañana siguiente siguieron las pesquisas, y en una *tola* o sepultura indígena, se encontró una mochila de palma llena de tejuelos de oro, tasados en 140.000 pesos, sin otra gran suma en esmeraldas.

Dueño de estos tesoros, hizo llamar Quesada al resto de su ejército que atrás quedara, para que gozaran todos del reparto; y como el allegar riquezas sea como beber salado, que cuanto más se bebe, más sed se tiene, entendiendo el general que la tierra encerraba más riquezas, salió de Tunja con 30 peones y 20 jinetes, dejando el resto de la fuerza para la custodia del zaque.

Nuevas tenía Quesada de otro señor de la tierra: el *iraca de Suamos*. Era éste el pontífice chibcha, que cubría su cabeza con una mitra cuadrada de oro; agorero infalible y divino, cuyo consejo se consultaba en todos los casos difíciles, y que tenía a su cargo el cuidado del templo nacional, al que acudían peregrinos de todas partes del reino para depositar sus ofren-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

das, razón por la cual el santuario estaba colmado de riquezas. El pontífice reinante a la sazón se llamaba Sugamoxi, nombre que los españoles pronunciaban Sogamoso, y por extenderlo al valle donde aquél vivía, ha quedado en la geografía colombiana.

Quesada determinó, ahora, dar un susto al iraca y saquearle el templo. Tanta prisa se dió, que en jornada y media llegó a Tundama, a mitad del camino. Sorprendido el cacique de este lugar, envió algunos presentes y comida a Quesada, rogándole se detuviera mientras él venía a recibirle con ocho cargas de oro que estaba recogiendo entre los vecinos. Todo engaño, porque lo que hizo mientras tanto, fué poner en salvo sus riquezas, desamparando el poblado. Tras esto tomó las armas, y saliendo a los cerros con su gente, daba gritos a los españoles a que vinieran a llevarse el oro prometido.

Pasó de largo Quesada, porque lo que le importaba era llegar al valle del Iraca o de Sogamoso, y al atardecer del mismo día entró en la ciudad santa, rompiendo por entre una nube de indios que trataron de estorbarle el paso. Poco fué el botín que se encontró en el pueblo, porque los habitantes huyeron con sus tesoros, aunque lo de más importancia para los españo-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

les era encontrar el famoso templo. Diéronse a buscarlo por todos lados, y en la obscuridad de la noche, dos soldados, Miguel Sánchez y Juan Rodríguez Parra, toparon con él. Era un vasto edificio de paredes y techo de palma sobre pilares de madera; los muros estaban cubiertos a trechos de láminas de oro bruñido, y en barbacoas, o camas altas de caña, se amontonaban momias con mantas de algodón y con muchas joyas de diversas hechuras. En el centro del sagrado recinto aparecía la silla pontifical, de madera, guarnecida de esmeraldas, y en sencillos trípodes, infinidad de ofrendas hechas por los indios a sus falsas divinidades. Allí había oro bastante para satisfacer toda la tropa de aventureros; sin embargo, los dos soldados, antes de dar cuenta del hallazgo a sus camaradas, optaron por llenarse las mochilas con las joyas más preciadas. Con la codicia del saqueo, dejaron las hachas con que se alumbraban en el suelo, y como éste era de caña y esparto, se pegó fuego. Al resplandor del incendio acudieron otros soldados, que trataron de apagar las llamas y seguir con el despojo, pero sin conseguirlo. Y es fama que el fuego duró latente cerca de un año, a pesar de los aguaceros que en este tiempo cayeron sobre él; lo que se explica por estar la fábrica sustentada sobre postes y

Digitized by Google®

estantes de guayacán, que es una madera incorruptible, y cuando arde, difícilmente se apaga.

Fundióse, pues, y se perdió todo el oro que almacenaba el templo; pero de entre los escombros pudo recogerse por valor de más de 80.000 ducados, aparte de las esmeraldas que cada soldado guardó para sí y sin manifestarlas.

Con tan rico despojo, Quesada volvió a Tunja a reunirse con el grueso de su ejército.

***

Cautivo seguía el zaque; pero bien tratado por los españoles, que le dejaron sus mujeres y criados, y sea por librarse de sus guardianes, sea por hacer un mal tercio a su enemigo el zipa de Bogotá, habló a Quesada de los tesoros del zipa, y de cómo más adelante había otro señor, el de Neiva, tan rico, que tenía el oro a montones como granos de maíz, y en cuyos dominios había una laguna sobre columnas de oro, con un templo en medio de las aguas, al que el príncipe acudía a hacer ofrendas en canoas cargadas de ricas preseas. Era la repercusión de la leyenda del *Cacique Dorado*, que también había llegado ya a oídos de Belalcázar, en la lejana Quito, como luego se dirá.

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

Con tan mágicas nuevas, el general volvió a salir de Tunja con toda su hueste, dejando en libertad al zaque, y yendo su jornada llegó a un llano donde una nube de indios salió al encuentro de los invasores con dardos y tiros de honda. Quesada repartió su gente en tres grupos, y cargando a una contra la indiada, hizo tremenda riza a lanzadas y estocadas. La única pérdida en el campo español fué la del guía indio que traicionara a sus hermanos, enseñando a los extranjeros el camino a Tunja y Sogamoso, al cual le vino la muerte por su excesiva codicia; pues habiendose ordenado antes de la batalla, que los indios que iban de auxiliares con los españoles llevaran todos penachos de plumas verdes para diferenciarse de los enemigos, aquél, como viera a un muerto con penacho cargado de oro y esmeraldas, se lo quitó y se lo puso en lugar del suyo, sucediendo que tomándole después un español por un indio principal, le pasó el cuerpo de un lanzazo. Súpose el caso, porque al recogerse el botín de penachos, brazaletes y collares, se encontro el guía entre los muertos.

La caterva de indios con que habían ahora tropezado, hizo que los españoles empezazan a llamar «los moscas» a los chibchas, jugando del otro nombre *muiscas*, que los mismos se

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

aplicaban. Con los tres nombres se les conoce en los anales de la Conquista.

Libre, pues, de aquel mal paso, pudo llegar Quesada a Suesca en tres o cuatro días, y desde aquí se trasladó, con treinta hombres de escolta, al reconocimiento de la encantada laguna de Neiva. Vió el templo lacustre, pero desguarnecido de los tesoros que imaginaba, y aunque algún oro recogieron sus soldados, bien pagaron el escote con la fiebre que asaltó a todos, hasta el punto que nadie se hallaba con fuerzas para cargar la mochila, sino es dos soldados, Pedro Salgar y Juan de Ovalle, que cuidaron de los caballos, que estaban más enfermos que la gente, y se esforzaron en cargar el oro de la compañía hasta el regreso a Bogotá.

En este punto hízose el reparto de todo el tesoro ganado en la campaña, nombrándose jueces, al modo que se solía hacer en estas ocasiones. Sacado lo que tocaba a los quintos reales, y dividiendo lo que quedaba en partes, tocó a cada peón, 520 pesos; a los de a caballo, el doble; a los capitanes, doblado que a los jinetes, y al general, siete partes, destinándose otras nueve para el gobernador de Santa Marta, a cuya costa se había hecho la expedición. Quedaba aún por conquistar y repartir el tesoro del zipa, que era fama que excedía a todo lo

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

hallado hasta entonces; pero Tesguesusa, que así se llamaba, andaba huído, sin que los españoles dieran con su rastro.

Por fin, un día, se apresaron en un pantano dos indios espías, que puestos a tormento para que revelaran el paradero de su señor, dejóse morir el uno con notable estoicismo, sin querer descubrir nada; pero no así el otro, que se ofreció guiar a los españoles. Partieron éstos de noche, y en su campamento sorprendieron al rey fugitivo, quien viéndose cercado y sin médios de defenderse, apeló a la fuga seguido de los principales de su guardia. Un ballestero, sin saber que iba allí el zipa, disparó a bulto una saeta contra los fugitivos, atravesando al desgraciado príncipe por la espalda. Lleváronselo los suyos a un escondrijo, donde expiró. De sus famosas riquezas pocas se encontraron, sino es un vaso de oro lleno de tejuelos del mismo metal, tasado todo en mil ducados (7.500 pesetas) (1).

(1) Fray Pedro Simón, en una «Advertencia» que añade a su *Tercera Noticia Historial*, rebate lo que dice el padre Daza en su Crónica, que los españoles herraron como bestia al zipa y lo quemaron.—«Todo es ficción y malas informaciones—añade—tomadas del Obispo de Chiapa, que con leves fundamentos y apasionados testimonios, dijo en su libro muchas cosas contra razón y su nación.» Notable apóstrofe de un escritor del siglo XVII que viene a confirmar lo que la crítica moderna viene

Tesguesusa fué el último de los zipas bogotanos. Sagipa, su sucesor, rindió pleito homenaje a Quesada, para que legitimara su elección, que no era legal, pues la soberanía pertenecía a otro cacique. El general español le confirmó en su cargo, y en prueba de alianza le acompañó a la guerra contra los panches, que habían invadido el territorio chibcha, venciéndolos en el combate de Tocarema. De vuelta a Bogotá, y en medio de los regocijos del triunfo alcanzado, los capitanes de Quesada, y a su cabeza Hernán Pérez, hermano de éste, solicitaron por escrito que el nuevo zipa entregase su tesoro, que según el derecho de conquista pertenecía al rey y a ellos. Quesada pasó por esto, y como Sagipa respondiera con evasivas, lo redujo a prisión, poniéndole una guardia permanente de doce ballesteros, en una casa junto a la suya. Pidió entonces Sagipa cuarenta días de término, y en todo ese tiempo entretuvo con ardides a sus guardianes, hasta ver si podía evadirse. Hacía llegar sudado todos los días a un indio a su posada, con una carga de oro, alegrando el

diciendo de los escritos del obispo Las Casas, que en su afán de abultar la crueldad de los conquistadores con los indios, falsea la historia de Indias, dando como verdades lo que son «apasionados testimonios», como dice con templanza el padre Simón.

Digitized by Google

oído de los ballesteros con el sonido de las planchas y joyas de oro que descargaba; pero por otro camino despachaba otros indios, llevándose disimuladamente, entre todos, el oro que el carguero había traído. Con esta traza, cuarenta días arreo venía un indio cargado de oro, y entendiendo los españoles que al cabo de ellos eran cuarenta cargas, dábanse a imaginar la riqueza que en el aposento habría amontonada. Grande fué su desencanto cuando, al entrar en él, lo vieron vacío, por lo que, montando en cólera Quesada, mandó dar de palos a Sagipa. Se disculpó éste achacando a dos caciques enemigos la treta de que él fuera el autor, lo que fué causa de que se ahorcara a dos inocentes, y buscando su libertad por otro camino, se ofreció a ir en persona a traer más oro, en lugar del que había faltado.

Convino en ello Quesada, pero haciéndole acompañar por una guardia y poniéndole una soga al cuello para que no se huyera. Desesperado Sagipa, al orillar un precipicio intentó matarse y matar al soldado que le llevaba de la cuerda, y que a duras se libró del intento suicida de su prisionero. Convencido Quesada de la mala fe de Sagipa, le hizo dar tormento; pero el indio murió sin declarar dónde estaba el tesoro de los zipas, sobre cuyo paradero forjáronse después tantas leyendas.

Digitized by Microsoft ®

Lo cierto es que a los reyes bogotanos se les enterraba embalsamados en un tronco de palmera, forrado por dentro y afuera con gruesas planchas de oro, con esmeraldas en los ojos, narices, orejas, boca y ombligo, y tejos de oro al cuello. Para despistar a los españoles dieron los indios en plantar un árbol encima de cada una de estas ricas sepulturas; pero una de ellas se descubrió en el valle de Ubaque, y de esta sola se sacaron más de 24.000 pesos oro.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAPÍTULO VI

Dramático encuentro de Quesada, Federmán y Belalcázar en Bogotá

Pacificada la tierra con la muerte de los zipas, buscó Quesada sitio donde fundar una población permanente para sus españoles, y en la que es ahora Bogotá hizo levantar en poco tiempo doce bohíos y una capilla, en la que se dijo la primera misa el 6 de agosto de 1538. Desde esta fecha se cuenta la fundación de *Santa Fé de Bogotá del Nuevo Reino de Granada,* nombres impuestos por el conquistador, por la semejanza que halló entre la anchurosa vega granadina y el extenso llano o sabana de Bogotá.

Echados los cimientos de la nueva ciudad, determinó Quesada ir a España a dar cuenta

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

al emperador de su descubrimiento, y pedirle su gobernación, desmembrándola de Santa Marta. En vísperas de la partida, hizo el segundo reparto de 20.000 pesos y algunas esmeraldas que se habían juntado posteriormente. Considerando capitanes y soldados que su general, como apoderado de todos, negociaría en la corte el bien común, diéronle a escote buena parte del oro que tenían, con lo que aquél llegó a juntar cerca de 200.000 pesos.

Era el intento de Quesada ir a Cartagena, la fundada por Heredia, sin tocar en Santa Marta, y allí fletar o comprar un navío que le llevase a España. Para que le acompañaran hasta la costa llevó consigo treinta compañeros, bien prevenidas las bolsas de oro y esmeraldas, dejando por su lugarteniente, en Santa Fé, a su hermano Hernán Pérez de Quesada. Para bajar la cordillera siguió la vía de Suacha, rumbo Sudoeste, y por el boquerón del Funza bajó al valle de Tena y luego al de Fusagasugá (1).

(1) En este itinerario se encuentran dos maravillas naturales: el Salto de Tequendama y el Puente de Icononzo. Según la tradición chibcha, la ira del dios Chibchacúm hizo salir de madre los ríos y formó un gran lago; pero Bochica, el enviado del Sol. apareció sobre nn arco iris, e hiriendo la roca del Tequendama con una vara de oro, abrió una brecha a la inundación, quedando así desaguada la sabana. En efecto, como si el río obedeciera a nn mandato divino, de pronto se va encajonando y reduce su ancho a 10 ó 12 metros y en violento plano inclinado, por un es-

Universidad Autónoma de Nuevo León

En el camino se indispuso el conquistador con el valiente capitán Lázaro Fonte, por haberle dicho un soldado que éste pensaba denunciarle en cuanto llegaran a Cartagena, por las esmeraldas que llevaba ocultas, sin haber pagado los quintos reales, de lo que quedó tan resentido el general, que habiendo sido denunciado a su vez Fonte, de haber rescatado de contrabando una valiosa esmeralda, le condenó a ser degollado. A instancias de los demás capitanes se conmutó la pena, desterrando al reo a Pasca, pueblo de indios rebeldes, a siete leguas de Bogotá a inmediaciones de los llanos orientales, y a él fué conducido por una escolta de veinticinco jinetes, dejándole allí sin armas y sin más compañía que una india bogotana, que el capitán tenía a su servicio y que no quiso abandonarle.

Visto por el vecindario la llegada del escuadrón, se había retirado a la montaña, dejando sus bienes al arbitrio de los que imaginaban entraban en son de guerra; pero como los jine-

trecho cauce, se despeña sobre el abismo a la profundidad de un llano, a 140 pies verticales del cauce primitivo.

Más hacia el Sur del Salto Tequendama, a 13 leguas de Bogotá, se encuentra también el *puente natural de Iconozo* (o «puente de piedra», como sencillamente se le llama), en el hermoso valle de Fusagasugá. Es una bóveda de unos 8 metros de anchura sobre un tajo de 85 metros, por el que se desliza encajonado el Sumapaz, tributario del Magdalena.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tes no iban a otro fin que el de llevar a Lázaro Fonte, no hicieron daño alguno en el pueblo, antes trataron de apresurar su vuelta al cuartel general, no sin compadecer a tan buen capitán por el peligro tan manifiesto en que le dejaban. En un bohío abandonado pasó la noche el capitán Fonte con su fiel esclava, esperando a cada momento que vinieran los indios a matarlo; pero así que amaneció, la india, que era joven, de hermoso rostro y gallarda, vistióse lo más galana que pudo, así como una cacica principal, y se encaminó a la salida del pueblo, pensando que por allí volvería la gente que se había retirado al monte. Apenas llegó al sitio, apareció un grupo de guerreros que, viendo a la forastera en traje de cacica bogotana, a lo que se añadía lo arrogante de su figura, la saludaron, y ella se hizo llevar ante el señor de todos, al que dijo:

—Sabrás que en tu pueblo está un hijo del Sol, que por oponerse al general de los españoles, que pretendía hacer teguerra, ha sido llevado allí prisionero. Corre a verlo y hónrale como defensor de vidas y haciendas de tus súbditos.

Tanta arte y buena gracia juntó la india à sus palabras, que sin sospecha de que en ellas pudiera haber engaño, fué creída por el caci-

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

que, quien, apresurándose a ver a Fonte, le dió palabra de guardarle amistad todo el tiempo que viviera en tierra de su señorío.

A los dos o tres días de este destierro supo Fonte por los indios que por la parte de los llanos venían del Oriente unos hombres como él, con caballos y perros; tomó un pedazo de cuero de venado bien bruñido, y en él escribió, con zumo de achiote, este mensaje a Quesada:

«Mi señor; nueva cierta he tenido que viene »gente española por los llanos, y que está cerca; »que llegará de aquí a mañana. Vea vuestra »merced lo que se ha de hacer y avise con bre- »vedad.»

Hizo de mensajera del rollo escrito la india amiga, que en propias manos lo entregó al general. Con la prontitud que pedía el caso, partió Quesada para el pueblo donde estaba Fonte, al que dió la libertad en premio del aviso, y apenas apeado, entró por otro camino el capitán Pedro de Limpias, que con algunos jinetes venía de la parte de Venezuela, a la vanguardia de una columna mandada por Federmán. Casi al mismo tiempo llegaba un recado de Bogotá anunciando que en el valle de Neiva estaba una tropa de peruleros; y con tantas novedades, Quesada aplazó su viaje a la costa, y desde el valle de Fusagasugá subió a Santa

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

Fé a esperar a los huéspedes y averiguar en son de qué venían.

Cuando le anunciaron que llegaba Federmán, Quesada hizo formar su pequeño ejército en orden de batalla, y dividió en dos mangas los indios de la localidad, con gallardos penachos, lanzas y macanas, yendo él en medio con su guión por delante, acompañado de los principales capitanes. Así que vieron asomar a Federmán con su pequeña tropa por el alto de una loma, sonaron las trompetas del ejército de Quesada, y los caracoles, chirimías y cajas de los indios, con tan bélico son, que puso cuidado en Federmán, tal, que volviéndose a Fonte, que venía acompañándole, hubo de decirle:

—Señor capitán, fiéme de vuesa merced y no querría hallaros ahora doble en ocasión que yo y los míos no nos podemos disponer para la defensa de algún agravio que se nos pretenda hacer.

—Ninguno se hará a la persona y gente de vuesa merced—contestó Fonte,—y de ello esté bien seguro, pues sólo se pretende servir a toda su compañía con mucho gusto, por ser éste el de mi general, como se experimentará desde luego.

A distancia de veinte pasos, Federmán se apeó de su caballo, haciendo lo mismo Quesa-

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

da, y ambos se abrazaron con grandes cumplimientos y cortesías. Juntos los dos ejércitos, entraron en la nueva ciudad de Santa Fé, donde los veteranos de Santa Marta partieron comidas y habitación con los de Venezuela, que bien lo necesitaban. En cinco años que hacía habían salido de Cabo de la Vela a nuevos descubrimientos, de 400 hombres llegaron sólo 133 infantes y 30 jinetes a Bogotá, en un recorrido de 1.500 kilómetros. Venían vestidos de pieles de venado, producto de abundantes cacerías; con *ojotas* o abarcas de cuero, sin pólvora, y con tanta hambre, que en el primer encuentro con la gente de Quesada, habiendo comprado uno de ellos a un soldado una libra de habas tiernas en dos maravedíes, y estando comiéndolas y maldiciendo de su suerte, volvió la cara y vió que otro compañero se comía las cáscaras, por ser más pobre que él y no tener con qué comprar.

***

De manera bien distinta aparecieron los 300 peruleros de Belalcázar, que a los pocos días de la arribada de Federmán entraron en Bogotá, vestidos de sedas, granas y perpiñanes, con encrespadas plumas.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Dos intentos habían sacado de Quito a Belalcázar para hacer esta jornada: venir en demanda del Dorado, del que tenía noticia por un indio venido de Bogotá, y el ir a España a negociar el gobierno de la provincia de Popayán, que había conquistado.

Había salido de Quito en mayo de 1538, y sin más descanso que la Semana Santa, que su gente celebró con siete días de anticipación, por ignorancia del capellán de la jornada que hizo el cómputo, fué cruzando la sierra de Pasto, los valles de Patía y Popayán, hasta salir al Cauca. Buscando la salida al mar, regresó a Popayán, dobló al Oriente y llegó al valle de Neiva, a la orilla izquierda del río Magdalena. Tenía andados desde Quito 1.200 kilómetros, y sólo había perdido 30 hombres.

En Neiva, que es el cruce a Popayán, Pasto y Quito, le hablaron de otros españoles que andaban la tierra, lo que sintió mucho por ver que la «provincia del Dorado», en la que se creía, estaba ya en manos de otro. Casi simultáneamente tuvo Quesada noticia de él, por lo que, curándose en salud, envió a su hermano Hernán con un escuadrón a saber qué gente era la que venía.

Fueron caminando con cuidado, y al llegar a Guataquí, cerca de Neiva, los indios les mos-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

traron unas jaras emplumadas que tiraban los peruleros, a cuyo alojamiento los fueron guiando. Cerca ya de él se escondieron en un soto algunos soldados de Hernán para espiar a los del Perú, y estando así emboscados, llegó un jinete, que a caballo empezó a pescar con caña y anzuelo. Disponíanse ya a pescarle a él, cuando el caballo los sintió, y apuntando con las orejas hacia ellos, el español volvió al punto la vista adonde el animal, y, en viéndolos, huyó a galope a dar el alarma a sus compañeros. Envió Belalcázar una partida a reconocer la gente de Quesada, y al encontrarse unos y otros, hubo grandes cortesías de una y otra parte, dándose mutua cuenta de sus descubrimientos. Hernán Pérez saludó a Belalcázar, y de parte de su hermano le invitó a que fuera a la ranchería de Santa Fé, con una gran voluntad, que, desde luego, le ofrecía de su parte, para servirle a él y a todos sus soldados. Oído esto por el capitán Céspedes, que iba con Hernán, tomó la palabra, dando a entender si no fuese mejor librar en las armas el derecho a la tierra descubierta.

—Señores—dijo,—a las tierras que los de Santa Fé hemos ganado, otros no han de entrar a poseerlas sino por las puntas de las lanzas, y pues a nadie quitamos sus trabajos, estas dificultades hallará el que intentare quitarnos los nuestros.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

A lo que el capitán Cabrera, de los del Perú, repuso:

—Señor capitán, bien pienso que, cuando esto sucediere, no volviéramos las espaldas, porque no sabemos volverlas a mayores peligros; pero ahora no deseamos sino paz y amistad, y que cada uno goce lo que su buena suerte le deparó, porque sabemos lo que cuesta conquistar un palmo de tierra; y así, más deseo saber el nombre de vuesa merced para servirle.

—Llámome Juan de Céspedes, más conocido que la ruda, y mi nombre bien sabido de todos por mares y tierras de estas Indias.

—Aunque he andado muchas partes de ella—replicó Cabrera,—nunca ha llegado a mí olor de ruda criada entre tales *céspedes*. En cuanto a mí, soy un pobre capitán llamado Juan de Cabrera, hijo del olvido y de mis obras (1).

Cortó este incidente Belalcázar tratando con honrosos términos a ambos capitanes, con lo que éstos quedaron muy en amistad, y a su imitación todos los demás, y con un recado de cortesía para el general Quesada, se despidió de Hernán, el cual regresó a Bogotá y contó a

(1) Hízose notable este Cabrera, porque, más adelante, fué el maese de campo del ejército del virrey Núñez de Vela en la batalla de Añaquito, donde ambos perdieron la vida (1546).

Universidad de Salamanca

su hermano la gente que era y lo sucedido con ellos.

Llegó, en efecto, Belalcázar a Santa Fé y fué bien recibido por Quesada, como merecía su persona, pero quedaron ambos con secreto recelo. Belalcázar hospedó su gente aparte, con toda clase de prevenciones militares, y Quesada pactó con Federmán, por escritura pública, que éste le ayudaría contra Belalcázar si éste le disputaba la conquista. Por este concierto el capitán tudesco cedía al otro su tropa por 4.000 pesos, y Quesada los hacía a todos copartícipes de todas las ganancias que en lo sucesivo se hicieran.

Por fortuna, nada turbó la concordia entre los conquistadores, y los tres ejércitos fraternizaron con festejos y juegos ecuestres, que duraron algunos días.

La reunión de los tres capitanes se presta a decir algo en particular de cada uno de ellos.

***

Gonzalo Jiménez de Quesada nació en Córdoba en 1500; hijo del licenciado Jiménez y de doña Isabel de Quesada, ambos de sangre noble y naturales de aquella misma ciudad. De muy niño pasó a Granada, donde su padre ejer-

Digitized by Microsoft®

cía su profesión de jurista, y, con el tiempo, el joven Gonzalo graduóse también de licenciado y comenzó a abogar en la chancillería. Así siguió hasta 1535, que el adelantado Pedro Fernández de Lugo se lo llevó a la expedición de Santa Marta por auditor general y justicia mayor.

Ya vimos cómo «el licenciado Quesada», como se le llamaba, fué el designado para capitanear la jornada a las nacientes del río Magdalena, y cómo, por su tesón y perseverancia, descubrió una de las provincias más ricas del Nuevo Mundo. Fué un capitán improvisado, pero que se colocó de un salto al nivel de los primeros de Indias, sin exceptuar a Cortés y a Pizarro, por más que las empresas de estos dos hayan tenido más resonancia porque fueron conquistadores de vastos imperios, y sus hazañas, por tanto, más novelescas.

En lo demás, Quesada estaba cortado por el mismo patrón que Hernán Cortés: ambos a dos fueron hidalgos de nacimiento, fastuosos, galanes y cultos; caballeros de su tiempo, a la manera que los pinta Brantôme, más bien que soldados de fortuna. Muestra de las aficiones literarias del conquistador de Bogotá, es que en sus horas de ocio compuso tres libros *sobre materias y cosas tocantes a Indias* (según dice

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

la cédula de su impresión, a 4 de nov. de 1568), que intituló los *Tres ratos de Suesca,* del nombre de un pueblo cercano a Bogotá, donde veraneaba; unos *Apuntamientos y noticias sobre la historia de Paulo Jovio* (que escribió en poco más de cinco meses, atribuyendo los errores de Jovio contra la nación española a ruines informaciones y a pasión) y unos *Sermones de Nuestra Señora,* para que se predicasen los sábados de Cuaresma en la misa de una capellanía que dejó fundada (1). El cronista Simón nos dice de él que era de buena estatura, buen rostro, cortesano con todos y bien complexionado.

El conquistador de Quito y Popayán tiene más parecido con Francisco Pizarro, de quien fué camarada y amigo íntimo allá en Panamá, recién llegado de España. Nació en Belalcázar, provincia de Córdoba, de padres pobres, agricultores, y su verdadero apellido era Moyano, que él cambió en *de Belalcázar* al alistarse en

(1) «El docto americanista don Marcos Jiménez de la Espada publicó un *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada,* atribuyéndolo al mismo Gonzalo Jiménez de Quesada. Mas con ser tan respetable la autoridad del señor Espada, nos permitimos dudar, cuando menos, de que dicho *Epítome* sea obra de Quesada, pues el autor habla de éste siempre en tercera persona, y de sí mismo en primera: *a mi parecer; acostándome.* Por lo cual opinamos que debió escribirle algún soldado anónimo de los que asistieron a la conquista de Nueva Granada.» (M. Serrano y Sanz, *Autobiografías y Memorias.* Introducción, XXV.)

Digitized by Google

la expedición de Pedrarias Dávila. En Darien tuvo ocasión de señalarse comó cabo de un destacamento, y ascendido a oficial, acompañó a Pedrarias en la expedición a Nicaragua, de cuya capital León fué primer alcalde; hasta que, volviendo Pizarro de España con título de gobernador del Perú, éste le escribió desde Panamá invitándole a la jornada. Belalcázar acudió al llamamiento con 20 hombres y seis caballos, encontrando a Pizarro en San Miguel de Piura, en el litoral peruano, a punto de entrar audazmente en el corazón de un poderoso imperio. Belalcázar asistió, por consiguiente, a los grandes hechos de aquella conquista, y tuvo buena parte en el reparto de los tesoros de Cajamarca y del Cuzco.

Nombrado por Pizarro por su teniente en Quito, redujo esta provincia, librándole esta campaña de intervenir en la contienda entre Pizarro y Almagro, de quien Belalcázar era también amigo íntimo y compadre, pues fué el padrino de un hijo mestizo que aquél tuvo en Panamá, el mismo que, con el tiempo, se llamó Almagro el Joven. (Por cierto que, más adelante, en 1543, cuando éste, reivindicando los derechos de su padre, desacató la autoridad del gobernador Vaca de Castro, venido a sentenciar el litigio entre pizarristas y almagris-

Universidad de Granada. Digitalizado por Google

tas, Belalcázar se declaró a favor del gobernador y en contra de su ahijado.) En su arribada a Bogotá venía huyendo de un emisario de Pizarro, que tenía orden de prenderle y cortarle la cabeza, por pretender alzarse con la gobernación de Quito y Popayán. Para hacerse seguir de sus soldados hasta la costa, los había entusiasmado con el Dorado de Cundinamarca.

Belalcázar no tenía más educación que la adquirida en el trato con sus compañeros de armas. Delineando su carácter por lo que sabemos de su historia, aparece como el tipo del capitán de Indias, tosco y turbulento, alanceando indios y combatiendo a sus hermanos, por sed de oro o por ambición de mando; hombre de pasiones fuertes, vengativo y cruel, como lo demostró posteriormente con la muerte de Jorge Robledo, el infortunado fundador de Antioquía; lento y cauteloso en sus planes, pero intrépido al ejecutarlos; ambicioso de lo ajeno, pero tan pródigo de lo suyo, que entre los aventureros del Perú no había capitán más estimado, por sus prodigalidades; a unos, les pagaba las deudas; a otros, les aviaba con armas y caballos, o bien, les acrecentaba las pagas. Esto, unido a sus condiciones de experto capitán, le hacía el ídolo de sus soldados. Era

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de mediana estatura, grueso y moreno, de barba poblada y ojos pequeños y obscuros.

Nicolás Federmán es el tipo intermedio entre el hidalgo aventurero y el soldado de fortuna: el factor o agente comercial metido en asuntos de guerra, más bien por especulación que por afán de gloria. Era el apoderado militar de los banqueros alemanes Belzares, que tenían en arrendamiento Venezuela, por concesión de Carlos V. A la muerte de Alfinger, o «Micer Ambrosio», como le llamaban los soldados, primer gobernador enviado por los Belzares, pretendió la vacante Jorge Hohermuth, más conocido por el nombre de Spira, por la ciudad en que nació, y aunque Federmán la había ya obtenido, quedó postergado a Spira, en calidad de teniente. Los dos juntos pasaron a Venezuela; pero desde un principio Federmán trató de sustraerse a la obediencia de su rival y obrar por su propia cuenta. En sus correrías fundó Barquisimeto y descubrió las pesquerías de perlas que tanto desarrollo alcanzaron después.

Ni Alfinger ni Spira llegaron a la meseta de Cundinamarca, donde los indios les decían haber grandes riquezas, porque, desalentados a la vista de la cordillera que habían de trasponer, prefirieron seguir por los llanos del Norte,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

con lo que perdieron la gloria que luego alcanzó Quesada. Federmán, más avisado, habiendo llegado en sus correrías por los llanos al pie de la meseta, se disponía a subir a Bogotá, cuando supo, con disgusto, que otro capitán se le había adelantado. Viéndose entre la espada y la pared, entre Spira, su superior jerárquico, de que iba huyendo, y Quesada, que no le permitía operar en Nueva Granada, optó por ceder a éste su mermada hueste por 4.000 pesos. Como esto venía a ser una estafa hecha a los Belzares, éstos metieron en la carcel a Federmán cuando le hubieron a mano en Alemania, procesado murió. Era un verdadero sajón (de Ulm, en Wurtemberg), blanco de rostro, de barba roja, y según los cronistas, de buena presencia y agradable trato.

***

Fué la entrada de Federmán y Belalcázar en Santa Fé de Bogotá en febrero de 1539, y en tres meses que estuvieron juntos los tres generales, hasta su partida a España, que fué a últimos de mayo, el rancherío de Bogotá tomó aspecto de pueblo español. Belalcázar había traído los primeros puercos, así como Feder-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

mán las primeras gallinas, que aunque no fueron más que los casales indispensables para casta, multiplicaron en seguida con el buen temple de la tierra.

Entre los expedicionarios de Venezuela había algunos soldados albañiles, que fueron mudando las paredes de barro y caña de las casas, en otras de tapias y adobe; se señalaron calles, plazas y solares; y como quiera que Quesada supo por Belalcázar que había muerto don Pedro, el gobernador de Santa Marta, se le acrecentaron los ánimos y nombró cabildo, con alcalde, regidores, alguacil mayor y escribano. No pudo hacer repartimiento de indios a los soldados, ni señalarles estancias o heredades, por la premura que tenía de ir a España; pero todo lo remitió a su hermano Hernán, al que dejó por su teniente y alguacil mayor del nuevo reino de Granada, haciendo que el cabildo confirmara estos cargos en nombre del rey.

Llegó la hora de la partida. Federmán vendió a los soldados que se quedaban sus esclavos, perros y caballos, a muy buen precio, pues por un caballo ordinario pagaban mil pesos, y por otro bueno, dos mil; Belalcázar, sus granas, sedas, telas y paños, que valieron mucho oro y esmeraldas, y con las maletas llenas,

Universidad de Sevilla. Digitized by Google

los tres caudillos se embarcaron en un puerto del Magdalena, yendo a salir a Cartagena de Nueva Lombardía, donde alborotaron las imaginaciones de todos con la portentosa nueva del Dorado que dejaban tras ellos.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAPÍTULO VII

Pedro de Heredia

Grandes acontecimientos habían pasado en la zona gobernada por el capitán Pedro de Heredia, cuya capital era Cartagena de Indias.

Esta parte del continente, situada a lo largo del istmo de Darien, comprendió en un principio dos provincias, cuya línea de demarcación pasaba por en medio del golfo de Urabá: la parte del Este hasta el cabo de la Vela, se llamó *Nueva Andalucía*; la del Poniente, hasta el cabo Gracias a Dios, *Castilla de Oro,* nombre muy sugestivo para reclamo de aventureros. Aquí había acumulado la Corona todos los recursos militares de la conquista, y por aquí desfiló todo el Estado Mayor de los conquistadores: Ojeda, Bastidas, Balboa, Pedrarias, Pi-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

zarro, Almagro y Belalcázar, y, últimamente, don Pedro de Heredia.

Era éste un caballero de Madrid, hombre valiente y atrevido, como lo demuestra que él solo, en la villa y Corte, hizo frente a seis bravos, si bien en la refriega salió con las narices menos. Un famoso médico reparó la falta sacándole otras nuevas del molledo del brazo derecho, que por espacio de sesenta días tuvo arrimado al corte, hasta que se le fué formando otra nariz. Buscando ocasión de vengar su agravio, logró matar a tres de sus agresores, y huyendo de la justicia tomó pasaje para Santo Domingo, en compañía de su hermano Alonso de Heredia. Pasó éste a la conquista de Guatemala, y don Pedro quedó en Santo Domingo administrando un ingenio de azúcar y una estancia que heredó de un amigo. En esto estaba entretenido, cuando, por muerte de Bastidas, la Real Audiencia proveyó la vacante del gobierno de Santa Marta en el oidor Pedro Vadillo, el cual llevó por su teniente a Heredia. Ya hemos visto cómo, por ciertas dificultades con la gente de Santa Marta, éste pasó adelante en busca de conquista propia. Siendo la tierra rica y él tan valiente, ganó en poco tiempo un apreciable botín, y regresó a la Corte, donde con el oro que traía compuso el negocio de las tres

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

muertes, y logró del rey cambiar su tenencia en gobernación, la cual apellidó «Nueva Lombardía», nombre que, como el de Nueva Andalucía, no prevaleció, quedándose, al fin, en gobernación de Cartagena.

Heredia no tenía permiso para sacar de España más de 150 hombres; pero, al llegar a Puerto Rico, se le juntaron 30 veteranos que habían estado con Gaboto en el río de la Plata, y que fueron a parar a aquella isla después de una larga peregrinación por medio continente. Entre ellos figuraba el capitán Francisco César, al que hizo Heredia su segundo. Luego en Santo Domingo, cuartel general de españoles vagos y entrampados, juntó otros cincuenta hombres, y así, con cerca de 250 españoles y algunas mujeres, y negros e indios esclavos, caballos y animales de cría, desembarcó en su ciudad de Cartagena.

Salió en seguida a campaña, y en pocos meses reconoció y conquistó la mitad de su territorio, hasta las fronteras de la vecina gobernación de Santa Marta, logrando arrebatar a los indios tesoros inmensos, entre ellos un ídolo de oro, en figura de puercoespín, y ocho patos del mismo metal, de peso de 40.000 ducados. Dícese que estos trofeos son las piezas más grandes de oro que los españoles hallaron, en

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

todo el tiempo de la conquista, en el Nuevo Reino de Granada.

Picado Heredia y sus soldados de la codicia, trataron de averiguar la verdad de unas noticias de ricas sepulturas en la provincia del Cenú, treinta leguas al Sur de Cartagena.

El hallazgo de los famosos enterramientos del Cenú, no menos que la estrepitosa expedición al templo de Dabaiba, merecen contarse aquí, porque fueron variantes de las múltiples formas del mito del Dorado.

***

Tres eran los Cenús nombrados por los indios, y de ellos, el más principal, el Fincenú, donde estaba el gran Santuario o adoratorio indígena. La tierra de esta vasta provincia era *una pasta de oro finísimo,* conforme escribe Pedro Simón, *o estaba lastrada de este metal,* según Pedro de Cieza, y los naturales estimaban estos veneros con tanta codicia como los españoles, cateando y contraminando el mineral con instrumentos de palo, si bien eran más duchos como artífices, pues sabían fundir el oro y labraban obras de joyería y orfebrería de relativo primor; pero el mayor aliciente para los españoles era la costumbre o ley que tenían los naturales de la

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

comarca de enterrar a los caciques y demás señores con todo el oro que tenían a la hora de su muerte, en tal manera, que el Cenú venía a ser una vasta necrópolis de sepulturas auríferas, y como tal, provincia sagrada para los indios.

Geográficamente es el Chocó, que sigue siendo la región del oro y la platina de la moderna Colombia, de donde han salido las masas asombrosas de estos metales. La zona del oro corre por bajo de los Andes Occidentales, y a medida que se aparta de la costa se hunde más y más en la mole de la cordillera, por lo que se hace más difícil la extracción del rico metal; el terreno está dispuesto de tal modo, que el oro y platina se presentan a la superficie en forma de cascajo, de arenas, de piedras, de arcillas diferentes, en una extensión de diez a doce leguas de ancho, y a tan poca profundidad, que muchas veces no hay más que arañar la tierra. En unas partes se acumula el oro formando «topes»; en otros está diseminado.

Pero este oro está bien guardado; lo defienden las tempestades, las fieras y serpientes, las fiebres y otras plagas.

La región metalífera está en medio de un país escarpado, en el que levantan su frente soberbia los Andes, y miles de arroyos se preci-

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

pitan de las cimas en cascadas y torrentes impetuosos, que reunidos en grupos, forman ríos caudalosos de vórtices terribles, que se dirigen al Océano con paso majestuoso y sosegado. Está enteramente cubierto de selvas colosales; algunos grupos de chozas pajizas, sembradas a largas distancias y siempre en las orillas de los ríos, es lo único habitado.

«Llueve la mayor parte del año. Ejércitos inmensos de nubes se lanzan a la atmósfera del seno del Océano Pacífico. El viento Oeste, que reina constantemente en estos mares, las arrojan dentro del continente; los Andes las detienen en la mitad de la carrera, aquí se acumulan y dan a estas montañas un aspecto sombrío y amenazador. El cielo desaparece; por todas partes no se ven sino nubes pesadas y negras. Sobreviene una calma sofocante y este es el momento terrible. Ráfagas de viento dislocadas arrancan árboles enormes; rayos y truenos espantosos; los ríos salen de lecho, el mar se enfurece, olas inmensas vienen a estrellarse sobre las costas, el cielo se confunde con la tierra, y todo parece que anuncia el fin del mundo. Mientras el viajero se turba y palidece, sólo el indígena duerme tranquilo, porque la experiencia le ha enseñado que estas convulsiones de la naturaleza pocas veces son funes-

Biblioteca Digital Ricardo Palma

tas; que todo se reduce a agua y ruido, y que dentro de pocas horas se restablecen el equilibrio y la serenidad.» (Caldas, *Corografía de Colombia.)*

***

Siguiendo los guías que habían dado noticias del Cenú, llegó Heredia sin grandes contratiempos a Fincenú, que era donde estaban los mayores sepulcros de la tierra, los que se divisaban como «mogotes», es decir, como pirámides, forma en que rematan las *tolas* o sepulturas colombianas, que por esto, y los utensilios caseros que dentro de ellas se encuentran, se adivina que fueron formadas cubriendo las casas mortuorias completamente de tierra hasta formar pirámide; de modo que una agrupación de tolas supone un caserío muerto. Uno de aquellos mogotes, más alto que los demás, el cual se veía a una legua de distancia, fué llamado por los españoles la «sepultura del diablo». Codiciosa de pillaje la tropa de Heredia, se repartió por las casas abandonadas del pueblo, y trastornándolo todo, encontraron una chaguala que pesó 400 castellanos (un castellano igual a 100 pesetas), y en un adoratorio, 24 ídolos de madera, gigantescos, planchados de oro de pies a cabeza, cada uno con su mitra del mismo metal,

Universidad Pontificia Bolivariana

y de imagen a imagen, colgando una hamaca, en la que los indios echaban sus ofrendas. Junto a este adoratorio estaba una montañuela con árboles, de cuyas ramas colgaban como unas peras, grandes como almirez de boticario, también de oro puro. Cogieron los españoles lo primero esta fruta a los árboles, y desnudaron los ídolos del vestido en que estaban, que les fué de más gusto que si fuese de brocado, y cuanto más toscas eran las planchas, mejor, porque eran más gruesas. En dos o tres horas quedaron para repartir entre todos más de 150.000 ducados (un ducado igual a 7,50 pesetas), sacados los quintos reales.

Dándose a buscar más oro, fueron cavando enterratorios, y en esta labor sacaban oro por arrobas en forma de *tunjos* (idolillos) chagualas y tejos. Faltaba todavía reconocer la «sepultura del diablo»; pero Heredia mandó suspender las pesquisas para proseguirlas al regreso, pues pensaba seguir adelante en sus descubrimientos (año 1534).

Según una cacica de la tierra, a treinta soles hacia el Sur, que es lo mismo que treinta días, estaba el Pancenú, con tanto oro, que los españoles podían cargar los caballos y aun sobraría. Tan alegre quedó Heredia con esta noticia, que, tapándose las narices, empezó a cantar

Digitized by Google

con voz de falsete: *Cuando yo sea gañán, Joanica me llevará el pan.*

Resuelta la marcha a Pancenú, mandó enterrar Heredia, en lugar secreto, todo el oro recogido en los diez días que estuvieron en Fincenú, para que los soldados fueran más desembarazados, y dejándose llevar por un muchacho indio, gran amigo de los españoles, llegó al pie de una áspera serranía, que forzosamente se había de atravesar. Acostumbrados a las tierras calientes, fueron mortales los fríos que experimentaron en los «páramos» o altas mesetas, a las que llegaban medio trepando y, como quien dice, izando los caballos. El mismo día que llegaron a la cumbre de la sierra, sobrevino un huracán tan espantoso, envuelto en nieve, que en pocas horas murieron todos los indios que iban de servicio, incluso el guía, por efecto del frío, y hasta quince españoles, salvándose los demás porque fueron despeñándose breñas abajo al reparo de un valle, donde descansaron algunos días en tanto regresaban a Fincenú. En el viaje de vuelta pasaron mayores trabajos que en el de ida, por ásperas quebraduras, pantanos y ciénagas profundas, y tanta hambre, que además de comerse la carne de los caballos que se morían, hubieron de sustentarse con tallos de bihao. Al fin llegaron

Universidad Pontificia Bolivariana

a Fincenú, y aquí se encontraron con la desagradable sorpresa que los indios habían desenterrado todo el oro que quedaba en las sepulturas, se calcula que por valor de un millón de pesos, para librarlo de la profanación de los extranjeros, con lo cual quedó la soldadesca disgustada, pues por culpa del general se había dejado lo seguro por lo dudoso, yendo a jornada, como la de Pancenú, tan baldía y trabajosa. Consoláronse todos, sin embargo, con el oro que anteriormente habían juntado y tenían escondido, que serían unos 400.000 pesos, y con este botín se volvieron a Cartagena, de donde habían salido seis meses antes. Llegaron menos de la mitad de los que salieron, la mayor parte enfermos y todos con los rostros cadavéricos, que parecían haberlos desenterrado de los sepulcros que habían abierto.

Refiriéndose el padre Simón a estas pérdidas de vidas por las enfermedades, y no por la guerra, escribe: «Parece que Dios quiso descubrir el mucho oro que tenía criado en estas tierras ahora a los españoles, para que no estuviese inútil, como lo había estado hasta allí; que lo crió para que los hombres lo gozasen y le alabasen por ello; y aun porque esto fuese con más facilidad, sustentaba pocos indios en aquellos países y de ánimos blandos y pacíficos para

Digitized by Microsoft ®

con los nuestros, para que no sólo no les hiciesen resistencia, sino antes les mostrasen las más ricas venas que poscían. Y aun parece no quiso Dios que con guerras muriesen españoles en las entradas y conquistas de estas tierras, como han muerto a la entrada y conquista de otras varias, porque sabía bien los muchos que habían de morir, por ser éstas tan enfermas, de los que habían de entrar a la codicia y saca del oro, como ha sucedido, pues han muerto innumerables españoles llevados a aquellos sitios de la codicia de él; y era esto de suerte y tan ordinario, que en desembarcando en el puerto del río un chapetón, iban algunos de los del pueblo al cura y le decían que cuánto quería por el vestido del que desembarcaba, por ser tan ordinario el morirse en entrando, y darle al cura el vestido por el entierro.»

Pero ya había cundido en España la noticia de los ricos principios de aquella conquista, y a Cartagena de Indias iban acudiendo mercaderes con ricas estofas, espaderos y oficiales mecánicos, mujeres galantes, melcocheros y pasteleros, y así el oro de las sepulturas pudo lucirse en vestidos, plumas y joyeles, o deslucirse en lances de amor y de fortuna. No por esto se olvidaron Heredia y sus capitanes de acudir con grandes limosnas a los hospitales y

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

conventos y a la erección de la iglesia catedral, cuyo primer obispo, fray Tomás de Toro, llegó por entonces a Cartagena.

Había enviado Heredia a la corte al contador Durán a dar cuenta de los grandes descubrimientos que iba haciendo y a reclutar nuevos soldados, y ya para este tiempo estaba su agente de vuelta, trayendo consigo 250 chapetones, en cuya lista figuran como soldados de fortuna el vizcaíno Lope de Aguirre y el extremeño Pedro Cieza de León, tan famosos después, el uno por sus crímenes y el otro por su *Crónica del Perú*. De esta compañía escogió Heredia los más lucidos y se los envió a su hermano don Alonso, que, venido de Guatemala, andaba registrando la tierra del Cenú por cuenta de don Pedro. Juntáronse con don Alonso más de 400 españoles, con buenos caballos y pertrechos de guerra, y una compañía de indios macheteros para abrir camino (año 1535).

En esta segunda expedición al Pancenú pasó lo que en la primera: al principio se encontraron los famosos «mogotes», anuncios seguros de oro enterrado; después, a medida que se internaban en las selvas del Cauca, fiebres y humedad, tempestades e inundaciones, y por remate el hambre, como que tuvieron que comer raíces y frutas silvestres. Los que salvaron la

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

vida, llegaron a Cartagena flacos y amarillentos, pero no desengañados de las riquezas a por que fueron; tanto es así, que, uniéndose a otros que estaban resentidos con Heredia porque no salía a nuevas pesquisas—sin duda porque él ya tenía hecha su pacotilla,—formaron un bando hostil al gobernador.

—¡Cuerpo de tal con él y sus narices postizas!—decían los más atrevidos.—Cada cual tiene manos para valerse de ellas sin necesidad de encabestrarse bajo yugo ajeno.

Habían llegado por entonces a la ciudad nueve mancebos, hidalgos todos de Madrid, algunos de ellos parientes de los tres muertos en desafío por Heredia, y que venían a que éste les resarciera con un buen empleo, o, en caso contrario, a vengarse de él. Adivinando el dilema, el orgulloso Heredia recibió a los nueve con notable desabrimiento luego que fueron a besarle la mano, lo cual precipitó el desenlace. Suponiéndolo Heredia, hízose acompañar de un valiente soldado llamado Saucedo, y sin más armas uno y otro que sayas y zaragüelles de algodón colchado y morriones en la cabeza, espada y partesana, entraron sin más escolta ni compañía una noche en demanda de los nueve madrileños en casa del tesorero Saavedra, donde tenían la posada.

Unas Cafés Digitized by Microsoft ®

No los encontraron, pero sí al tesorero, que hubo de preguntar al gobernador:

—¿Qué busca vuesa merced a estas horas en mi casa?

—¿Qué es esto Saavedra?—replicó el preguntado.—¿Qué cautelas y traiciones son las que se hacen en vuestra casa, como si estuviéramos en el monte de Torocos? Advertid, tesorero, que ha de llover todo sobre vos.

Replicándole Saavedra que su casa no era de aquellos tratos, y que si algunos había en la ciudad, salían de su mal gobierno, alzó la partesana el gobernador y le dió con ella un tan bien asentado coscorrón, que lo echó a rodar medio aturdido, con que salieron disimuladamente él y Saucedo de la casa.

A poco llegaron adonde Saavedra los madrileños, y sabedores de la afrenta que por causa de ellos le había hecho Heredia, tomaron a su cargo tan de veras la venganza, que cogiendo cada cual una lanza, salieron en demanda de aquél, el cual, con Saucedo, esperándolos estaba rato hacía a la puerta de su casa.

Luego que lo avistaron los nueve, comenzaron a hablarle con palabras descorteses y a enristrarle las lanzas, sin meter ninguno mano a la espada, porque sabían de sobra cómo la

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

la esgrimía su contrario. Aunque todos juntos se venían encima, Heredia y Saucedo, como leones desatados, arrollaron a los madrileños tanto, que corridos éstos de que dos durasen tanto a nueve, dijo uno de ellos en alta voz:

—¡Oh! Reniego de mi casta, pues no hemos acabado ya con estas dos gallinas y dado fin a ese tirano. ¡A él! ¡A él, hidalgos castellanos, si tenéis celo de honra!

Embravecidos con esta arenga, tantos botes de lanza dieron los mozos al gobernador, que le hicieron hincar en tierra una rodilla, aunque presto se levantó, asido de una de las lanzas enemigas. Al ruido de la pelea acudió gente; pero nadie tomaba el partido del gobernador, hasta que, llegando los regidores, con la vara de justicia en la mano y con las espadas desnudas y gritando: ¡Favor al rey!, pusieron en huída a los nueve. Tan bien librados salieron Heredia y su compañero, que ni una herida tuvieron en la refriega y sí dos de los contrarios, sin embargo, de las cotas de que venían prevenidos.

Fué tanto el enojo de Heredia contra los vecinos y soldados de la ciudad, que sobre no auxiliarle en el trance pasado, ocultaban a la justicia a sus contendores, que jurando vengarse de todos, salió de Cartagena con Saucedo y

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

sus negros esclavos, y embarcándose en un bergantín se fué a una isla de un cacique amigo a pedirle mil indios de guerra para destruir la ciudad.

Dióselos el cacique, y al frente de ellos se presentó Heredia a poco más de medio día, con tan grande estruendo que se asustó el vecindario y delegó al regidor Orozco, para que le disuadiese de su intento. Estuvo un rato perplejo Heredia, pero al fin optó por retirarse, diciendo que volvía las espaldas a ciudad tan villana y aplazaba el castigo.

Temiendo esto los nueve de Madrid, ayudados de gente deseosa de atajar más disgustos, huyeron a Santa Marta, desde donde nunca más parecieron, en lo que acertaron, porque a los pocos días el gobernador volvió a Cartagena; a media noche, con unos amigos y prendió en sus casas al tesorero Saavedra y otros, los cuales salvaron la vida por intercesión del gobernador de Panamá, que por aquellos días vino a Cartagena a arreglar una cuestión de límites sobre Urabá, entre ambas gobernaciones.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAPÍTULO VIII

Jornada de Vadillo

El reconocimiento de la tierra de Urabá, como de la jurisdicción de Cartagena, trajo, por consecuencia, la expedición al Dabaibe, cuya jornada encomendó Heredia al capitán Francisco César, con cien soldados, quedándose él en San Sebastián de Urabá con el resto de la gente.

La provincia del Dabaibe quedaba en las márgenes del río Darien (Atrato), al otro lado de la gran serranía de Abibe que corta Norte-Sur y separa la cuenca del Atrato de la del Cauca. Geográficamente, pertenece al Estado actual de Antioquía. Los indios de por aquí no habían visto todavía españoles, y cuando avis-

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

taron por primera vez a César y su hueste, si bien llegaba hambrienta y desbaratada, quedaron admirados de su aspecto y de oir relinchar a los caballos. Eran, no obstante, estos montañeses valientes guerreros que comían a sus prisioneros de guerra, colgando a las puertas de sus ranchos las cabezas de sus enemigos. En tres o cuatro días que estuvo César entre ellos reponiéndose de la marcha por la sierra, los indios le perdieron el miedo y determinaron resistirle. Fueran 20.000 guerreros, como escribe Cieza, o 10.000, o 2.000, como rebajan otros, el número de indios que aparecieron en batalla era enormemente excesivo para treinta y nueve peones y trece jinetes que sólo le habían quedado a César.

Este puñado de españoles lucharon a la desesperada, encontrando notable resistencia en aquellos indios que embestían en escuadrones cerrados, afirmando los cuentos de las lanzas en tierra y mostrando las puntas a los jinetes que se les venían encima. Viendo el capitán César la imposibilidad de embestirlos y desbaratarlos, torció a un lado, y descubriendo a corta distancia a un jefe indio que, gallardeando entre todos, parecía dirigir la batalla, puso los pies sobre los estribos y arrojóle la lanza con tanta destreza, que le pasó el cuello por la

Univ. Calif. Digitized by Microsoft®

garganta, derribándole en tierra muerto. Levantaron los indios un lastimoso alarido, y recogiendo el cadáver se lo llevaron en andas, declarándose todos en retirada. Ninguno de los españoles murió, pero quedaron todos heridos, y así que vieron trasponer la cordillera a los indios, hincáronse de rodillas para dar gracias a Dios por haberles salvado. Luego fué el despojo de los muertos, habiendo al alcance de las manos gran cantidad de joyas de oro, diademas, orejeras, collares y brazaletes. Sólo cogieron viva una vieja a quien, con halagos y amenazas, instaron a que les descubriese los entérratorios de los señores que morían en aquel valle, entendiendo sería allí lo mismo que en el Cená. La vieja los guió al otro lado de un caudaloso río, y a poca distancia de la margen les enseñó una losa que era tapa de sepultura. Levantáronla y vieron unos escalones que llevaban a una guaca de bóveda, hecho de cantería, donde, a la luz de las antorchas, descubrieron oro por valor de 100.000 pesos. Súpose por la misma vieja que había por toda aquella tierra otras muchas guacas o sepulturas, y tan ricas; pero considerando César que sus soldados eran pocos, y el que no estaba herido estaba enfermo, no quiso detenerse más tiempo y regresó a Urubá, a

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft®

los nueve meses de haber salido de esta ciudad (1536).

Mientras el capitán César estaba en esta jornada, tuvo necesidad el gobernador Heredia de ir a Cartagena, donde acababa de llegar el oidor Juan Vadillo a tomarle residencia. Tantas fueron las quejas del vecindario de Cartagena contra el gobernador Heredia, que la Audiencia de Santo Domingo, cuya jurisdicción se extendía entonces a Tierra Firme, había enviado al oidor Juan de Vadillo, a que le tomara residencia. El tal oidor era pariente de Vadillo, del cual fué teniente Heredia. Creyó éste tener en el primer visitador un amigo, y sucedió lo contrario, pues el oidor venía resentido por haber Heredia llevado al retortero a dos sobrinos que le enviara recomendados. Tanto apretó las diligencias de su visita, que dando tormento a los esclavos y criados de Heredia, descubrió dónde estaban sus tesoros y se los quitó en nombre del rey, enviándole a él mismo a la cárcel. Salvó a Heredia de esta triste situación la llegada de César, quien fué a verle a sus prisiones y noblemente le entregó lo que le había cabido de la jornada a Dabaibe. Con este oro el gobernador sobornó a sus carceleros y se embarcó para España a negociar su justificación, lo que consiguió del

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

todo, por los buenos oficios del obispo, pues el el rey le hizo devolver, al cabo, cuanto le quitaron (1).

Volviéronse entonces las tornas contra el licenciado Vadillo, quien a su vez fué residenciado, debido a los buenos manejos de Heredia en la Corte. Antes de que viniese su visitador, determinó Vadillo hacer una sonada a fin de congraciarse con el rey con un buen servicio, cual sería el descubrimiento de la Guaca, famoso panteón indígena, atestado de oro, que diz se encontraba en las montañas de Abibe, madre de los ríos Atrato (Darien) y Cauca.

(1) He aquí las postrimerías del novelesco Heredia, fundador de Cartagena. Después de su rehabilitación, volvió a América y tomó con ahinco el ensanche del gobierno que tenía en propiedad. Tuvo sus diferencias con Robledo y Belalcázar sobre la jurisdicción de Antioquía; al primero lo tomó preso y lo remitió a España; con el segundo le sucedió lo contrario, porque Belalcázar le apresó a él y lo envió a la Audiencia de Panamá. De aquí volvió absuelto a Cartagena, pero habiendo venido a España otro juez a residenciarle, se embarcó para España a defender sus derechos como la otra vez. Hizo el viaje en la flota que se reunía en la Habana con la de México, por cuya circunstancia iban a bordo acaudalados indianos, muchos licenciados y doctores, procuradores y escribanos, que pasaban a diversos negocios con el Consejo de Indias. Al llegar a las costas de España, una tempestad arrojó la capitana contra la costa, y en el naufragio pereció la gente principal, entre ella el Gobernador Heredia, que aunque probó salvarse a nado y llegó dos veces a la playa, otras tantas un golpe de mar le hizo perder pie, sin que nunca más se volviera a saber de él. Sucedió esta borrasca y desastrosa muerte, a fines de enero de 1555.

Digitized by Microsoft ®

A este fin resolvió ir en persona a la expedición, llevándose por teniente general a Francisco César, en cuyo valor y experiencia lo fiaba todo. Organizóse la jornada sin escatimar recursos: 350 hombres, entre caballeros, hidalgos y gente común, cuatro capellanes, gran número de esclavos negros e indios de carga, caballos e innumerables pertrechos y víveres. Iba por «adalid» o guía militar, Pablo Hernández, que en tiempo de Pedrarias Dávila había ido al Dabaibe.

Empezó la jornada (año 1538) bajo los peores auspicios, emboscadas de indios y malos caminos, que los que no eran derrumbaderos eran pantanos y cenagales horribles. Se gastaban días enteros en sacar los caballos, con sogas, de estos barriales, y cuando salían se les quedaban los vasos de pies y manos entre las raíces de los árboles. Los hombres iban tan encenagados, que apenas se diferenciaba un español de un negro. Por fin salieron a un llano con sementeras, donde a punta de lanza se racionaron de maíz, yuca, batatas y otras comidas. En el valle de Nore (donde se fundó después Antioquía), el cacique Nabonuco se ofreció guiar a Vadillo a una tierra rica, como lo cumplió, sacándole a una región aurífera.

Centinela avanzada de este paraje era un pe-

ñol o fortaleza que los indios tenían bien defendida, y era forzoso a los españoles expugnar. Comenzaron a subir la cuesta, yendo los primeros un Noguerol, joven francés, de grandes bríos, Juan de Orozco y Hernando de Rojas, y tras éstos, de uno en uno, los demás, y a la zaga los caballos, con defensas de algodón colchado contra las flechas. Conforme iban subiendo, los belicosos indios, desde los dos flancos les enviaban tal rociada de dardos y azagayas, que Noguerol hubo de pararse para que pasara el turbión, a cuyo instante, una lanza india le pasó la garganta de parte a parte, dejándole muerto. Iba a caer por uno de los derrumbaderos si Orozco no detuviera el cuerpo, y apartándolo a un lado, gritó:

—Corra la voz que hagan alto y recen un pater noster y una ave maría por Noguerol, que es muerto.

Oído esto por Vadillo, los esforzó más a la subida, diciendo:

—Adelante, caballeros, que si es muerto un Noguerol, ciento quedan en el ejército.

Siguieron subiendo, y pudiendo andar ya de dos en dos y de tres en tres, dieron tiempo a que subieran los caballos, a cuya vista los indios, amedrentados, huyeron por el otro lado del peñol, dejando abandonada la posición. Ha-

Universidad de Buenos Aires

llaron aquí los españoles una india muy hermosa, mujer del cacique, algunas joyas, y muchas fraguas y hornillos de fundir oro, muestra del mucho que había en la tierra.

Dos o tres días estuvieron allí aposentados, al cabo de los cuales vino el cacique a pedir la libertad de su mujer, ofreciendo en rescate doce cargas de oro y enseñar las minas de donde lo sacaban. Para más garantía, se ofrecía quedar él en prenda y que fuera su mujer a traer las cargas prometidas. Convino Vadillo; pero como pasaran días y la india no pareciera, mandó echar una cadena al cuello del cacique para que, al menos, le guiase a los minerales. Le llevó el cacique, al cual llevaban asido del ramal de la cadena cuatro buenos soldados, por un áspero recuesto, y al llegar a un derrumbadero, se tiró de repente por un lado, llevando tras sí los cuatro guardianes, que, sin desasir el ramal, fueron a parar, de tumbo en tumbo, a unos zarzales, que les salvó la vida. Desenzarzáronse como pudieron, y molidos y quebrantados subieron gateando por otra trócha hasta donde los esperaba Vadillo, quien indignado contra el cacique, lo hizo quemar vivo por los negros esclavos.

Estaban ya los expedicionarios en la hoya del Cauca.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

En tres jornadas, desde el peñol aquel, llegaron a orillas de este río, y con guías indígenas salieron al valle de Iraca, donde, tras reñida batalla con los naturales, hicieron asiento por dos meses para curar enfermos y heridos, si bien otros enfermaron de nuevo con calenturas, tan pestilentes, que murieron no pocos españoles. A todos confortaba Vadillo, que aunque hombre de edad, pesado en carnes, y metido en lances tan ajenos a su profesión de letrado, se portó como hábil general. Entre otras cosas que alaba en él el Padre Simón, es el cuidado que tenía «en que se conservasen hostias y vino y el santo ornamento para decir misa, la cual hacía celebrar todas las fiestas dobles, de primera y segunda clase, con vísperas y misa cantada; lo que se podía hacer con mucha comodidad entre los cuatro sacerdotes que iban y otros devotos sacristanes que se les agregaban en tales ocasiones...»

De este valle de Iraca destacó Vadillo, para otra tierra adelante, llamada Naratupe, al capitán César con cincuenta y cinco soldados entre jinetes y peones, de los menos enfermos. La gente de esta comarca era feroz y antropófaga; y tal resistieron a los invasores, que a duras penas pudieron éstos abrirse paso. Así llegaron a la provincia de Corí, a la izquierda del

Universidad Pontificia Bolivariana

Cauca, donde de pueblo en pueblo iban muriendo algunos, víctimas de las heridas y de las calamidades del camino, siendo la pérdida más sensible la del capitán César, que murió de fiebre.

***

Es *Francisco César* una de las figuras más interesantes de la conquista. Desde 1525, que vino a Río de la Plata con Sebastián Gaboto, hasta 1540, año en que murió, su vida fué una continua peregrinación militar. Su mayor hazaña se cuenta por aquella épica travesía de las márgenes del Paraná a los Andes del Cuzco, en tiempos que ni del Perú ni de Chile se tenía noticias; pues el encuentro de César con Pizarro fué precisamente cuando éste acababa de prender al Inca en Cajamarca. La aparición de la fantástica cabalgada de unos hombres blancos que iban montados en monstruos y peleaban con rayos y truenos, debió impresionar hondamente a los indios mediterráneos, que hasta entonces no habían visto españoles. *Césares* se llamaron los compañeros del capitán César; y su odisea, que duró siete años al través del medio continente, dió origen a una áurea leyenda de las latitudes patagónicas (1). Lo sin-

(1) Vide *Los Césares de la Patagonia*, por CIRO BAYO. (Madrid, 1913.)

Univ. Calif - Digitized by Microsoft ®

gular es que el Ulises de aquella «odisea» fuera a vegetar en una de las Antillas, haciendo vida de colono en Puerto Rico; quizá como Hernán Cortés y como tantos otros héroes futuros, buscaba ocasión propicia para lanzarse al continente, a la noticia del primer descubrimiento. Ya hemos visto que se lo llevó Heredia por su teniente, y que fué el brazo derecho de éste y de Vadillo en las sucesivas expediciones al Cenú, Dabaibe y Guaca, las cuales no tuvieron, desgraciadamente, más objeto que desenterrar alhajas indias. De esta suerte vino a morir, como un vulgar buscador de oro, el hombre que, por sus trabajos, su valentía y su pericia militar, podía hombrearse con los más famosos capitanes de Indias.

***

Muerto el capitán César, los soldados intimaron a Vadillo la vuelta de todos a Cartagena, en vista de tantas pérdidas y el escaso oro que se encontraba; pero a esto se opuso resueltamente el general, jurando por Dios que no daría un paso atrás hasta que viese cumplidos sus intentos o rendida la vida; y tras esta respuesta comenzó a caminar él solo por un recuesto arriba; visto lo cual, todos le siguieron, dicien-

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

do que morirían donde él muriese. La verdad es que al licenciado le importaba mucho seguir adelante, porque sabía era llegado a Cartagena el juez que venía a tomarle residencia, y calculaba que mientras él estuviera empeñado en aquel descubrimiento, retardaba la visita y pudiera ser que, si lo concluía felizmente, le sería en descargo de sus faltas.

Los expedicionarios fueron andando por el valle del Cauca, y con tanta dificultad entre bosques, lodazales y ásperas cuestas, que había día que no se caminaba más de media legua, sin tener comida que llegar a la boca ni esperanza de poder alcanzarla en mucho tiempo; pero, por fin, salieron a tierra llana con muchas poblaciones, que como lobos hambrientos ranchearon. *Ranchear* valía tanto como robar, según lo dice explícitamente Pedro de Cieza, historiador de esta jornada. Hablando de lo que sucedió a unos soldados en el sitio donde ahora estamos, escribe: «Como (los indios) tenían alzadas las comidas en algunas partes, no hallábamos maíz ni otra cosa para comer, y carne hacía más de un año que no la comíamos sino era de los caballos que se morían o de algunos perros; ni aun sal teníamos, tanta era la miseria que pasábamos; y saliendo veinticinco o treinta soldados, fueron a *ranchear*, o por decirlo más claro, a robar lo que pu-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

dieran hallar; y junto al Río Grande dieron en cierta gente que estaba huída, por no ser vistos y presos por nosotros, adonde hallaron una olla grande llena de carne cocida, y tanta hambre llevaban, que no miraron en más de comer, creyendo que la carne era de unos que llaman curíes, porque salían de la olla algunos. Mas ya que estaban todos bien hartos, un cristiano sacó de la olla una mano con sus dedos y uñas, sin lo cual vieron luego pedazos de pies, dos o tres manos de hombres que en ella estaban, lo cual, visto por los españoles que allí se hallaron, les pesó de haber comido de aquella vianda, dándoles grande asco de ver los dedos y manos; mas al fin se pasó y volvieron hartos al real de donde primero habían salido muertos de hambre, la cual es lícito apagar, aunque sea con carne humana, aunque no es lícito matarla para comerla.»

Salió aquí de paz un cacique, trayendo un presente en oro, tasado en dos mil pesos, ofreciéndose a guiar a los españoles a la gran provincia de Guancumán, a dos jornadas de allí; donde estaba el oro tan abundante que la gente se servía de él para tinajas, ollas y platos. Quería el indio con esto ahuyentar de su tierra aquella langosta de sus comidas y de sus vasallos, en lo que no cayendo Vadillo, arrastró a

Digitized by Microsoft ®

sus soldados en demanda de la tierra de promisión. Y lo que encontraron en ella, cuando arribaron, fueron bohíos abandonados, con cabezas humanas en las puntas de las «guaduas» (cañas bravas), y esparcidos por el suelo las reliquias de un festín de caníbales.

—¿Dónde están aquellas tinajas y ollas de oro?—preguntaban los españoles al cacique, después que lo trastornaron todo buscando el preciado metal.

A lo que respondió el indio que habían llegado tarde, que otros españoles habían pasado ya por allí y arramblado con el botín, y si no, que se fijaran en una calavera de caballo que les mostró. Es posible que por allí hubiera pasado Belalcázar, en su viaje de Popayán a Bogotá; pero de esto no estaban informados los españoles de Vadillo, los cuales, a falta de oro en aquel lugar, hubieron de conformarse con oir una extraña música, formada por las guaduas, que como tenían ciertos agujeros y los canutos son grandes, al entrar el aire por ellos, sonaban como tubos de órgano.

Ocho días se detuvo Vadillo en este campo, desde donde, siguiendo avanzando, halló rastros claros de otros españoles, de lo que se certificó plenamente cuando, siguiendo la orilla del Cauca, dieron sus exploradores con unas

Más Quilín Digitalizado por Mirlas ©

casas a la española, con anchurosos patios, de las que salieron dos galgos haciéndoles caricias. No atinando Vadillo en qué gobernación estaba, pues en las casas no había nadie, destacó una avanzada, la cual topó con unas tropas de indios, que se daban por vasallos del capitán Jorge Robledo, en prueba de lo cual enseñaron puercos y gallinas, con las que regalaron a los forasteros.

Iban acercándose los expedicionarios a Calí, ciudad recién fundada por el capitán Miguel Muñoz, por mandado de Belalcázar, y antes que llegaran a ella salieron a recibirles los vecinos, brindándoles hospedaje. El capitán Robledo, como alcalde de la ciudad, llevó a su posada al licenciado Vadillo, y queriendo agasajar a él y a sus principales capitanes, hizo matar una puerca, que en aquel lugar y tiempo valía a peso de oro. Días antes Robledo había pagado por ella y un puerco mil seiscientos pesos; los marranillos costaban quinientos; y añade Cieza, que en Calí, por una oveja del Perú dieron 280; cada cuchillo se vendía por 15; un pliego de papel, por 30; unas alpargatas, ocho, y la almarada con que se hacían, 30 pesos. Prueba de lo poco que se estimaba el oro fué esa puerca de a mil pesos con que el capitán Robledo agasajó a los capitanes «cartagineses», como die-

Digitized by Google

ron en llamar a la tropa de Vadillo, por su procedencia de Cartagena.

Mucho le pesó a Vadillo encontrarse al fin de la jornada en tierra que ya tenía dueño y haber dejado atrás provincias en las que pudiera haber podido asentarse y gobernar sin contradicción, de no haberle alucinado la Guaca.

Veía disminuída su hueste, y, lo que es peor, desengañada y disgustada de él; por otra parte, temía la residencia que le esperaba en Cartagena, y como era hombre enérgico, resolvió contramarchar para poblar en Buriticá, si bien dejando en libertad a su gente, para que los que quisieran le siguieran, y los que no, se quedaran en Calí. Los más optaron por lo último, no sin pedir antes el reparto de todo el oro ganado. Tocó a cada uno *cinco pesos,* premio irrisorio de una campaña de más de catorce meses, por doscientas leguas, y entre tantas calamidades y trabajos. Habían dejado en el camino noventa y dos compañeros y ciento diez y nueve caballos. Con todo eso, no faltaron unos pocos que querían seguir a Vadillo a poblar en los minerales de Buriticá; pero no lo consintió el teniente perulero, alegando que, pues esta-

Comp. Sam Edgardo y Marcelo

ban en jurisdicción de Popayán, nadie podía salir a poblar a parte alguna de ella. Entonces se resolvió Vadillo a ir a dar su residencia; llegó a Popayán y aquí le prendieron por requisitorias que había enviado el juez de Cartagena. Salió a la costa, llegó a Panamá, luego a Cartagena, y conseguida la apelación, fué a parar a Santo Domingo, y, por fin, a Sevilla, donde, antes que se ventilara el pleito, murió, pobre y desacreditado (1549). En cuanto a sus compañeros, lo más florido de los «cartagineses»—el extremeño Cieza entre ellos—siguieron las banderas de Robledo y se fueron dividiendo en conquistas, como las de Timaná, Anserma, Antioquía, Cartago y otras, en los mismos parajes por donde les llevara anteriormente el inquieto Vadillo.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAPÍTULO IX

El Nuevo Reino de Granada

En todo este tiempo, la conquista había agrandado en tal manera los límites del Nuevo Reino de Granada, sólo compuesto al principio de las dos provincias de Bogotá y Tunja, que visto por el rey de España la grandeza e importancia de los nuevos descubrimientos, puso una Audiencia en Santa Fé, segregando el nuevo reino de la Audiencia de Santo Domingo. Ello fué en 1549, nombrando para ello oidores en las personas de los licenciados Gutiérrez de Mercado, con título de presidente; Juan López de Galarza, y Beltrán de Góngora. De estos tres magistrados, sólo dos llegaron a su destino, porque el presidente murió en Mompós, por

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

manos de un boticario, a consecuencia de una purga.

La jurisdicción de la *Audiencia del Nuevo Reino de Granada,* que este era su título, se extendía a nueve gobernaciones, contando la de Bogotá, a saber: la de Cartagena, la de Santa Marta, la de Antioquía (o Zaragoza), la de Popayán, la de Mérida; la Guayana, la de Caguán o valle del Plata, y la de Timaná o valle de Neiva; es decir, que bajo la denominación de *Nueva Granada,* se comprendía la actual Colombia, Panamá y parte del Ecuador y Venezuela.

Sobre el mar Pacífico tenía cerca de quinientas leguas de costa: desde el golfo de Veraguas, que separa Costa Rica de Guatemala, hasta la ensenada de Tumbez, que la separa del Perú. Sobre el Atlántico, trescientas cincuenta leguas; desde el cabo de la Vela hasta el río de las Culebras, que la separa de Guatemala. Una línea imaginaria de Tumbez a Loreto, en el Amazonas, y otra desde este punto, cambiando al Norte, iba a buscar el Orinoco hasta la embocadura del Apure, y subiendo éste y el Sarare, tocaba la cordillera del Cúcuta; buscaba las cabeceras del Tachira, seguía su curso hasta su embocadura, en San Faustino, y atravesaba las montañas de los motilones y goajiros, hasta el

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

cabo de la Vela, cerrando un inmenso recinto de 62.200 leguas cuadradas de la América Central y Meridional.

Los Andes ecuatoriales comienzan en Loja. A esta latitud (4°30′ Sur.) su elevación es mediana y forma un solo cuerpo. Así continúa hasta el Azuay un grupo de rocas cuyas cimas casi tocan el término de las nieves permanentes. Aquí se divide en dos ramas bien caracterizadas, paralelas entre sí en la dirección del meridiano, y dejan en medio un valle angosto, pero muy elevado, en que están las poblaciones de Río Bamba, Ambato, Latacunga y Quito. A la derecha se levantan las cimas majestuosas de Capacurco, Tunguragua, Cotopaxi y Cayambur; a la izquierda, el Chimborazo, Ilimsa, Pichincha y otras, todas cubiertas de nieve eterna, y, a veces, con penachos de humo.

En este trozo los Andes llegan al máximum de su altura.

En Tulcán (0°48′ latitud boreal) vuelven a renacer los dos ramos paralelos de los Andes, con dirección Norte, y abrazan el valle de Pasto, quizá el más elevado del universo. Tres cimas ardiendo (el Azufral, Cumbal y Pasto) terminan su horizonte. Unos grados más arriba, en el bajo nivel que riega el caudaloso Patras, aparece el valle delicioso de Popayán. Aquí la

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

cadena oriental presenta las puntas nevadas de Sotará; Cocunuco, Huila y Tolima, crestas de una serranía que va a terminar en las cercanías de Mompós; mientras la occidental, siempre paralela a la otra y a ocho o diez leguas de distancia, pasa al Norte de Calí, Cartago y Antioquía, y avanza al Norte y Noroeste, para formar el istmo de Panamá.

Cerca de Popayán, la cordillera oriental pasa por Santa Fé de Bogotá y Mérida, y va a terminar hacia Caracas. Al Norte de Pamplona se ramifica de diversos modos en la Goajira y termina en la soberbia Sierra de Santa Marta.

Todos los ríos de la parte meridional (el Ecuador) rompen la cordillera y se abren paso, los unos al Este, los otros al Oeste; pero en Popayán los ríos no encuentran ninguna brecha franqueable, y toman su rumbo al Norte. Tales son el Atrato, Cauca y Magdalena. El Atrato baña un país bajo y cubierto de bosques interminables; el Cauca, el valle nivelado y fecundo de Bunga; el Magdalena riega a Timaná, Neiva, Honda, Mompós, y descarga en el Océano, entre Cartagena y Santa Marta. Un calor abrasador y constante reina en las llanuras que hacen base a esta soberbia masa de montañas. Palmeras colosales, maderas preciosas, resinas, bálsamos, frutos deliciosos son los produc-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tos de los bosques que cubren estos países ardientes, sin dejar más vacíos que las cintas de agua. Aquí, el tigre, la cascabel, y el caimán en los ríos, son los huéspedes más terribles.

La región media de los Andes, con un clima suave y moderado, produce árboles de alguna elevación, legumbres, mieses; todos los dones de Ceres. El ciervo, la danta y el oso, pueblan los lugares adonde no ha llegado el imperio del hombre. La región alta no produce sino matas, pequeños arbustos y gramíneas. Los musgos, las algas y demás criptógamas, ponen término a toda vegetación a 2.500 metros de altura. De este nivel hacia arriba no se descubren sino arenas estériles, rocas desnudas, hielos eternos, soledad y nieblas.

Esta pintura de los Andes ecuatoriales (tomada al pie de la letra del sabio Caldas) manifiesta que bastan diez o doce leguas para pasar de las nieves polares a los calores del Senegal; que aquí se acercan y confunden la zona tórrida y la glacial. Un equinoccio eterno, una igualdad inalterable de luz y de obscuridad existe en estas latitudes; los astros siempre suben perpendiculares al horizonte, y el sol siempre vivifica doce horas con su presencia y otras tantas oculta su lumbrera. Mientras que, en los países situados fuera de los trópicos, el

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

calor y el frío, la verdura y los frutos se suceden con relación al lugar que ocupa el sol en la eclíptica, en estos Andes ecuatoriales todo es permanente: nieves eternas cubren las cimas altaneras y un perpetuo verdor viste los bosques, y las flores y los frutos no faltan nunca en los campos. Luego, los climas confundidos; los frutos de los países ardientes a la vista del maíz y de la papa; el mono y el tigre, en la base; el oso y el ciervo, en las faldas; el cóndor, en las alturas.

Un plano horizontal y dilatado al Oriente (los llanos de San Juan y Casanare) y otro occidental, aunque menor (Chocó y la costa de Guayaquil), completan el territorio de Nueva Granada. El primer plano continúa hasta la Guayana; el segundo hasta el Pacífico. La parte que nos toca recorrer ahora es la oriental; espacio inmenso cubierto de sabanas y valles ardientes, y surcado por ríos caudalosos que llevan sus aguas al Orinoco o al Amazonas.

Hacia este rumbo, los buscadores de oro españoles situaban, real y verdaderamente, *El Dorado*, en cuya leyenda entramos ahora de lleno.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAPÍTULO X

Expedición de Gonzalo Pizarro a la tierra de la Canela. Descubrimiento del Amazonas

El hallazgo de los tesoros del Cenú, de la Guaca y del Dabaibe, era suficiente para enloquecer las imaginaciones y dar visos de realidad a meras conjeturas. La fábula es una misma, pero con variantes de maravillas y exageraciones. Los cartagineses de Heredia y Vadillo buscaban su vellocino de oro en las nacientes del Atrato, del Cauca y del Magdalena; Quesada, Belalcázar y Federmán, en la meseta de Bogotá; ahora el áureo fantasma se corre más al Este, entre el Orinoco, el Meta y el Guaviare, y todos le siguen, como el imán de sus deseos. Primero fué un santuario lleno de ídolos

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

de oro, como la Guaca; después un templo del Sol cuajado de piedras preciosas, como el Dabaibe; ahora se concreta en un hombre, en un *rey dorado*.

La primera noticia que de este personaje tuvieron los españoles, fué en Quito, por un indio forastero que contaba una sabrosa leyenda: que en su tierra (Cundinamarca), la mujer del cacique de Guatavita, pesarosa de verse acusada falsamente de adulterio por su marido, se había arrojado a un lago, y que, arrepentido aquél, al tratar de salvarla, o siquiera rescatar su cuerpo, los sacerdotes que bucearon en el agua, declararon que la cacica estaba viva y muy bien hallada en un magnífico palacio, convertida en divinidad. Para desagraviar a su mujer, el cacique acostumbraba, en cada aniversario de su desaparición, untarse el cuerpo de trementina, sobre la cual le ponían un espeso betún de polvo de oro. Así, dorado y resplandeciente, se hacía llevar en una balsa, y al llegar al centro del lago, se hundía en el agua, buceando hasta faltarle el resuello, en busca del palacio encantado y de su mujer, para hacer las paces con ésta. De este indio que se doraba vino el nombre de *el Indio Dorado*, y la *Provincia del Dorado*, a sus dominios. «Busquemos este Dorado», dijo Belalcázar cuan-

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

do lo supo, y ya vimos cómo, buscándolo, vino a parar al rico país de los muiscas o chibchas, que, más afortunado, Quesada había ya conquistado.

La conseja del Guatavita no estaba desprovista de fundamento. En la región de Cundinamarca había, en efecto, lagunas sagradas, convertidas por los indios en adoratorios, algunas de las cuales conservan todavía sus nombres: Guatavita, Suesca, Siecha, Chingasa, Churuguago, Fúquene, Tensaca, Ubague. La más importante era la primera, la de Guatavita, al Nordeste de Bogotá, a poca distancia de un pueblo que, cuando la conquista de Quesada, era la mayor fortaleza indígena. Sabían sus moradores fundir el oro, hacían estatuitas, que en Colombia llaman *tunjos,* y con ellas hacían sus ofrendas a los dioses, arrojándolas a la laguna con la ceremonia de dorarse el cuerpo el señor.

El hecho es verídico, pues el cronista Juan Rodríguez Fresle, hijo de uno de los conquistadores de Nueva Granada, conoció a un Don Juan, cacique de Guatavita, sobrino del jefe bajo cuyo dominio estaba la tierra cuando llegaron los españoles de Quesada. Refiere el cronista que, cuando visitó a Don Juan, éste estaba preparándose para tomar posesión del caci-

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

cazgo. Después de un largo ayuno, desnudaron a Don Juan, le aplicaron una tierra viscosa, luego oro pulverizado, en tal manera, que parecía una estatua de áureo metal. A seguida sus súbditos le llevaron a una balsa, con gran cantidad de oro y esmeraldas que había de ofrendar a la divinidad del lago. Al llegar al sitio designado efectuó su ofrenda, arrojando al agua todo el tesoro. Terminada esta ceremonia, regresó a la ribera entre las aclamaciones del gentío que le proclamó como su legítimo señor.

Convence de la exactitud de este relato, el hecho de que la tradición aseguraba que los indios arrojaron en el lago todo el oro y esmeraldas que poseían, luego que se enteraron que los españoles no buscaban otra cosa, y que por espacio de cerca de cuatrocientos años que van transcurridos desde la conquista de Bogotá hasta nuestros días, todavía se sigue buscando el tesoro de Guatavita (1).

Como quiera que sea, la noticia del hombre

(1) El primer desagüe lo hizo Hernán Pérez de Quesada, que sólo sacó por tres o cuatro mil pesos de oro. En 1652, Sepúlveda, un rico mercader de Bogotá, obtuvo de Felipe IV una concesión para el segundo desagüe. Sacó una esmeralda de mucho valor, y todavía puede verse el corte que el contratista hizo en uno de los cerros. Las últimas noticias son, que una compañía inglesa, por concesión del gobierno de Colombia, ha logrado des-

Universidad Autónoma de Nuevo León

dorado había cundido por toda América; pero transformada y exagerada, en una ciudad encantada, de casas y jardines de árboles de oro; El Dorado o *Eldorado*, como vino a sincoparse el romántico estímulo de los guerreros castellanos.

Un fantástico y vago rumor situaba esta región, no ya en la meseta septentrional de Nueva Granada, sino al Este de los Andes, en la *Tierra de la Canela.*

De esta provincia de la Canela o del Dorado, como indistintamente se la llamaba, hízose dar la gobernación Gonzalo Pizarro, el hermano menor del conquistador del Perú.

Gonzalo vivía a la sazón en Quito, trataría a algunos aventureros que con Belalcázar habían ido a Nueva Granada y creyó factible hallar el reino del hombre dorado en los bosques del Marañón, inexplorados todavía. Pregonada la jornada, se alistaron bajo sus banderas unos doscientos españoles, número que, por enton-

aguar completamente el Guatavita, que tiene trescientos metros de circunferencia, y encontró el fondo enteramente cubierto de una capa de lodo de unos tres metros de espesor. Removiéndola se han ido encontrando algunos *tunjos,* esmeraldas y objetos de cerámica. En 1870, en la cercana laguna de Siecha, otros contratistas hallaron una magnífica pieza de oro de 226 gramos de peso que, según Liborio Zerda *(El Dorado),* representa la ceremonia de la oblación en la balsa.

Digitized by Google

ces, se creía suficiente para una conquista, pues con sólo ciento setenta hombres, Francisco Pizarro había apresado al inca, y con ciento sesenta y seis, Quesada ganó el reino chibcha. Con los españoles de Gonzalo iban 4.000 indios quiteños, como cargueros de víveres y pertrechos, como palafreneros de una regular caballada, y como conductores de una piara de más de 2.000 cerdos y un rebaño de llamas, animales estos últimos que se llevaban de acémilas para fardos de poco peso, y, en último caso para la matanza. Por su parte, cada español, tenía bastante con su sayo de armas para defenderse de las flechas herboladas; con la rodela, que en las marchas se llevaba a la espalda, así como el yelmo en el brazo; y con el espadón y la daga al cinto.

Salió la expedición de Quito a fines de febrero de 1541. La ruta era indeterminada, pues, a excepción de dos o tres soldados que habían entrado en la comarca, nadie más conocía el camino a la tierra de la Canela; pero como las noticias se referían al Oriente, hacia este rumbo se enderezó la marcha.

Son muchos los escritores hispano-americanos, así antiguos como modernos, que han relatado los memorables incidentes de esta expedición de Pizarro; pero ninguno de ellos da un

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

gráfico (1), y menos la topografía de los lugares en que ella se desenvolvió, única manera de que el lector comprenda las dificultades que la misma ofrecía. El viaje a través del páramo de Quito y de la región ecuatorial del Napo y del Amazonas, constituye la más fascinante de las excursiones, pero también la más difícil; hasta el punto que, si bien han sido innumerables las exploraciones por aquella región, aun no ha podido conseguirse un mapa medianamente exacto de ella, como lo reconoce Wolf, notable cartógrafo moderno del Ecuador. Nó obstante los repetidos viajes de los misioneros en el siglo XVIII y de las dos excursiones científicas de Quito al Amazonas, por Osculati, en 1848, y Orton en 1867; lo cierto es que los bajíos del Napo y del Amazonas siguen lo mismo que los encontró Pizarro, abandonados a los tigres, serpientes y caimanes. ¡A esté antro iban a buscar el Dorado los románticos españoles del siglo XVI! Acompañémosles, o, por mejor decir, salgamos de Quito con la gente de Gonzalo.

(1) Excepción hecha de D. Marcos Jiménez de la Espada, que ilustró con una ruta, el primero de una serie de artículos sobre la supuesta traición de Orellana de Pizarro («La traición de un tuerto». *Ilustración Española y Americana*, 22 de agosto de 1892 y siguientes).

www.libros.com.ar ®

La salida de Quito fué muy aparatosa. Desde las floridas azoteas, encanto de las damas quiteñas, éstas agitaban sus pañuelos, despidiendo a sus maridos, a sus hermanos o a sus galanes, que entre nubes de polvo se perdían por la meseta, camino de Tablón. Este trayecto es encantador: el camino va por entre cerezos y mirtos silvestres, bordeando conucos de trigo y cebada, y haciendas de ganado vacuno, hasta llegar, insensiblemente, al páramo de Tablón, a una altura mil pies mayor que Quito. En estas parameras, las nieblas son densas y constantes; zumba un viento sempiterno, arrastrando nubes de escarcha. Menudas lloviznas acrecientan la obscuridad reinante y limitan el horizonte. El pobre viajero, obligado a acampar en esta altura, con un frío tan intenso y a una presión barométrica de 514 milímetros, siente que su ánimo se abate y que su actividad sufre un menoscabo profundo. Hasta a las caballerías les falta voluntad para buscarse alimento en estos eriales y hay que darlas pienso. En cambio, es magnífico el panorama que a la salida del sol se contempla hacia Occidente. En un semicírculo, de imponente majestad, se destacan nueve de los volcanes gigantescos del Ecuador, de quince a veinte mil pies de altura: el Rumiñahui, el Imbasubura,

Univ. Calif - Digitized by Microsoft ®

el Corazón, el Sincholagua, el Antisana, el Coyambé, el Pichincha, al borde de la ciudad de Quito, y el Cotopaxi, el más alto de todos, con su eterna corona de nieve y penacho de humo. Más abajo se extienden los fértiles valles de Puembo y Chillo, que la mirada escruta entre montones de nieve o jirones de niebla.

La subida de Tablón a la cumbre del Guamaní, es tránsito obligado, que dura algunas horas, siguiendo un profundo barranco por el que el viento encajonado ruge siempre con tremenda fuerza, retorciendo árboles y desmoronando peñascos. Este mismo viento, que sopla del Este, al chocar contra las murallas de los Andes, suele descargar su humedad en aguaceros diarios y continuos, los cuales son el obligado acompañamiento en el descenso a Apallacta, a unas veinte millas de Tablón. A causa de estas lluvias los senderos resultan intransitables, hasta el punto que a las caballerías les llega el agua hasta las cinchas. Por espacio de dos horas el camino lo constituye una serie de escalones, hecho de troncos de árboles, tan resbaladizos, por el agua y el lodo, que la mejor manera de pasarlos es escurrirse por ellos, como por una escalera ensebada. Por fin, después de muchos tumbos y revolcones, se llega a Papallacta.

Digitized by Microsoft ®

Esta aldea puede considerarse como el mirador del valle del Amazonas, por este lado, y a pesar de su altitud, está rodeada de una vegetación tropical. De Papallacta en adelante, el sendero va por entre la selva; hay que vadear ríos sin puentes y atravesar interminables fangales; cortar con el machete la densa vegetación que estorba el paso. La humedad que reina en estos parajes, en los que nunca entra el sol, pega la ropa al cuerpo y produce fiebre. Después de un chubasco hay que aguantar el rocío continuo de las empinadas guaduas, de bejucos, lianas y enredaderas, cargados de agua, y que, necesariamente, hay que mover al abrirse paso; a lo que se añade la plaga de sabandijas, las raíces y los troncos caídos, que arañan los pies, pues para poder sacar los talones del pegajoso lodo no hay más remedio que andar descalzo.

Con estas penalidades se llega a la Cordillera de Baza, que hay que subir casi verticalmente por cuestas empinadas y resbalosas, y bajar del mismo modo para llegar al pueblo, que en tiempo de Gonzalo Pizarro no existía, pues no se fundó hasta doce años después, en 1552. En compensación, halló el capitán español, en estas cercanías, el valle de Zumaco, poblado de indios y con buenas sementeras. Providen-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

cial fué este encuentro, porque ya los expedicionarios iban molidos y quebrantados de la azarosa marcha y muertos de hambre, pues cerdos y llamas se habían extraviado al paso de los bosques o atascado en las ciénagas. También muchos de los indios auxiliares volvieron las espaldas, llevándose algunos caballos.

En este campamento de Zumaco le llegó a Pizarro un importante refuerzo, que le animó a proseguir su empresa: el capitán Francisco Orellana con veinte y tres compañeros. Natural de Trujillo, como los Pizarro, y deudo de éstos, había ofrecido a Gonzalo acompañarle en esta jornada, y ahora cumplía su oferta, viniendo a marchas forzadas desde la lejana Guayaquil, siguiendo las huellas de los expedicionarios. Tan destrozados llegaron Orellana y los suyos, que sólo traían la espada y la rodela. Agradecido Gonzalo al auxilio que le traía Orellana, hízole su teniente general.

Dos meses estuvieron los españoles vivaqueando en Zumaco y tomando noticias de la tierra que pensaban descubrir. Para quitárselos de encima, si bien diciéndoles la verdad, los indios les aseguraban que diez jornadas más al Este encontrarían los bosques de la canela, y ciudades populosas y ricas; pero que hasta lle-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

gar a ellas no se encontraba comida. Impaciente Gonzalo por averiguarlo y ver si al mismo tiempo daba con una senda para los caballos, se destacó él mismo al frente de una partida de ochenta infantes. A los setenta días de marcha vió, sí, los árboles de la canela, pero ningún cacique dorado; con todo, tropezó con un jefe indio que, al igual de todos, dijo a Pizarro que el rey que buscaba estaba más adelante. Para que le sirviera de guía, Pizarro se trajo preso al real al hablador.

La canela encontrada no era la misma de Ceilán y las Molucas, cuyo monopolio tenían los portugueses, y del que estaba celosa España, sino que pertenece a distinta clase, siendo inferior en todo a su famosa homóloga de las Indias orientales. De haber sido igual, el descubrimiento de Pizarro hubiera tenido tanta importancia económica como el del cerro del Potosí. Defraudado en sus esperanzas, el capitán español sometió a junta de oficiales lo que había de hacerse: si dar por conclusa la campaña y regresar a Quito, o seguir adelante, para agregar a la corona de Castilla el vasto territorio que iban descubriendo. Unánimes resolvieron que procedía lo segundo—*porque lo que fuera prudente en unos mercaderes, sería bochornoso a conquistadores.*—Quizá surgiera en

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

el ánimo de todos la vaga idea de encontrar el Dorado: de todos modos, de la resolución de aquel consejo tan disconforme con los cálculos de la razón fría, nació el subsiguiente descubrimiento del Napo y del curso del Amazonas. Gonzalo Pizarro, mostrándose digno hermano del héroe que con trece hombres se quedó en una isla desierta para no abandonar la conquista del Perú, oyó, gustoso aquella opinión de sus oficiales, y hechas las prevenciones necesarias, salió de Zumaco.

El cacique que les servía de guía obligado, les encaminó hacia el río Coca por entre un laberinto de bosques y riachos; éstos, de ancho variable, según las lluvias y el derretimiento de los ventisqueros cerca de sus fuentes, por lo que en ocasiones se convertían en torrentes avasalladores; los otros, no de árboles rectos y airosos que todos conocemos, sino de cestas colgantes de orquídeas y enredaderas, y campo de batalla cada una de millares de parásitos enemigos de las plantas y verdugos de mamíferos y aves. Las lluvias seguían tan tenaces, que los expedicionarios apenas hallaban un palmo de tierra seca donde acostarse, y habían de remediarse con las chozas de cañas y hojas de palmera que en casos tales se improvisan en pocos minutos.

Digitized by Google

Cuando llegaron al Coca, vieron en él un río muy caudaloso. Siguieron su orilla leguas y leguas sin encontrar vado, y sí una hermosa catarata, por la que el Coca se precipita encajonado, con tanto ruido, que ensordece. Los intrépidos aventureros improvisaron sobre el horrísono precipicio, un puente a la usanza india, con bejucos y tablas entrelazadas y con barandales, y así pasaron a la opuesta orilla hombres y caballos.

Entraron de lleno en el vasto llano del alto Amazonas, la región boscosa más bella entre los Andes y la costa del Atlántico. Allí la vegetación es exuberante y maravillosa; las guaduas (cañas) se ostentan en toda su lozanía, doblándose en arcos gigantescos; las palmeras se despliegan en todo su desarrollo, y vistosas orquídeas nacen en las cimas de los árboles achaparrados. Pero para penetrar en esas selvas vírgenes, en las que reina una temperatura de 30 centigrados, hay que abrirse camino con el machete. No pocas veces ni aun esto es posible, y así nuestros expedicionarios tuvieron que hacer volatines con las picas, trepar como gatos monteses hincando las dagas por troncos y rendijas de los arbolones, y guindarse por las ramas con cuerdas y pretinas.

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

El curso del Coca, que seguía el mismo cami-

no que los viajeros, sugirió a Pizarro la idea de construir un barco para que en él fueran los enfermos, el bagaje y las municiones, que nadie tenía fuerzas para cargar. Entendía, además, que el río iba a desaguar a otro mayor o quizá al mar, por lo cual era conveniente prepararse para una navegación.

Así, pues, dió orden de hacer un bergantín, y en la obra trabajaron desde el general hasta el último soldado. Todos se improvisaron en artesanos; cimentaron dos hornos con fraguas, haciendo fuelles de borceguíes; con las herraduras de los caballos muertos o comidos, y con las armas de los compañeros muertos, forjaron la clavazón; de la goma y resina de los árboles hicieron brea; los bejucos sirvieron de jarcias, y para estopa, algodón silvestre y camisas viejas. Con tan frágiles recursos se construyó el *San Pedro,* que luego hizo una de las travesías más admirables que registra la historia de los descubrimientos.

Navegaron de conserva, unos embarcados, otros a pie, por algunos días, mas como apretara el hambre—ya se habían comido más de 1.000 perros y 100 caballos,—determinó el jefe hacer alto en la marcha, comisionando a Orellana para que con el buque bajara el río hasta unas juntas o confluencia, donde el guía ase-

Univ. Calif - Digitized by Microsoft ®

guraba había que comer. Las instrucciones dadas por Pizarro a su teniente fueron que de esas juntas no pasara y que volviera en el término de doce días. Tan cierto estaba de ser obedecido, que dejó a bordo el bagaje y algunos arcabuces. Orellana, con 57 hombres, se embarcó en el bergantín y partió río abajo en busca del anhelado socorro. Fué esta separación a fines de diciembre de 1541, se supone que a cincuenta leguas de Quito (vía recta), que habían andado en cuarenta y tres jornadas, empleando diez meses entre andanzas y acampamentos.

Transcurrió el plazo señalado para la vuelta de Orellana, y éste no parecía. Estúvole esperando Pizarro más de un mes, y temiendo hubiera naufragado o estuviera detenido por los indios, salió a buscarle, siguiendo la orilla del río. Tardó dos meses en llegar a la junta del Coca con el Napo (el río de la Canela), donde las únicas señales que vió de Orellana fueron cortaduras de machetes en los árboles.

***

¿Qué había sido del teniente y deudo de Pizarro? Desembarcando todos los días para hacer provisiones, y asaltando los pueblos que se

Universidad Rafael Landívar

las negaban, Orellana llegó a la junta del Napo. Entusiasmado con este descubrimiento, y viendo que los doce días del plazo habían transcurrido con exceso, cruzó por su mente la idea de ilustrar su nombre con un hecho notable, cual sería la navegación del Marañón hasta el mar. Los cortes de machete que vió Pizarro en la ribera fueron para la construcción de otro buque, el *Victoria,* que en aquellos desiertos improvisaron los compañeros de Orellana, una vez resueltos a navegar el poderoso río que tenían a la vista, como lo hicieron, saliendo a la desembocadura al cabo de nueve meses de un continuo guerrear; que su descanso era orzar de una orilla a otra para dormir y reponerse, y los dos frágiles leños unos erizos, según la cantidad de flechas en ellos clavadas. Ambos, sin embargo, llegaron felizmente a Cubagua; el, el *San Pedro*, el 9 de septiembre de 1542, y el *Victoria*, dos días después. De allí se partió Orellana, en otra nave fletada al efecto, a dar cuenta al rey de su magnífico descubrimiento, y las relaciones que trajo de unas mujeres guerreras con que tropezara en su navegación por el gran río, dieron a éste el nuevo nombre de las Amazonas.

La conducta de Francisco Orellana ha sido juzgada con criterios distintos: unos le alaban,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

otros le censuran. La traición a Pizarro es indiscutible, pues lo dejó abandonado y hambriento, y pudo, si no socorrerle, reunirse con él o aguardarle; pero teniendo en cuenta que él se expuso tanto o más que su jefe, la valentía con que se aventuró a una navegación desconocida de casi mil leguas por en medio de naciones bárbaras, y, como añade el padre Carvajal, que también arriesgó su hacienda y dignidades que tenía en Guayaquil, ya que la familia de Pizarro era omnipotente en el Perú y había de tomar represalias, la historia no puede menos de absolverlo. Además, que esta mezcla de vicios y virtudes, de abnegación o de indisciplina, de indiferencia a la muerte propia y de los demás, es la característica de aquellos tiempos heróicos, y por esté medio se improvisaron descubridores y conquistadores en Indias (1).

***

Amarga fué la decepción de Gonzalo Pizarro y los suyos al verse abandonados de Orellana,

(1) También hay que absolver a Orellana del cargo que se le hace de haber abandonado en tierra a unos compañeros de a bordo que le afearon su conducta con Pizarro, pues el padre Carvajal, que algunos ponen entre estas víctimas, nada dice sobre el particular, sino todo lo contrario; su crónica del *Descubrimiento de las Amazonas*, en el que estuvo como capellán, es

Digitized by Microsoft®

los ánimos se abatieron, y se resolvió retroceder. El regreso a Quito fué un *Via crucis* de sufrimientos y penalidades; los mismos de antes, pero sin el aliento de la esperanza. En el camino les cogió la estación lluviosa, y cayeron sobre ellos diluvios inagotables «que hasta el alma les bautizaban», en expresión de Tirso de Molina *(Amazonas en las Indias)*. Cuenta la leyenda que, durante este viaje de retorno, una reina amazona se prendó de Gonzalo y le ofreció su mano y el cacicazgo; pero que aquél se disculpó diciéndole que le dejara volver a Quito para alistar más gente y armas. Por fin llegó la pequeña tropa a la vista de Quito, y Gonzalo mandó que entraran todos, medio desnudos como venían, luciendo su desnudez como trofeo de su valor. Había durado la ausencia más de diez y seis meses, y sólo llegaron 80 españoles; de los indios auxiliares, ninguno.

Las aventuras de Gonzalo Pizarro y compañeros tuvieron inmensa resonancia. Seis meses después de realizadas, en enero de 1543, casi al

un panegírico de Orellana. El caso es que éste halló justificación ante el rey, quien vino en concederle la gobernación de Nueva Andalucía, como había de llamarse el territorio que a la boca del Amazonas había aquél de conquistar; pero en esta segunda parte tuvo desgracia Orellana, pues apenas desembarcado junto al río teatro de su gloria, un flechazo le quitó la vida.

Fundación Cultural Santa María®

tiempo justo que pudieron divulgarse fuera del Perú con detalles auténticos, el cronista Oviedo escribía una carta al célebre cardenal Bembo informándole de la «Expedición a la tierra de la Canela y a la busca de un príncipe que llaman El Dorado». Con esto, el áureo personaje empezaba a darse a conocer en los países extranjeros, y ni que decir tiene que seguía siendo la obsesión de los aventureros de Indias, los cuales, juzgando por lo pasado, esto es, por los tesoros hallados entre los aztecas, peruanos y chibchas, estaban prontos a lanzarse en pos de lo desconocido al menor indicio o a la indicación más leve.

Prueba de esa obsesión es que al mismo tiempo que Pizarro vagaba por las orillas del Coca y del Napo en busca del tentador y esquivo fantasma, otros aventureros procuraban lo mismo desde la meseta de Cundinamarca y desde el Noroeste de Venezuela.

Fueron ellos Hernán Pérez de Quesada y Felipe Hutten (Urre a la española). Ambas expediciones, especialmente la segunda, forman época en los anales del Dorado.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAPÍTULO XI

Hernán Pérez de Quesada

Era este personaje, como ya sabemos, hermano del conquistador de Bogotá, en cuya ausencia gobernaba el Nuevo Reino de Granada. Seducido por las noticias del Dorado y creyendo firmemente que, como suele decirse, lo tenía en casa o sea en la parte de su jurisdicción, emprendió su busca antes que otro se adelantara a hacerlo. No andaba descaminado en esto, pues sin él saberlo, Gonzalo Pizarro y Felipe Hutten habían ya empezado sus pesquisas.

Mucho ayudaría a la resolución de Hernán Pérez, la estancia en Bogotá del capitán Lope

Digitized by Google®

Montalvo de Lugo, natural de Salamanca, teniente de Federmán, al que siguiendo los pasos llegó retrasado a Bogotá en 1539, con ochenta hombres, cuando ya el otro se había embarcado para Cartagena, el cual Montalvo, en su correría por los llanos oyó hablar a los indios del fantástico Dorado. Sea como fuere, Hernán Pérez, dejando las comodidades de su gobierno, se aprestó a la jornada, y a mediados de agosto de 1541 (cómputo del padre Simón) salió de la ciudad de Tunja, al Norte de Bogotá, con 200 españoles y 400 indios de servicio.

Los expedicionarios atravesaron la cordillera por Suamos y bajaron a los llanos orientales de Casanare; aquí torcieron al Sur con los Andes a la derecha, y pasando el río Caquetá entraron al valle de Sibunduy, que Hernán Pérez pobló con los indios sálivas, que se le habían juntado. Anduvieron perdidos por la cuenca del Caquetá y del alto Putumayo, al mismo tiempo que setenta u ochenta leguas hacia el Sureste, los peruleros de Gonzalo Pizarro pasaban por iguales penalidades. Si en vez de dejarse llevar por los brazos del Caquetá que más se inclinan a la banda del Norte, lo hace por uno de los que más se acercan a la arteria principal, es probable que la hueste granadina hubiera tropezado con la perulera, o si no, con

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

los venezolanos de Hutten en la provincia de los omaguas.

Dos años duró la expedición de Pérez de Quesada al través de selvas vírgenes y de inmensas sabanas o pampas solitarias surcadas por anchos ríos, semejantes a grandes cintas de plata sobre un campo de esmeralda. Por las selvas tenían que abrirse camino cortando maleza y lianas; en los candentes arenales de las pampas sucedía peor: de noche tenían que cavar hoyos y cubrirse con tierra hasta dejarse sólo descubiertas las narices, como lo hacen los salvajes, para librarse de la picadura de los zancudos, que infestan la atmósfera. Con las primeras luces de la aurora, que hacen huir a los mosquitos, salían de esas fosas, en las que habían dormido desnudos y se lanzaban al río para quitarse la costra formada por la arcilla y el sudor sobre la piel y luego se ponían los desgarrados vestidos que aun les quedaban. A todas estas fatigas se añadieron repetidas escaramuzas con indios antropófagos, habitantes de aquellas soledades. Desengañado Pérez de Quesada, dobló al Occidente, escaló los Andes de Pasto bajo la línea equinoccial y por la vía de Popayán y Neiva, llegó a Santa Fé de Bogotá con pérdida de ochenta hombres y de todos los caballos, la mayor parte de ellos comidos por

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

sus dueños, de la cual matanza no se libró ni el benemérito Marubare, el *asno conquistador,* pues forzoso fué matarle para regalar con su sangre a los enfermos, y con la sobrante y las tripas hiciéronse morcillas, comiéndose todo lo demás de él, sin perdonar el cuero.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAPÍTULO XII

Felipe de Hutten (Urre)

Aquel Spira, el contrincante de Federmán, del que se habló anteriormente, había muerto en Coro en 1540, y vacante el gobierno de Venezuela, nombró la Audiencia de Santo Domingo al obispo don Rodrigo de las Bastidas, hijo del Bastidas fundador de Santa Marta. El nuevo gobernador, en atención a los Belzares, cuyos derechos aun no habían caducado, nombró por su teniente al caballero alemán Felipe Hutten, pariente cercano de aquellos banqueros, y aunque joven, muy capaz para el cargo que se le confería. Este Hutten, a instancias de los aventureros de Venezuela que con Alfinger y Spira habían hecho varias entradas al Oeste

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

en busca de tesoros, y creían poder lograr mejor fortuna con nuevo capitán, resolvió ir a la descubierta del Dorado. Le animó más que nadie Pedro de Limpias, que vuelto a Coro así que Federmán partió para España, trajo de Bogotá la noticia del Dorado de los peruleros de Belalcázar, si bien situándolo más al Sur, hacia la parte por donde entró Hernán Pérez.

Salió la expedición venezolana de Hutten en 1541, compuesta de 130 voluntarios, yendo de maestre de campo Pedro de Limpias, quien para hacer más apetitosa la jornada, empezó a intitular las provincias que habían de conquistar con el rumboso nombre de *El Dorado*. Fueron por mar a Borburata y de aquí, por el camino que había abierto Federmán, a Valencia y Barquesimeto, bajando a los llanos hasta llegar al pueblo de la Fragua o San Juan de los Llanos. En este punto se averiguó de los indios que pocos días antes había pasado por allí Hernán Pérez. Considerando Hutten que el Dorado no podía ser tan reducido que faltase lugar para él y para su contendor de Bogotá, esto en el supuesto que Hernán acertara en la empresa, siguió adelante, pero siempre pisando las huellas de la tropa de Nueva Granada. Así llegó a dar vista a la provincia del Papamene, en las cabeceras del Caquetá o Yapura.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

En uno de los pueblos de esta provincia, un cacique advirtió a Hutten el error que cometía en seguir el rumbo que llevaba, exponiéndose, como los otros españoles que por allí habían pasado, a perecer de hambre y de fiebre, y que si se dejaba acompañar por él, le llevaría a una tierra rica y muy poblada, abundante en oro y plata. Quedaba esta tierra al Oriente, sobre la ribera del gran río Guaviare, y era su capital la gran ciudad de Manoa. En prueba de la verdad en que fundaba su aviso, enseñó al jefe europeo unas manzanas de oro traídas de aquella región. Ni las palabras del cacique ni las ricas muestras de Manoa bastaron a disuadir a Hutten de su propósito de seguir el rastro de Pérez de Quesada, lo cual, visto por el jefe indio, que le acompañó gustoso durante ocho días, y que ni lo inaccesible de las montañas, ni lo caudaloso de los ríos, ni lo continuado de los tremedales y pantanos desengañaba a su huésped, se puso en huída una noche, dejando a los españoles entregados a su suerte.

Entonces empezaron éstos a quejarse de la terquedad de su capitán en no seguir las prevenciones del guía, por lo que hubo de ceder Hutten, torciendo camino sobre la mano izquierda al Sudeste, dejando el que llevaba Quesada siempre al Sur. Así andando, la hueste venezo-

Digitized by Microsoft ®

lana vino a salir a otros llanos, al pie de una serranía, que se creyó distinta a las anteriores, y al cabo vino a resultar ser un ramal de la misma que habían seguido desde Barquesimeto. A ella tuvieron que repechar porque ya empezaba el invierno y con él las lluvias que convierten en fangales aquel terreno bajo; pero como el distrito era poco habitado, y por esta razón, falto de bastimentos, fué tanta la necesidad que padecieron, que el mejor bocado que podían adquirir era un bollo de maíz, que puesto a la boca de un hormiguero hasta que se cubría de hormigas, lo iban amasando con ellas repetidas veces, hasta que llegaba a componerse de más hormigas que masa. Como ni aun esto llegaban a conseguirlo todos, los hubo que, apretados por el hambre, apencaron a las asquerosas sabandijas, de que resultaron enfermedades, tumores y úlceras, hasta que bajadas las aguas pudo llegar la tropa a San Juan de los Llanos, habiendo trascurrido un año entero desde que salió de este pueblo en seguimiento de Pérez de Quesada.

No por esto Hutten abandonó su empresa, sino que mientras se reponía su gente, hacía diligencias para averiguar la verdad de lo que de la ciudad de Manoa le hablara el cacique Papamene. Todas las noticias estaban conformes en

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

las circunstancias de la misma región y sólo variaban en el nombre de los naturales: unos los llamaban ditaguas; otros, omaguas, por lo que vista esta uniformidad de pareceres, el capitán tudesco, luego que se lo permitió el cambio de estación, salió de San Juan con cuarenta hombres, dejando los demás soldados sanos al cuidado de los enfermos.

Puesta, pues, la mira en la «gran ciudad de Manoa» y en la conquista de sus habitantes los omaguas, la pequeña tropa se fué acercando a las márgenes del río Guaviare donde aquélla se asentaba. Un indio que estaba mariscando, y al que cogieron descuidado, satisfizo con semblante alegre a las preguntas que le hicieron, expresando que a poca distancia del río arriba encontrarían la ciudad, pero que sin canoas no les sería posible llegar. Hutten regaló al indio unas cuentas de vidrio y cascabeles y le pidió que fuese a decir al señor de Manoa que unos extranjeros le pedían licencia para pasar adelante, ofreciendo no hacer ningún daño en su tránsito. Aceptó el indio la embajada y metiéndose en su canoa, en que apenas cabía él solo, empezó a bogar río arriba, braceando el canalete.

Enterado el cacique de lo que se le pedía, envió un hijo suyo con cinco canoas grandes

tripuladas por bogas, para que saludaran en su nombre al jefe blanco y le condujera a la ciudad, donde le ayudaría con todo lo necesario, dándole guías para llegar al reino de los omaguas, que estaba más adelante. Sirvió de intérprete en esta ocasión el capitán Limpias, muy versado en los dialectos indígenas y de gran facilidad para aprenderlos, y en nombre de su jefe agradeció la oferta, pero aplazando el aceptarla hasta tanto no vinieran las suficientes canoas para ir todos juntos. Sin molestarse por esta desconfianza, el hijo del cacique despachó a una de las embarcaciones que en poco tiempo estuvo de regreso con ocho más; lo cual visto por Hutten y que los indios podían atribuir al temor lo que antes había sido cautela, para no dividir sus soldados, se embarcó resueltamente con todos, haciendo llevar a nado los caballos, tirados de los cabestros.

No sin cierta desconfianza iban los españoles remontando el río, temiendo una celada a medida que se iban acercando a la ciudad; por esto, y para prevenir sus armas y caballos, Hutten dispuso hacer alto en una de las barrancas, anunciando al hijo del cacique que a la mañana siguiente iría a saludar a su padre. Bien temprano volvió el noble mancebo con cincuenta criados que en hombros llevaban espuertas de

Univ. Calif - Digitized by Microsoft ®

palma atestadas de maíz, casabe, carne de venado y pescados, lo que infundió nuevos alientos a los españoles para ponerse en camino. Por fin llegaron a la ponderada ciudad, que si bien no era la capital de los omaguas, bien pudiera ser el Dorado, que con tanta ansia perseguían.

El caserío estaba en sitio muy alegre; sus calles anchas y parejas, y tan aseadas, que no se encontraba en ellas hierba, piedra, ni estorbos; los edificios, aunque groseros, guardaban simetría y presentaban cierta vistosidad. Mucho contrarió a Hutten hallar abandonada la ciudad de sus habitantes, cuando bastaban cuatro de aquellas casas para alojar a sus cuarenta hombre; pero el cacique le satisfizo diciendo que le había parecido desacato que sus vasallos convivieran con unos extranjeros a los que desde luego reconocía superiores a ellos. Certificóle, además, que si bien estaba en Manoa, aquí no estaba lo que buscaba, sino más allá, a la falda de cierta serranía que se divisaba desde Manoa en tiempo claro; allí estaba la capital de los omaguas, nación poderosa y rica en oro, pero que eran pocos los soldados que llevaba para su conquista. Extremó su solicitud hasta el punto de darle los auxiliares que Hutten le pidió y el avío necesario para trasladarse a un pueblo vecino, confederado suyo.

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

También éste recibió con buen agrado a los españoles, y todo su empeño fué disuadirles que siendo tan pocos apostaran a los omaguas, tan numerosos como valientes; pero como al paso que el cacique ponderaba este peligro expresaba la gran riqueza que los omaguas tenían en plata y oro, la pequeña hueste instó a seguir adelante.

Fué tanta la afición que este cacique cobró a sus huéspedes, que no queriendo desampararles, los fué guiando por buenos caminos durante cinco días, hasta llevarles a unas alturas desde las cuales se veía la tierra de los omaguas. Desde esta eminencia los españoles descubrieron, a corta distancia, una población tan grande, que no se la veían los términos; tenía las calles derechas, los edificios muy juntos, y sobresalía entre todos uno de soberbia fábrica, que, según la relación del cacique acompañante, era el palacio de Quarica, rey de los omaguas, sirviendo juntamente de templo de muchos dioses de oro macizo.

Entusiasmados los cuarenta aventureros ante aquella visión, el Dorado de su fantasía, que al fin se ponía al alcance de sus manos, no vacilaron en emprender el ataque de la ciudad, sin hacer cuenta de los guerreros que pudieran defenderla. Más precavido el cacique amigo, hizo

Digitized by Microsoft®

ver a Hutten la conveniencia de andar precavido, y como primera providencia, hacer presos a unos labradores que estaban en el campo, antes de que llevaran a la ciudad la nueva de la aparición de unos extranjeros. Tardío fué el consejo, pues aquéllos, en cuanto vieron a los españoles, pusiéronse en salvo, a excepción de uno, que alcanzado por el propio Hutten, al verse atropellar por el caballo, se volvió y despidió la azagaya que llevaba, con tal fuerza, que pasándole el sayo de armas le atravesó por entre las costillas derechas, dejándole mal herido y consiguiendo él proseguir su huída. Acudieron otros jinetes, pero sólo llegaron a tiempo de recibir a Hutten en brazos, antes de que cayese del caballo.

Al tiempo que hacían los preparativos para llevárselo en una hamaca, empezaron a oir los alaridos de los indios, que avisados por los fugitivos, íbanse acercando, haciendo resonar sus cajas y fotutos de guerra.

Por fortuna, sobrevino la noche, que detuvo el paso a los omaguas y permitió la retirada de los españoles, que entre tinieblas retrogradaron hacia el pueblo del cacique que les guiara; y tanta prisa se dieron, que así como en la ida tardaron cinco días, en esta huída sólo emplearon uno. Apenas llegados al pueblo se presen-

Univ. Calif. Digitized by Microsoft®

taron a ofrecerles batalla una multitud de guerreros omaguas que les venían siguiendo los alcances. Pedro de Limpias, al frente de los jinetes salió a su encuentro en una pampa muy acomodada para poder aprovechar los caballos, siguiéndole Bartolomé Belzar con los infantes. Obrando a competencia maravillas y convirtiendo en rayos las espadas, treinta y nueve hombres, pues no se cuenta Hutten, pusieron en atropellada fuga a un ejército omagua. La escasez del número obligó a enristrar lanza al chantre de la catedral de Coro, que iba de capellán de la tropa, y no hubo más daño que haber quedado herido de una javalina el capitán Martín de Arteaga.

Con éste eran dos los heridos que tenía la pequeña hueste, y era preciso curarlos. Las lanzadas habían sido por entre las costillas, y la cura resultaba ardua aun para el más experto cirujano; esto no obstante, un soldado, que ni siquiera sabía anatomía, se ofreció a curar a los dos capitanes. Para saber el curso de las heridas pidió que se hiciera el experimento en dos indios viejos y enfermos, a los cuales vistieron los sayos de armas de Hutten y Arteaga, y montándolos a caballo hizo que por las mismas roturas les hirieran con una lanza semejante a la que usaban los omaguas. En seguida

Digitized by Google

les abrió el pecho para ver el curso de las lanzadas, y ésto averiguado, el curandero ensanchó las heridas de Hutten y Arteaga, les hizo ciertos lavatorios con agua de arrayán y otros compuestos, meció los cuerpos de una parte a otra para que expulsaran la sangre que se había cuajado dentro, y tan bien maniobró, que en pocos días los heridos sanaron del todo. Se ha conservado el nombre de tan raro curandero: era hijo de Madrid, llamado Diego de Montes, que según Oviedo y Baños, murió de viejo en Tocuyo, habiendo ganado el apelativo de *venerable*, no tanto por sus raras habilidades y superior talento, cuanto porque sus palabras se tenían por oráculos.

Convalecido Hutten pocos días después de la victoria sobre los omaguas, y dándose cuenta que con treinta y nueve hombres era locura intentar la conquista de los tesoros de Quarica, resolvió volver a San Juan de los Llanos, en busca de los soldados que había dejado entre sanos y enfermos, y por el anterior camino de Manoa llegó a aquel punto después de tres meses de ausencia y cuatro años que había salido de Coro.

¿Había descubierto real y verdaderamente el Dorado? No cabe duda que él y sus valientes compañeros lo creyeron así, y aunque no

Univ. Autónoma de Nuevo León ®

traían ninguna prueba tangible de los fabulosos tesoros de que el cacique de Manoa les hiciera relación, sus camaradas de San Juan, entusiasmados con lo fantástico del relato de la gran ciudad de los omaguas, participaron de la misma ilusión. Los sanos, olvidando las imponderables desdichas de una campaña de cuatro años, instaban por volver cuanto antes a la anhelada conquista, y los enfermos sanaron para participar del botín. Sin embargo, considerándose Hutten todavía con poca gente para sujetar un reino tan poblado, pensó en pedir más refuerzos de Coro.

A traer este auxilio se ofreció Pedro de Limpias como le diese veinte hombres como escolta, y pareciéndole bien a Hutten lo despachó como él pedía, si bien pocos días después empezó a recelar de su teniente, y que no sólo había de faltar en socorrerle, sino que le desacreditaría su conquista. Ya por estos días se había iniciado la discordia por rivalidades de mando entre Belzar, teniente general, y Limpias, maestre de campo, y éste andaba resentido de Hutten, porque favorecía en todo al primero, por ser su pariente. Hutten, pues, levantó su campo ahora y doblando las jornadas tiró al alcance de Limpias. Éste, que se había dado prisa a caminar, consiguió llegar a Tocuyo, y

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

aquí se pasó al bando de Juan Carvajal, que se había arrogado el mando de la provincia en ausencia de Hutten, disputando al alemán el título de gobernador. El tal Carvajal era un escribano gallego, que había sido relator de la Audiencia de Santo Domingo, y ahora mandaba soldados en Venezuela por delegación de aquélla; hombre cauteloso y cruel como lo probará lo que sigue.

Aunque tenía triple gente que Hutten, no quiso aventurar a las armas las ventajas de su partido, sino que envió a proponer a su rival que remitieran el asunto a jueces árbitros, y que en el intermedio uniesen su gente y fueran a la conquista de los omaguas. Logró con estas mañas engañar la credulidad de Hutten, quien se trasladó a Tocuyo, poniéndose incondicionalmente en manos de su enemigo. Deseando acabar Carvajal con tanto fingimiento, le convidó a comer un día a su casa con intención de prenderle entre los regocijos del banquete; sin embargo, no se atrevió a hacerlo porque el capitán alemán tenía prevenidos en la calle a Bartolomé Belzar y otros allegados. Fiado en esta guardia, o bien excitado por el vino de la comida, Felipe Hutten echó en cara a Carvajal su conducta, y le amenazó con ir a dar cuenta de todo a la Audiencia de Santo Domingo. Al-

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

borotóse Carvajal, y ambos llegaron a poner mano a las espadas, apellidando cada cual favor al rey, a cuyas voces acudieron luego los parciales de uno y de otro. Muchos de los de Carvajal se declararon a favor de Hutten, que pudo haber puesto fin a la contienda con la muerte o prisión de su enemigo; pero fué tan generoso, que se contentó con quitarle las armas y caballos y dejarle avergonzado, retirándose él con su séquito al valle de Quibor, seis leguas distante de Tocuyo.

Con ruegos, promesas y nuevas trazas, el astuto Carvajal logró, mediante la embajada de un capellán y un escribano, quedar en buena correspondencia con Hutten, quien debajo de ciertas capitulaciones que por ambas partes se firmaron, devolvió a Carvajal armas y caballos, mientras tanto la Real Audiencia resolviera el litigio. Apenas Carvajal se vió en condiciones de tomar la ofensiva, corrió al encuentro de Hutten, al que sorprendió en la barranca de una quebrada de Coro. Lo que menos se imaginaban Hutten y sus alemanes es que venía en son hostil, cuando se acababa de llegar a una mutua avenencia; por tanto nadie cuidó de tomar las armas y le recibieron en llana amistad. Viéndolos desarmados, el pérfido Carvajal los mandó prender a todos, y a un negro que

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

llevaba hizo que les fuese cortando las cabezas, y como el machete tenía embotados los filos, murieron los infelices más a las repeticiones del golpe que al corte de la cuchilla.

Este fué el lastimoso fin del capitán Felipe Hutten, digno de mejor suerte. «Ningún capitán de cuantos militaron en las Indias ensangrentó menos la espada, pues habiendo atravesado más provincias que otro alguno, en el dilatado viaje de cuatro años, sólo movió su moderación la guerra, cuando no halló otro remedio para conseguir la paz. El descubrimiento del reino de los omaguas, en cuya busca, aunque en balde, han trabajado después tantos, hubiera hecho sin duda gloriosa la memoria de su nombre, si la venganza infame de Pedro de Limpias y la crueldad traidora de Carvajal no le hubieran, con violencia, anticipado la muerte en lo más florido de sus años, pues cortaron el hilo de su vida a los treinta y cuatro no cabales de su edad, quedando sepultadas en el lastimoso suceso de su desgracia las noticias más claras de aquel opulento reino, pues hasta hoy se ignora la parte donde está su situación.» (Oviedo y Baños, *Historia de la conquista y población de Venezuela)* (1).

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

(1) Estas alabanzas, de parte del cronista neogranadino, revisten particular importancia, por cuanto juzga severamente el

El descubrimiento de Hutten causó extraordinaria sensación lo mismo en Indias que en España. El Dorado no era ya un ente abstracto, una vana quimera, sino un ser palpable, un hecho positivo; el capitán alemán había visto desde una montaña la ciudad encantada y relumbrar a lo lejos un templo indio, como un alcázar de oro. Podía fijarse ya el nombre y el lugar. El rey dorado era Quarica, señor de los omaguas, y con morada fija allá al Sudeste de Quijos, en un valle entre el Guaviare y el Río de Orellana (Amazonas).

¿Cómo explicarse la obcecación de Hutten y compañeros? «Si les preguntáramos la razón que tenían para decir que aquella provincia

gobierno de los alemanes en Venezuela. De ellos dice que en diez y ocho años que duró el dominio de los Belzares tiraron a aprovecharse sin reparar en los medios, llevándolo todo a sangre y fuego; no dejaron cosa que, como fieras desatadas, no asolaran, de que resultó que los indios desampararan sus pueblos y fueran a refugiarse al interior de los llanos. Fuera de Federmán, que fundó Barquesimeto y San Juan de los Llanos (La Fragua), los demás capitanes tudescos no fundaron un solo pueblo, y en cambio vendieron indios a millares a los mercaderes que acudían a Coro al cebo de tan infame trato.

En cuanto a Carvajal, es satisfactorio saber que el licenciado Tolosa, a quien el emperador envió a la Gobernación de Venezuela, quitándosela a los Belzares, le hizo espiar sus crímenes ahorcándole en una ceiba de Tocuyo; y es fama que dicha ceiba, siendo hasta entonces un árbol muy frondoso, así que murió en ella el ahorcado Carvajal empezó a marchitarse hasta secarse con tanta brevedad, que fué admiración de todos.

UniversidadAutónoma de Nuevo León

era el Dorado, no hay duda que no supieran explicar la causa de su discurso, pues siendo éste un nombre imaginario, fundado en pura quimera, cualquier conquistador que en otra parte de la América descubriese otra provincia poderosa pudiera afirmar también que era el Dorado, sin haber más razón de congruencia para uno que para otro.» Así arguye Oviedo y Baños tratando de este asunto; pero hay algo que explica la ilusión de aquellos aventureros. Hutten y sus treinta y nueve camaradas, después de cuatro años de incesantes correrías, desde Coro hasta el Guaviare, por diferentes y dilatadas provincias, aguantando con sobrehumano esfuerzo todo género de desdichas agravadas por las enfermedades de los trópicos, dieron vista a uno de tantos sitios de la región amazónica, fértiles y habitables.

La creencia general de que todo el valle del Amazonas es un bosque espeso, casi impenetrable, habitado por fieras, y sólo de vez en cuando visitado por temerarios exploradores y viajeros, si es cierta con respecto a algunos puntos de vista del valle, no lo es con relación a la mayor parte de él. Debe tenerse en cuenta que la cuenca del rey de los ríos es casi igual al área total de Europa, y que, por consiguiente, en tan inmenso territorio hay muchas cla-

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

ses de suelo. «Aunque en lo común es tierra baja, tiene también altos proporcionados, campiñas desembarazadas de arboledas y cubiertas de flores; valles que siempre conservan la humedad, y en lo más retirado, cerros tales que pueden con razón pasar con nombre de cordillera!» Tal escribe el padre Acuña, que navegó el río en toda su extensión, siendo, por tanto, testigo de mayor excepción. En esas «campiñas desembarazadas», a que alude el historiador jesuíta, se crían esos pastos superiores a las de las pampas argentinas, así como éstas superan en calidad a las praderas de Kansas y Nebraska. Una de estas feraces vegas, en que los rancheríos indígenas se extenderían hasta perderse de vista, con las proporciones y aspecto de una vasta ciudad, y en la que destacarían sus cimborios los templos y las casas de los principales señores, sería lo que la tropa de Hutten contempló arrobada, y que en el estado psicológico en que se encontraban transfiguraron el rancherío en gran ciudad y los templos y viviendas en áureos palacios. El viajero moderno que se interna en aquellas reconditeces, experimenta igual o parecida sensación, nacida del contraste. La brusca salida del bosque al llano, la repentina aparición de un centro de población al cabo de días, semanas y

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

meses de andar entre soledades, le hace tomar un villorrio por una ciudad y un bohío por un palacio. ¿Qué no se figurarían Hutten y los suyos al cabo de cuatro años de peregrinación, yendo como iban hipnotizados por la idea fija del Dorado, mayormente cuando el guía les aseguraba que Quarica era el príncipe que buscaban?

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAPÍTULO XIII

Pedro de Orsúa, Martín de Proveda, Pedro Maraver de Silva, Diego de Serpa

Muerto Hutten, y sepultado, por decirlo así, el secreto de su descubrimiento, el afán de otros aventureros fué dar con el país de los omaguas. A este fin se organizan nuevas expediciones, casi todas desde el Perú, por ser entonces esta provincia el lugar más poblado de españoles y donde más gente había desocupada y codiciosa de botín. Casi no fué otra la causa de la famosa *jornada del Marañón,* con la que el virrey Mendoza entusiasmó a los vagos peruleros para quitárselos de encima.

Tuvo el mando de esta expedición, por fines de 1560, el capitán Pedro de Orsúa, caballero navarro muy acreditado por sus campañas de

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

Panamá, Muzos y Cundinamarca, el cual, bajando por el río Huallaga y el Ucayali, llegó a las juntas del Napo y Marañón, punto donde, sobre poco más o menos, se suponía estaban los omaguas. En el gran pueblo indio Machifaro, los expedicionarios tuvieron vagas noticias del país que buscaban; pero la soldadesca, capitaneada por Lope de Aguirre, mató alevosamente a Orsúa y nombró en su lugar a don Fernando de Guzmán, negando la obediencia al rey de Castilla. A los cinco meses de esta elección, el príncipe Guzmán fué a su vez asesinado, y se apoderó del mando Lope de Aguirre, que se intituló «Príncipe de los marañones», apelativo este último de los que iban en la jornada.

A partir de este instante, los bulliciosos peruleros, cuyo propósito inicial fuera la conquista del Dorado, cambiaron de plan, y acariciando el temerario propósito de invadir el Perú y saquear las poblaciones de españoles, salieron por el Amazonas al mar, llegando a la isla Margarita, cuya capital saquearon a mansalva. De aquí pasaron a la costa de Venezuela, y por Borburata, Valencia y Barquesimeto, intentaron abrirse camino al Perú; pero en la última ciudad hubieron de habérselas con un ejército realista que les salió al encuentro. Los marañones perdieron la batalla, y su caudillo Agui-

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

rre, pagó con la cabeza sus crímenes y su traición al rey (1).

***

Por lo mismo que la jornada del Marañón había quedado desvirtuada de su origen por la tiranía de Aguirre, otro perulero, el capitán Martín de Proveda, pidió su continuación, y fuéle concedida en 1566. Proveda tomó el mismo punto de partida que Orsúa; desde Chachapoyas llegó a la confluencia del Napo, y aquí tomó al Norte, entrando en los bosques y en el piélago inmenso de los llanos. Tantos fueron los infortunios y contratiempos que padeció en hombres, enfermedades y trabajos, que, por no perecer en aquellos desiertos, mudó el rumbo a Poniente para salir a las serranías, y por San Juan de los Llanos, etapa obligada de todos los expedicionarios en estos parajes, vino a salir a Bogotá.

Su aparición en esta ciudad, y los informes que trajo de lo que los indios le habían dicho en el camino, exacerbaron la fiebre del Dorado, algo atenuada en Santa Fé desde la infaus-

(1) Para más informes acerca de este personaje y de su maravillosa travesía fluvial, me tomo la libertad de recomendar al lector mi libro *Los Marañones*.

Digitized by Microsoft ®

ta expedición de Hernán Pérez de Quesada. Ya veremos cómo ello contribuyó a que años después, el veterano conquistador de Bogotá, reincidiera en el fracaso de su hermano.

***

Entre los que acompañaron a Proveda en su expedición, figuraba un don Pedro Malaver de Silva, hidalgo de Jerez de los Caballeros (la ciudad natal de Vasco Núñez de Balboa, en Extremadura) y rico vecino de Chachapoyas, el astillero fluvial del río Huallagas, de donde habían salido dos expediciones al Dorado. Ni desengañado con el fracaso de estas dos intentonas, ni escarmentado con los padecimientos que le cupieran en suerte acompañando a Proveda, determinó, en el año 1568, ir a España a pedir al rey le hiciera merced de la conquista del Dorado. En un mismo día el monarca expidió en Aranjuez dos nombramientos: el de Silva, con el pomposo título de «Adelantado de Nueva Extremadura», con que se bautizaba la provincia de los omaguas, y el de don Diego de Serpa, para la conquista de Guayana y Guara, territorios que, a su vez, habían de denominarse «Nueva Andalucía». A cada uno de los dos se asignaron 300 leguas; las concedidas a Ser-

Sin Salir Digitized by Microsoft ®

pa empezaban desde la boca de los Dragos, subiendo por el río Orinoco para el Sur, y donde aquéllas acababan tenían principio las de Silva.

Ambos publicaron a un mismo tiempo su jornada: Serpa, en Castilla, y Silva, en Extremadura y la Mancha; y tal fué el entusiasmo que despertaron, el segundo sobre todo, que aquellas provincias españolas parecían iban a quedar despobladas. Extremeños y manchegos vendían haciendas y empeñaban joyas para darle dinero a Silva, que prometía devolverlo con crecido interés así que se conquistara el Dorado. En pocos días se halló Silva con 600 hombres escogidos, bastantes de ellos con sus mujeres e hijos, y no pocos ricos y acomodados, entre éstos los dos hermanos Bravo Hidalgo, extremeños de Alcántara que, además de con sus personas, ayudaron a Silva con 1.000 ducados. En recompensa, vino de maestre de campo uno de los dos, que había sido criado del príncipe Ruy Gómez.

Reunida estaba ya en Sevilla la gente de Silva y de Serpa, y a punto de embarcarse, cuando llegó la noticia del levantamiento de los moriscos de Granada, y recelando Silva no le quitasen su gente los oficiales de la corona para necesidad tan apretada, hízola embarcar con brevedad, y bajando por el Guadalquivir a

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Sanlúcar, se dió a la vela en dos buenos navíos que tenía aparejados; diligencia que, por no haberla Serpa prevenido, se le siguió la molestia de que le embargaran su gente y retrasara tres meses su partida.

Pedro de Silva llegó con felicidad a la isla Margarita, donde desembarcó para que desahogase su gente. A la sombra de unas ceibas convocó a junta de capitanes y de los principales vecinos para resolver en qué parte de Tierra Firme convendría empezar la proyectada conquista. Todos los vecinos fueron de parecer se hiciera por Maracapana, pueblo de españoles, en el que podrían dejar las mujeres que traían de España y proveerse de ganado y bestias para el matalotaje y la conducción de cargas. Tomó don Pedro a mala parte este dictamen, creyéndolo interesado, porque en ese distrito de Maracapana los margariteños tenían sus haciendas, y así hubo de manifestarlo; de lo que, resentido uno de los vecinos, anciano venerable, díjole en nombre de todos:

—Desde que conquistamos esta tierra hemos sustentado nuestras familias honradamente, y nuestra comodidad no ha de venir de vuesa merced.

Y, volviéndose a los capitanes de Silva, añadió:

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

—Por estas canas, que se han de perder todas vuesas mercedes si siguen el parecer de su general.

Este, pareciéndole más breve y expedita la entrada por la Borburata y sus llanos, quiso que prevaleciese su dictamen, a lo que se opuso ahora su maestre de campo, Bravo, diciéndole:

—No sé yo si estos señores capitanes y soldados querrán poner sus vidas en evidente riesgo sólo por dar gusto a vuesa señoría.

A lo que respondió don Pedro, colérico y alterado:

—Si vuesa merced lo teme tanto, yo le doy licencia para que se quede, y a todos los demás que no quisieren seguirme; que espíritus cobardes, más embarazan que acompañan.

Resentidos de este agravio, dejaron su bandera el maestre de campo y 150 hombres más, entre ellos el alférez Garci González de Silva, sobrino de don Pedro. El general, sin más dilación, se hizo a la vela al día siguiente y llegó a Borburata, de donde despachó los navíos a España, y él tomó el camino a Valencia, distante siete leguas de la costa. En este corto trayecto se le desertaron muchos soldados, en especial los que llevaban mujeres e hijos, que se escondían en las estancias disgustados de la ás-

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

pera condición del general y de las incomodidades que veían por delante. En Valencia se detuvo Silva más tiempo del necesario, porque tuvo noticia de cómo los hermanos Bravo y demás gente que se quedaron en Margarita, se habían embarcado en un navío que iba a Cartagena de Indias, y haciendo escala en Borbaruta, como hallaran gran cantidad de ropa de Castilla y botijas de vino que había dejado Silva almacenadas, se incautaron de todo para resarcirse de los mil ducados prestados en España.

Entretanto, la deserción cundía en torno de Silva, y de seiscientos hombres que había sacado de España, le quedaban ciento cuarenta. Con ellos entró por los llanos, a mediados del 1569, al descubrimiento y conquista de su flamante provincia «Nueva Extremadura», asiento del Dorado de Hutten.

Fué encaminando su derrota siempre al Sur, llevando a mano derecha la cordillera, por ser las tierras inmediatas a la falda, enjutas y libres de atolladeros; en cambio estaban despobladas y a los pocos días empezaron a faltar las subsistencias. Luego, cuando no hubo más remedio que internarse en las sabanas, aquí fué el padecer al paso de los pantanos, el aguijón de los mosquitos y la aspereza de la «paja

Digitized by Microsoft®

brava», que cortaba los vestidos como cuchillos, de suerte que los expedicionarios se vieron obligados a hacer unos zamarros de pellejo de venado, que les cubría el cuerpo hasta abajo de las rodillas. En vez de animar a la gente y sosegarla con buenas esperanzas, el general se mostraba áspero, huraño, intratable del todo.

Iban transcurridos más de cinco meses de peregrinación y nada se había descubierto, ni siquiera un mediano caserío indígena, por lo que, empezando a desanimarse Silva, despachó una avanzada de treinta hombres, al mando del capitán Céspedes, para que reconociera si más adelante la tierra prometía alguna esperanza de mejora. Encontraron los exploradores un anchuroso lago que vadearon con agua a la garganta, y ya en la otra banda, vieron que por la parte de poniente se desaguaba, formando un riacho que guiaba a Barquesimeto; de cuya circunstancia, asegurados por un mestizo de Valencia, que les servía de guía, optaron por abandonar a Silva, al que enviaron esta carta por un indio, escrita en la corteza de un árbol:

Señor gobernador: Cansados ya de andar perdidos tanto tiempo, sin esperanza de hallar mejor tierra, determinamos salir a tierra de

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

cristianos; V. S. puede hacer lo mismo siguiendo nuestros pasos, pues le vamos sirviendo en abrirle camino.

Reventando de ira envió don Pedro otros treinta hombres con el capitán Leiva, con orden de quitar la cabeza a Céspedes y reducir a los demás; pero, en el camino, Leiva pensó lo mismo que Céspedes, y envió otra carta a su general, avisándole que él también se iba y que no volverían a verse. Con esta determinación, siguiendo el rastro de las trochas, halló Leiva a Céspedes pescando en el arroyo que le servía de itinerario, y ambos capitanes, amigos y acordes, apresuraron su fuga a Barquesimeto. Habiéndose desorientado el mestizo, llevó a los sesenta y dos hombres por un terreno tan pobre, que hubieron de màntenerse de raíces silvestres, hasta que un buen día, atravesando la corriente de un riacho, vieron detenidas en un remanso unas hojas de rábano y de lechugas, por lo que conjeturaron que por allí cerca había población española, pues los indios no cultivaban esas verduras. Siguieron la corriente del agua y ella les llevó a una sabana, en que tenía su estancia un vecino de Barquesimeto, en cuyo hospedaje los expedicionarios se repusieron de sus quebrantos, dispersándose después, por miedo a la persecu-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ción de Silva. Éste no tuvo más remedio que siguir el rastro de Céspedes y entró en Barquesimeto por mayo del 70. En este punto se desbandó su gente, que en su mayor parte volvió a reunirse para militar a las órdenes de Garci González, capitán que hizo famoso su nombre en los anales de la conquista venezolana.

Don Pedro se volvió a Chachapoyas, en el Perú, donde estaba afincado; pero su descanso fué breve. El recuerdo del mágico Dorado le mordía la imaginación, reapareciendo en su memoria con la ilusión de la primera vez. Atribuía el fracaso de su empresa a la cobardía de sus capitanes, y le irritaba la idea de haber vuelto las espaldas torpemente, malogrando la ocasión de adquirir gloria, riquezas, y también el gobierno de una provincia. ¡Quizás había huído demasiado pronto! El rey dorado que no pudo encontrar en las enjutas sabanas ni en los cenagosos valles de Papamene, le aguardaba, sin duda, a orillas del Marañón o del Orinoco. ¿Por qué no? Descubrimientos más portentosos habían premiado la constancia y el tesón de otros paladines. Y aquel loco heroico, siguiendo el revoloteo de la áurea quimera, se apresuró a vender cuanto tenía para juntar dinero, y en el mismo año de 1570 volvió, por segunda vez, a España a reclutar gente.

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

Como la primera vez, tuvo más de la que necesitaba: segundones de casas ilustres, soldados que venían de Italia y Flandes, estudiantes, mozos de labranza, entusiasmados con el esplendente reclamo del Dorado, pusiéronse en marcha, con la espada al hombro, pendiente de ella el hato de ropa, y fueron a reunirse en Sanlúcar, donde les estaba esperando el galeón de Silva (1). Eran, en junto, ciento sesenta hombres, con algunas mujeres, entre ellas dos hijas solteras de don Pedro.

Éste intentó su nuevo descubrimiento por la costa que corre entre el Amazonas y el Orinoco, y entrando por la boca de los Dragos fué remontando el último de estos ríos. A las calamidades de la primera expedición se añadieron, en esta segunda, los repetidos asaltos de los caribes, que no dejaron con vida un solo

(1) Por rara coincidencia, otro Silva tenía alborotadas las imaginaciones de los peninsulares con sus despampanantes libros de Caballería. Era el tal un *Feliciano de Silva*, «gran industrial literario que por primera vez puso en España, y quizá en Europa, taller de novelas, publicando por sí solo tres desaforados *Amadises*, divididos en varias partes, que el público de aquel tiempo aguardaba y devoraba con tanta avidez como los innumerables lectores de Alejandro Dumas seguían el hilo de las continuaciones de los *Tres Mosqueteros*, o de cualquier otra de sus más famosas novelas». (MENÉNDEZ Y PELAYO, *Orígenes de la novela*. Introducción, CCLX.) El *Sueño de Amor*, que se encuentra al fin de la primera parte del *Amadís de Gaula* de Feliciano de Silva, corre parejas con el fantástico sueño del Dorado de Pedro de Silva, y ambos tenían férvidos creyentes.

español, salvándose únicamente el soldado Juan Martín de Albujar, que al cabo de diez años de cautiverio logró evadirse y aportar a la Margarita, llevando la primera noticia de la muerte de Silva y demás compañeros.

***

No fué más venturoso aquel otro don Diego de Serpa, a quien dejamos detenido en España, con la gente embarcada, por ocurrir al levantamiento de los moriscos. A fines del año 69 llegó también a una de las bocas de los Dragos; pero en vez de subir el Orinoco, remontó la costa, fundando Santiago de los Caballeros. Poco después moría a manos de los indios cumanagotos, que asimismo inmolaron a ciento ochenta y seis españoles. Los restos de la expedición dieron origen a Cumaná, ciudad floreciente de Venezuela.

Así, pues, en un mismo año vinieron a morir miserablemente dos titulares de dos gobernaciones vecinas en los mapas: don Pedro de Silva y don Diego de Serpa. Ambos eran acaudalados vecinos, el uno de Chachapoyas, según se dijo, y el otro de Cartagena de Indias; pero el afán de ilustrar sus nombres con la gloria de un gran descubrimiento, les hizo abandonar

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

sus comodidades. Esto prueba que a los varones de Indias no les importaba únicamente la sed de oro, sino también otros estímulos o ideales de orden más elevado. Así se comprende que, en vez de escarmentar en cabeza ajena, se sucedieran unos a otros los adalides, y en el caso concreto a que nos referimos, que en el mismo año de la muerte de su padre, saliera a nueva campaña don García de Silva, a quien San Luis Beltrán, que a la sazón estaba en el Nuevo reino de Granada, profetizó que no volvería de la jornada, como así fué, pues en demanda del Dorado o Manoa, murió miserablemente, después de haberse gastado en los aprestos de la jornada doscientos mil ducados suyos y de otros (1).

(1) De esta jornada da relación, en el cap. XVII de su *Historia y viaje del clérigo agradecido,* PEDRO ORDÓÑEZ DE CEBALLOS, aventurero español de fines del sigo XVI. El sabio bibliófilo D. MANUEL SERRANO SANZ, la ha insertado en el tomo *Autobiografías y Memorias* de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles. (Editor Bailly-Baillière, de Madrid.)

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAPÍTULO XIV

Gonzalo Jiménez de Quesada en busca del Dorado

La noticia de que Silva operaba entre el Guaviare y el Caquetá había causado mal efecto en Bogotá, porque aquel territorio se consideraba como perteneciente a Nueva Granada. «Si Venezuela, por ejemplo, intentara hoy día tomar posesión de una parte de Colombia (dice muy atinadamente un escritor moderno), la indignación no podría ser mayor que la que manifestó el pueblo de Bogotá cuando por vez primera tuvo conocimiento de que Silva había sido nombrado gobernador de esas regiones situadas al Este de la cordillera» (1). Y el que se

(1) J. A. MANSO. «En busca del Dorado». Serie de artículos en el *Boletín de la Unión Panamericana*.

Digitized by Microsoft ®

sintió más agraviado que todos fué Gonzalo Jiménez de Quesada, que creía tener derecho al territorio situado al Este de Bogotá, entre el río Pauto, al Norte, y el Papamene, al Sur.

¿Qué había sido del conquistador del Nuevo reino de Granada, desde que le dejamos en Cartagena, pronto a embarcarse para España, allá por los años de 1539?

Todos los que venían de Indias estaban obligados a desembarcar en Sevilla, salvo en el caso de algún justificado contratiempo, y esto le ocurrió a Quesada, que al fin hubo de desembarcar en Málaga. De aquí pasó a Granada a saludar a sus ancianos padres, y luego a Sevilla, en cuya casa de contratación se presentó a dar cuenta de los quintos reales que tocaban a la corona de las riquezas de Nueva Granada. El conquistador traía en una cajita 567 esmeraldas, y aparte 11.000 pesos en oro de quintos de su majestad. Los quintos los entregó a la casa de contratación y la caja de esmeraldas las llevó personalmente a la corte. A la sazón ésta vestía de luto por la emperatriz Isabel—la de la conversión del duque de Gandía,—y Quesada hubo de esperar algún tiempo a ser recibido por el emperador. Secretario de éste era Francisco Cobos, personaje omnipotente de la época, y en quien encontró Quesada su mayor

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

opositor al solicitar el adelantazgo de su conquista. La oposición de Cobos nacía de que don Alonso de Lugo, el descastado hijo de don Pedro, pretendía incluir en su gobernación hereditaria de Santa Marta, el nuevo reino de Granada. El pleito duró dos años, y al fin lo ganó don Alonso, por haberse casado con la hermana de la mujer de Cobos (1).

Entretanto, Quesada gastaba sin tasa el oro y esmeraldas suyas y de sus compañeros que trajera de Bogotá. Estando un día en Madrid con Hernández Pizarro y otros peruleros venidos a negociar en la corte asuntos del conquistador del Perú, y pasando por junto a los jugadores una criada de la casa, al tiempo que Pizarro ganó un resto, le dió un doblón; a lo que los compañeros, por no ser menos, acudieron también con el mismo barato. Pero Quesada, queriéndose señalar más, tomó con ambas manos lo que pudo coger de un montón de doblones que tenía delante y poniéndoselos en la falda a la mujer, le dijo:

(1) Esta y no otra fué la causa de la preterición de Quesada, según JIMÉNEZ DE LA ESPADA en sus notas a *Juan de Castellanos* y su *Historia del Nuevo Reino de Granada*. Y añade aquel escritor que lo que se cuenta de que habléndose presentado Quesada en una audiencia con vestido recamado deslumbrante de esmeraldas vistiendo la corte de luto, lo que desagradó de tal modo a Carlos V, que dilató concederle lo que pedía, es una «paparrucha del cronista Rodríguez Freile.»

Biblioteca Nacional de Colombia

—No he tenido suerte de ganar mano a estos caballeros, pero hago cuenta que la gano ahora en daros a vos más dinero que ellos.

Cuéntase también que, de paso por Lisboa, habiendo contravenido la pragmática que prohibía cierta clase de galas, fué preso y llevado a la cárcel, de la que salió a fuerza de dinero. Pidióle la carcelera el premio del carcelaje, pensando le daría, cuando más, un real de a cuatro; pero él, con una vana ostentación, le mandó dar cien ducados.

Esperando la resolución de su litigio con don Alonso de Lugo, fué a Francia, con motivo de estar allí las esmeraldas más caras que en España, a vender las que trajo de Bogotá; viajó por Italia y en todas partes derramó el oro a manos llenas, como el Cándido, de Voltaire, con el producto de las esmeraldas de su Dorado. En doce años consumió los 200.000 pesos que le habían reunido sus compañeros de conquista. Pobre y con deudas, instó con verdadera necesidad el premio de sus servicios, y Carlos V vino en concederle, el año 1550, el título de *mariscal del nuevo reino de Granada,* cargo de regidor perpetuo de Santa Fé de Bogotá y 2.000 ducados de renta sobre el tesoro real. El título de *mariscal,* como el de *adelantado,* eran puramente honoríficos y no daban jurisdicción,

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

a menos que no fueran acompañados del otro título de gobernador; por donde vino a decir un satírico (Juan de Castellanos), que Quesada,

> por no poder pescar peje de tomo,
> hubo de contentarse con marisco.

Muy cambiada encontró a Santa Fé de Bogotá al volver a ella el conquistador Quesada. Ya no era el rancherío del año 39, en el que se carecía de todo y el vecino que más tenía eran dos camisas de algodón, un vestido de jerga y unas alpargatas, que él mismo hacía, y en las casas la hamaca suplía la falta de colchón, las rodelas servían de mesa y de platos las *totumas* o calabazas, sino un pueblo a la española, con muchas casas de piedra, con agua y huerta casi todas ellas. Hermoseaban su campiña muchos molinos, *estancias* o cortijos de labradores y grandes dehesas con ganado mayor y menor. Tenía muchos letrados abogados, muchos mercaderes y muy ricos; maestros de música, de armas y jineta; grandes *romancistas toscanos* (poetas a lo Boscán y Garcilaso), músicos y quien hiciera instrumentos y los compusiera; infinidad de oficiales de todos los oficios, muchos plateros, bordadores, pintores, entalladores, ensambladores, armeros, espaderos, doradores, pavonadores. En suma, des-

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

pués de las ciudades de Lima y México, a ninguna otra de Indias reconocía ventaja. El cronista de la época, Castellanos, refiriéndose a estos tiempos, escribe: «Les llaman hoy edad dorada—porque todas las cosas florecían,—damas galantes, trajes, invenciones,—saraos, regocijos y banquetes...»

También el cronista Pedro Simón (castellano manchego), nos dice que los vecinos eran en común muy curiosos, de buenos y sutiles ingenios. Las mujeres, hermosas y de buenos cuerpos, de donde salía el vestirse con bizarría; los hombres muy dados a la jineta y a la brida, a lo que ayudaban los caballos de la tierra, «de lucida raza y traza y mejores hechos». Un camino ancho para dos carretas, pasando por el puente de Hunza, llevaba ya al puerto fluvial de Honda, acercando Santa Fé al río Magdalena. Aquí los champanes (1). Subían y las carretas y recuas de mulas transportaban a la capital vinos y aceites del Perú, paños de Quito y sedas, tapicerías, cuadros, armas y manufacturas de Castilla. No se cogía en la tierra vino ni aceite: pero se daban hortalizas, en especial nabos y mostaza, que ahogaban los trigos si no se escardaban, y frutas de Castilla, en especial

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

(1) Embarcaciones a remo, características de Magdalena.

duraznos, en tal cantidad, que apenas los podían sustentar los árboles, por lo que muchas veces se les veía más frutas que hojas. De conservas de la tierra empezaba a tener fama la de guayaba, que hacían en Velez. Ayudaba a la recolección de tanto fruto el no haber ningún animal nocivo, pues los ratones no se conocieron hasta el año 1617, que vinieron de tierra caliente en la paja de ciertas mercaderías.

Al par de Bogotá había tomado también incremento lo demás del Nuevo Reino de Granada. Para 1550 estaban ya fundadas Pamplona, Tocaíma, Mompós, Calí, Cartago y Antioquía, Tunja y Vélez, que fueron las primeras y datan del 1539. Para la *provincia del nuevo Reino de Granada y ciudades y villas de ella*, según decía la real cédula, se concedió por Carlos V, como escudo de armas, un águila imperial en campo rojo, y por orla nueve granadas de oro en campo azul. Finalmente, a 7 de abril de 1550, quedó instalada la Real Audiencia de Santa Fé, principio de una nueva época histórica: el régimen colonial.

Todo esto debía halagar en grado sumo al conquistador Quesada, pues a él debía Castilla un tan rico florón de su corona. Cuando arribó a Santa Fé, si bien de todos se vió honrado como se merecía, estuvo reducido a su marisca-

Instituto Cultural Digital de Colombia

lía, sin intervenir en cosas de gobierno; pero cuando fué exaltado a la presidencia del Nuevo Reino, don Andrés Venero de Leiva, este magistrado, de gran influencia en la Corte por los altos empleos que había desempeñado, recomendó ante el rey los servicios del conquistador del territorio, proponiéndole para más altas recompensas. En su virtud, Felipe II hizo merced a Quesada, en 1568, del título de *Adelantado del Nuevo Reino*, y licencia, a petición suya, para operar entre los ríos Puta y Papamene al Este, a espaldas de la cordillera.

Era, sobre poco más o menos, el distrito por donde veintisiete años antes había operado su hermano Hernán Pérez, a quien por cierto no encontró a su regreso de España, porque un rayo le había partido en la rada de Cartagena, estando jugando a los naipes en un navío con otro hermano, que también murió, un caballero y el obispo de Santa Marta. Aquel territorio, en parte, se confundió con el asignado a Silva; pero, de todos modos, en él situaba la leyenda la «Provincia del Dorado».

Provisto del anhelado nombramiento, que según él había de reverdecer sus laureles de conquistador y llenarle los exhaustos cofres de oro, Quesada asentó con la Real Audiencia, delega-

Digitized by Google

da de la corona, los tratos de la jornada. Había de alistar a su costa 500 hombres, bien armados, y ocho religiosos para la conversión de infieles; 400 caballos, 300 yeguas, 500 vacas, 1.000 puercos, 3.000 ovejas y cabras; fundaría poblaciones y fuertes para su resguardo dentro de cuatro años, y en el mismo tiempo proveería de otros 500 hombres, pero que fueran casados, oficiales y labradores, e igual número de cabezas de ganado que la primera vez. A cambio de todo esto se le hacía merced de 400 leguas en cuadro entre los ríos ya mencionados; que de esto fuese gobernador por toda su vida y la del heredero que él nombrase, con mil ducados de quitación, pagados de las cajas reales en lo que se conquistase, y que si cumpliere con lo capitulado se le daría el título de marqués de la nueva conquista. Fuera de esto, se le asignaban veinticinco leguas en cuadro con encomiendas de indios, en la parte donde él escogiese de lo conquistado, se le daban atribuciones para repartir encomiendas, tierras y estancias de labor y ganado, proveer de molinos y aguas para ingenios de azúcar, y otras cosas.

Tales eran las cláusulas acostumbradas para los nuevos descubrimientos, y que prueban el celo colonizador de la metrópoli en una época en que hombres y ganados europeos escasea-

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

ban en Indias y forzosamente habían de traerse de la Península.

Desgraciadamente, todos estos valiosos recursos aportados para la jornada del Dorado habían de malograrse y aniquilarse inútilmente, como en las precedentes de Hernán Pérez, Gonzalo Pizarro y Pedro Silva.

El conquistador de Bogotá, que había nacido con el siglo, frisaba ya en los setenta años, pero se sentía con bríos para dirigir la jornada, y en su experiencia y en su buena estrella fiaban todos. De ser cierta la existencia del Dorado, él era el llamado a encontrarlo en opinión de los neo-granadinos; estaba aún fresco el recuerdo de su conquista de Bogotá y Tunja; era el héroe de cien combates, y el entusiasmo de los bravos compañeros que le habían seguido desde el valle del Magdalena hasta la meseta de Cundinamarca, lo esperaba todo de su afortunado caudillo. Bajo sus banderas se alistaron ahora muchos veteranos que ya disfrutaban de hidalguía. Así como de las rentas de sus encomiendas, de éstos se duele muy en particular el cronista Juan de Castellanos, «porque dejaban lo cierto por lo dudoso». Juntáronse también algunos segundones de la nobleza española, ansiosos de dorar sus blasones, entre ellos Jerónimo Hurtado de Mendoza, so-

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

brino de Quesada, y entre unos y otros sumaron 300 hombres, y como quien va a cosa hecha, añadiéronse a ellos muchas mujeres españolas y mestizas, casadas o aventureras, con una nube de esclavos y criados.

Con este aparato de gente y equipo salió de Bogotá Jiménez de Quesada, el año 1569, llevando por adalid o guía militar al capitán Soleto, que fué en la expedición de Proveda. Atravesando la cordillera al Este, llegaron los santaferinos a San Juan de los Llanos. Estando en los llanos que ahora se apellidan de San Martín, un incendio de la sabana, frecuente en estos parajes por lo reseco de los pajonales, puso en grave aprieto a todos, quemándose la tienda de Quesada, y un barril de pólvora y otras municiones que estaban en ella.

Levantando el real, hallaron a tres jornadas una monstruosa boa, tan gruesa como un hombre, de veintisiete pies de larga, que estaba deglutiendo un venado, al que antes quebrantó los huesos; otra trajeron los indios, tamaña como la anterior, que viendo que no se movía de harta, la arrastraron de un lazo como quien trae una viga para que la vieran los soldados. Uno de éstos quiso subir sobre ella, como sobre un madero, y apenas levantó un pie se halló metido en la boca de la

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

serpiente, y tan sujeto, que para sacarlo hubieron de matarla, y después de muerta meter una barra de hierro entre los dientes para que soltara la presa.

Al cabo de algunos días llegaron a orillas del Guaviare, en ocasión que por las lluvias del invierno estaban intransitables, cuajadas de ciénagas y pantanos. Aquí fueron muriendo caballos y ganados; el hambre, la fiebre y los sufrimientos empezaron a diezmar la gente, y algunos buscaron ocasión de huirse a espaldas de Quesada, a quien trataron también de matar por haberlos metido en aquellos trabajos. El general, por lo uno y por lo otro, ahorcó algunos soldados; pero viendo la razón que tenía la tropa en querer volver atrás, dió licencia para que se fueran los que quisieran.

Quedáronse solamente cien hombre útiles, y con ellos subió Quesada a tierra más alta, en la que encontró sementeras indígenas de maíz y yuca. Tenían qué comer, pero les faltaba la sal, y esto fué causa de otras enfermedades. Para colmo de males, caían unos aguaceros tan copiosos y seguidos que se les pegaba la ropa al cuerpo, y tanta humedad causó una epidemia de espundia. Algunos perdieron el juicio y murieron casi rabiando. Entre muertes, deserciones y licencias fueron aminorándose

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

tanto, que sólo le vinieron a quedar a Quesada veinticinco compañeros, con los que avanzó hasta San Fernando de Atabapo, en la confluencia del Guaviare con el Orinoco. En este punto, cansado de luchar con el hambre, con las plagas de mosquitos, jejenes y garrapatas, y con las enfermedades de los trópicos, y más que todo, convencido de lo inútil de sus pesquisas, emprendió la retirada a Bogotá.

Entre la ida y la vuelta empleó tres años (69-71), habiendo librado con vida, de trescientos españoles, nada más que sesenta y cuatro, cuatro indios y diez y ocho caballos. Una de las pérdidas más sentidas fué la de fray Antonio Medrano, que había empezado a escribir la Historia del Nuevo Reino, y por ver esta jornada emprendió el viaje, muriendo de fiebre en los pantanos de Guaviare. De haber sobrevivido a la expedición, tendríamos de ella una crónica tan detallada e interesante como la del Padre Gaspar Carvajal sobre la de Gonzalo Pizarro y Francisco Orellana.

El viejo Quesada perdió en la empresa doscientos mil ducados; pero, por más que parezca increíble, a pesar del terrible fracaso suyo y de su hermano Hernán, buscando el Dorado en las sofocantes tierras bajas del Meta y del Guaviare, todavía seguía creyendo en la exis-

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

tencia de aquel mito, hasta el punto que consideraba esa región como el legado más valioso que podía trasmitir a sus herederos. A falta de hijos legítimos, en su testamento nombró por su heredero de la gobernación de la *Provincia de los Llanos,* a don Antonio Berrio, casado con su sobrina doña María de Oruño.

Fué la muerte de Quesada el año 1579, en Mariquita, ciudad fundada en la margen izquierda del Magdalena. ¡Lástima grande que la historia de este personaje, que empezó con el magnífico descubrimiento y conquista del reino chibcha, acabase con el fracaso de una aventura! Recuerda la de Colón, que tras haber descubierto la América, finalizó sus viajes errabundo entre los cayos antillanos.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAPÍTULO XV

Antonio Berrio

Lo inútil de las pesquisas de Hutten, Proveda, Silva y los Quesadas, convencieron a la gente, no de que el Dorado no existía, sino que en vez de buscarse en la región de los llanos o en las cabeceras del Amazonas, debía hacerse en otras comarcas adyacentes, hasta entonces inexploradas. ¿En cuáles? ¿Dónde descubrir el misterioso escondite del áureo personaje? A estas preguntas contestaba satisfactoriamente un caso singular ocurrido en la isla Margarita, y que causó honda impresión en los colonos de Venezuela y Nueva Granada.

Ya se recordará de aquel Juan Martín de Albujar, único sobreviviente de la jornada de

Universidad Pontificia Bolivariana

Una turba de criados untaba a todos con cierto bálsamo, y con cañas huecas les soplaban un finísimo polvo de oro...

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

don Pedro de Silva, llegado a la isla después de un cautiverio de diez años entre los indios del Orinoco. Ese Martín contaba cosas estupendas, maravillosas; una de tantas, que había estado en la gran ciudad de Manoa, siendo huésped mucho tiempo del rey dorado, el cual le había agasajado y dado alojamiento en su palacio. Por su testimonio, la ciudad era tan grande, que habiendo entrado en ella una mañana, necesitó dos días para llegar al palacio, que estaba al otro lado extremo de la población. En todo el trayecto admiró las imágenes resplandecientes de oro de los templos, los ricos chapeados de las puertas y el lujo de los moradores. Vivían éstos en una orgía continua; una fiesta se sucedía a otra, y las danzas, los cánticos y las libaciones, parecían ser los únicos cuidados de aquella gente feliz. En un día señalado, desnudaban al rey y a toda su corte; una turba de criados untaba a todos con cierto bálsamo, y con cañas huecas les soplaban un finísimo polvo de oro. De este modo la corte salía en público, como una procesión de imágenes de oro automáticas que, heridas por un sol resplandeciente, se encaminaban, solemnes y pausadas, a orillas de un lago, en el que hacían sus abluciones, dejando, entre otras ofrendas, el oro de que en el baño se desteñían.

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

Era la antigua fábula del rey Guatavita. El buen Martín la había aprendido en Bogotá, y se engañaba a sí mismo y engañaba a los demás, imaginándosela en las florestas del Orinoco, sembradas con los huesos de sus compañeros en la jornada de Silva. Quizá los padecimientos sufridos en el cautiverio hubieran trastornado el juicio de aquel hombre, convirtiéndole en visionario. Lo cierto es que lo contaba muy seriamente, que se ofrecía a enseñar el camino, y que lo mismo repitió a la hora de su muerte, o como es más presumible, en el delirio de la agonía. De todos modos, la relación de Martín fué creída, y por ella, la mansión del Dorado se trasladó a orillas del Orinoco, en las tierras bajas de la Guayana.

La imaginación popular, como el girasol, sentía la fascinación del Oriente; así como esta flor sigue embelesada el curso del sol, y cuando éste se pone se vuelve a mirarle por donde sale, así los buscadores del Dorado, a cada fracaso, volvían a perseguir su ensueño, cada vez más hacia el naciente.

Digamos, pues, algo sobre el nuevo territorio por el que se van a internar otros aventureros.

Detrás de la cordillera venezolana está situada la cuenca del Orinoco. Este río, rival del

Digitized by Microsoft ®

Amazonas, tiene unos quinientos tributarios, y su longitud es de 1.500 millas, de las cuales 1.200 son navegables. En la primera mitad de su curso corre hacia el Norte; en la segunda, tuerce directamente al Este, hasta desaguar en el Atlántico. Cerca del punto donde el Orinoco sigue este segundo rumbo, recibe uno de sus principales afluentes, el Apure, que desciende de las cordilleras orientales de Colombia y atraviesa el centro de la «región de los llanos». Estos vastos territorios se extienden por el Este hasta el vértice del delta del Orinoco; en Venezuela cubren una superficie de 150.000 millas cuadradas, y en Colombia, 120.000.

A su vez, el Orinoco, el Negro y el Amazonas forman las fronteras naturales de otro extenso territorio de unas 20.000 millas cuadradas, la *Guayana,* que, como por el lado Este tiene el litoral atlántico, viene a formar una especie de isla.

Cuando Colón descubrió el Orinoco, lo consideró como uno de los dos ríos bíblicos que riegan el paraíso terrenal; es decir, que para el almirante este paraje debía estar situado en la Guayana. Años después, Ojeda volvió a dar vista a la boca del río, y sucesivamente se fueron internando por él Diego de Ordaz, Alonso de Herrera y don Pedro de Silva; todos con suerte

desastrosa. Era, por consiguiente, la Guayana tierra de misterio, muy acomodada para ilusión de aventureros.

Aun en nuestros días sigue siendo casi desconocida, y las únicas poblaciones están en la costa. Las mayores dificultades que se oponen a su exploración son los impenetrables y extensos bosques, cuajados de ciénagas y pantanos. Dos estaciones bien marcadas reinan allí: la seca y la lluviosa; esta última, de marzo a junio; y el tránsito de una a otra va señalado por terribles huracanes, que tronchan árboles y matan animales y hombres. La naturaleza ha amontonado allí sus dones: la vainilla, el algodón, el índigo, café, cacao y una flora (que el botánico Aublet fué el primero en dar a conocer) rica como ninguna; pero estos tesoros vegetales, lo mismo que el oro, que también rinde en cuantía, sólo se encuentran muy tierra adentro, en los dominios de gigantescas serpientes, de tigres y caimanes, de monstruosas arañas y de feroces insectos. Tanta riqueza no es más que una mortaja tropical para el hombre blanco.

Los aborígenes pueden clasificarse entre los moradores de la costa y los que viven a orillas de los ríos. Los más famosos son los *galibis, arrovacas, acoguas, palicuras*, etc. (Hasta trein-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ta tribus cuenta Barrère, viajero del año 1740, sólo en la Guayana francesa.) Los españoles los englobaban a todos con el nombre común de *caribes* o comedores de carne humana; ágiles, membrudos y de aspecto feroz, por la costumbre que tienen de tatuarse la cara, pecho y brazos, con el zumo de plantas tintóreas, y de deformar sus cabezas, por presión, en forma de mitra o pirámide triangular. La caza y la pesca son sus únicas ocupaciones; pero son valientes guerreros, tienen la vista del águila, el oído del ciego, los pies del ciervo, y el olfato del perro. Viven, por lo general, en *barbacoas* o casas sobre postes de madera, para preservarse de la humedad del suelo y de la ferocidad del tigre; de donde la conseja de los españoles de que estos salvajes vivían en los árboles.

Antonio Berrio, el sobrino de Quesada, no ignoraba todo esto, y menos el trágico fin de sus precursores en la entrada que intentaba hacer en esta tierra; pero todo ello no le desanimó a probar fortuna.

Uno de tantos nombres indígenas del Orinoco era Barraguán, y los neogranadinos vinieron en llamar «Valle de Barraguán» a la hoya de aquel río, singularmente la formada entre las confluencias del Meta y del Apure, donde ter-

minan los llanos de Casanare. En dicho punto, al que llegó Berrio en 1584, tuvo noticia por un indio de un Lago Manoa o lago dorado, no muy distante de allí, y empezó a navegar Orinoco abajo con mucha lentitud, explorando a derecha e izquierda. ¡Todo inútil! Cansado de atravesar una serie interminable de bosques y llanos cenagosos, viendo su gente diezmada por la fiebre y las flechas envenenadas de los salvajes, hubo de retroceder a Bogotá, después de un viaje de tres años.

En esta expedición los españoles rescataron por primera vez la *piedra jade*, o piedra del Amazonas, que los indios del Orinoco tienen en más estima que el oro, por su dureza y el brillo de sus facetas cuando es tallada; un feldespato amarillo claro, verde oliva o blanco, según las variedades. Estos amuletos indios, únicos trofeos de la jornada, mal podían servir de reclamo para nuevas aventuras en la región en donde se suponía el Dorado, y reconociéndolo así Berrio, y lo difícil que sería reclutar gente en Bogotá para otra expedición que proyectaba, apeló al recurso de los enganchadores en todo tiempo, o sea el pomposo reclamo de quiméricas riquezas y bienandanzas, que excitan la codicia y el entusiasmo de los crédulos.

Para ello comisionó a España a un Domingo

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

de Vera, hábil reclutador que sabía pintar con mágicos colores las empresas en que estaba interesado. Ante todo, Berrio y Vera, con unos pocos aventureros de Bogotá que quisieron acompañarles, bajaron segunda vez el Orinoco, y en la confluencia del Caroni, cerca de la costa, fundaron la población de *Santo Tomé de Guayana* (hoy Ciudad Bolívar) como base de operaciones para el áureo descubrimiento. De aquí partió Vera a España, y, en efecto, se dió tanta maña en su comisión, que embarcó pazguatos a centenares, mostrándoles oro y esmeraldas de Nueva Granada, pero que él aseguraba se encontraban a tropezones en el Lago Manoa. Lo mismo que Silva, veinticinco años antes, Vera sacó también gruesas sumas de dinero a mercaderes y altos personajes con el cuento del rey Dorado. Muestras de la credulidad de la época y del talento propagandista del agente de Berrio, es que la corona quiso contribuir a la empresa con 70.000 ducados (unas 500.000 pesetas, sin tener en cuenta el valor variable de la moneda).

Vera no se había comprometido con su gobernador sino a llevarle unos 300 hombres; pero ante la imposibilidad de rechazar a tanto accionista y copartícipe de la empresa, embarcó consigo hasta 2.000 personas, y «eran mu-

Univ. Salm. Digitized by Microsoft ®

chas más cuando desembarcaron—escribe el padre Simón,—porque, como iban muchas mujeres preñadas, parieron muchas en los navíos».

Entretanto, el infatigable Berrio había fundado en la isla de Trinidad, frente al golfo de Paria, la población de *San José de Oruño*, a contemplación de su esposa, de este apellido. Cuando llegó Vera, la gente que traía, como era tanta, y no podía albergarse en este rancherío, hubo de repartirse entre San José y Santo Tomé. Como al Sudeste de este último punto se decía estaba el Lago Dorado, los más ansiosos quisieron ser los primeros en ir a la costa. Hiciéronlo en canoas y pequeñas embarcaciones, luchando contra el oleaje del golfo de Paria y la impetuosa avenida del Orinoco, que allí descarga; de suerte que la travesía fué muy lenta, y muchos de los aventureros se ahogaron, o fueron despedazados por los caribes que acechaban en las orillas. Al fin llegaron unos trescientos a Santo Tomé, donde les esperaba el gobernador Berrio, quien se dió prisa a ir con ellos al magnífico descubrimiento de Manoa.

La campaña fué breve, porque la fiebre, el hambre y los caribes aniquilaron la tropa hasta el punto de dejarla reducida a treinta hombres.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAPÍTULO XVI

Walter Raleigh

Entra ahora en escena un nuevo personaje, el inglés *Sir Walter Raleigh*, que, por su romántica historia como cortesano, navegante y colonizador, ocupa lugar distinguido entre los caballeros del Dorado.

Sir Walter Raleigh, o, como él mismo escribía, Ralegh, descendía de una antigua familia de Devonshire. Nació en 1552. A los diez y seis años de edad entró en el colegio de Oxford, de donde se trasladó a Londres, a estudiar abogacía; pero con motivo de una leva de voluntarios en favor de los hugonotes franceses, abandonó los estudios, y se enroló como soldado cuando sólo tenía diez y ocho años. Estuvo en filas cin-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

co, y en los Países Bajos peleó contra los españoles. En este período adquirió el gusto a las aventuras y ese espíritu inquieto que le acompañó hasta la muerte.

Cuando en 1579 regresó a Londres, fué protegido por su pariente, Sir Humphrey Gilbert, que tenía un privilegio para un viaje de descubrimiento a la América Septentrional. Juntos hicieron el viaje; pero en la empresa perdieron su mejor buque, sin descubrir nada. A raíz de este desastre, España había enviado a las costas de Irlanda tropas de desembarco, que consiguieron hacerse fuertes en Kerry, en la provincia de Munster. Raleigh pidió el empleo de capitán al gobernador inglés de la comarca, ofreciéndose a desalojar a los extranjeros, como lo consiguió, haciendo que el general Josefo le entregara su espada. Esta hazaña llegó a oídos de la reina Isabel, que empezó a interesarse por el joven capitán.

Raleigh era un guapo mozo, alto de estatura, y de elegantes maneras, cualidades que él realzaba con la pompa de costosos trajes. Un día que la reina paseaba por una plaza de Londres, como Raleigh viera que la yerba estaba mojada, se adelantó resueltamente, y con gentil donaire tendió su rica capa de terciopelo para que la pisara Isabel. Con esta galantería, tan atre-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

vida como original, se dió a conocer personalmente a su soberana. El principal atractivo de Walter era una elocuencia natural y el ingenio que ponía en su conversación, dotes que cautivaron a Isabel, quien le nombró caballero de su corte. Con el favor real organizó, en 1584, una expedición naval a las costas de Wigandocoa, de las que trajo al año siguiente el tabaco a Inglaterra, apresando en la travesía un buque español cargado de oro. Para más halagar a su reina, dió el nombre de *Virginia* a la tierra donde estuvo.

De esta hecha ascendió a privado de Isabel, y en poco tiempo se vió honrado con los empleos de senescal de Cornuailles y «Lordwarden», o gobernador. Casi al mismo tiempo entró en el Parlamento, donde se distinguió por su acertada intervención en los negocios públicos. Se le acusa de haber contribuído, con su voz y voto, a la pérdida de la infortunada María Estuardo.

La pompa oficial no le distrajo de su afición a los viajes, y en 1587 equipó nuevas flotas para nuevos descubrimientos. Dos años después fué lo de la «Armada invencible», y Raleigh sobresalió entre los magnates ingleses por sus donativos y la ayuda personal que en esta ocasión prestó a su patria.

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

Por esta época tenía formada una sociedad de comerciantes para la colonización de la Virginia; pero volvió a aplazar su viaje para meterse en otra empresa bélica. La reina Isabel ayudaba a don Antonio del Crato, pretendiente a la corona de Portugal, en oposición a Felipe Segundo, y en la Coruña se hacían aprestos contra Inglaterra. Sabido esto por Raleigh, tomó el mando de una división naval, entrando en el puerto de aquella ciudad en el que quemó muchas naves, pero sin más consecuencias, porque fué rechazado por los habitantes, entre los que se distinguió la heroína Mariana Pita, que mató a un abanderado inglés.

Luego pasó a Irlanda, donde conoció al célebre Spencer, al que se llevó consigo a Londres, presentándole en la corte. Spencer consigna el hecho en una de sus pastorales, que dedicó a Raleigh. La casa de éste en Londres estaba abierta a todos los artistas, sabios y literatos de nota, y el mismo Walter sentó plaza de escritor. Sin embargo, el favor real le había creado envidiosos y rivales; se le acusó de predicar el ateísmo en sus escritos y de otros tropiezos, y cuando más necesitado estaba del patrocinio de su soberana, vino a perderlo por una intriga de amor. Walter amaba a la hermosa lady Troughmorton, dama de la reina, y al fin se casó con

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

ella, lo que sabido por Isabel, hízole meter en prisión por algunos meses, y, al devolverle la libertad, le prohibió entrar en la corte. En este tiempo de carcelaje, Walter se dió a la lectura de viajes, y lo que más le sedujo fueron las *Crónicas de Indias* de Herrera, de Zárate y de Gomara, en las que tan al vivo se describen las gestas españolas del Nuevo Mundo, y, entre otros episodios, la leyenda del Dorado. A todo esto, un capitán Popham, le hizo sabedor que, viniendo de América, había capturado un barco español, y que entre la correspondencia secuestrada tropezó con una carta en la que se daba cuenta del suceso del día en Venezuela: la muerte del soldado Martín, y su revelación del Dorado de Manoa. Entusiasmado con esta noticia, Walter formó el proyecto de quitar la Guayana a los españoles, no bien recobrara la libertad.

Conseguida ésta, envió un confidente a la Trinidad y Guayana para que le informara de la estrategia de las colonias españolas y de lo que se decía en el país sobre el nuevo imperio, Las noticias no pudieron ser más halagüeñas. Santo Tomé y San José de Oruño eran unos rancheríos indefensos, y el gobernador español se aprestaba a nueva conquista del Dorado. Temiendo Walter llegar demasiado tarde, y re-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

suelto, en último caso, a disputar a los españoles de la Guayana el preciado descubrimiento, se embarcó sin dilación, saliendo de Plymout precisamente en el mismo mes y año que la flota de Vera zarpaba de Sanlúcar con los reclutas del Dorado.

Para más semejanza, Raleigh había sabido despertar en Inglaterra idéntico entusiasmo por este mito, que Vera en las provincias castellanas; banqueros de la *city*, miembros del Parlamento y personajes de la corte apoyaron la empresa, y se cuenta que uno de los mayores accionistas fué sir Roberto Cecil, así como uno de los armadores de la flota, el lord almirante del Reino Unido.

Lo que Raleigh ocultaba, seguramente, a sus sesudos paisanos, eran las catástrofes y el trágico desenlace de las expediciones españolas hechas con el mismo objeto; de todos modos, la codicia es pasión tan inglesa como española, y de ella se valió Walter para encontrar recursos con que intentar una aventura que, de salirle bien, le devolvía el afecto de su soberana haciéndola emperatriz del imperio de la Guayana, mucho más rico que cuanto se había descubierto en Indias.

Acariciando este bello ideal, el noble aventurero enderezó rumbo a las bocas del Orinoco,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

en febrero de 1595. A la altura de las Canarias sorprendió dos buques que navegaban en conserva: español el uno, flamenco el otro; y como todo lo que podía redundar en perjuicio del rey de España había de ser grato a su reina, los apresó, haciéndose dueño de un rico cargamento de vino que iba consignado a las colonias españolas. Este acto de piratería—y se califica así, pues había cesado la guerra entre España e Inglaterra—hízolo Walter como preámbulo de lo que imaginaba con los descuidados españoles de la Trinidad, a la que aportó después de un felicísimo viaje de cuarenta y cinco días.

En San José, capital de la isla, halló Walter algunos colonos españoles y las familias de los expedicionarios que habían venido con Vera, todos necesitadísimos de ropas y más aún de víveres, pues la mayor parte de los bastimentos se habían destinado a la Guayana, donde operaba la tropa con el gobernador Berrio. Al olor del buen vino que los ingleses traían en sus navíos, acudieron los vecinos a bordo a comprar algunas cántaras; Raleigh se las vendió a peso de oro, y como notara la presencia de algunos soldados, les obsequió liberalmente con buenos picheles de aquel vino que, como se recordará, había robado a un buque español. No es extraño, por tanto, que los pobres diablos lo

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

encontraran de su gusto, como vino de su tierra, y que a fuerza de libaciones se les alegraran las pajarillas y Walter les sonsacara las noticias que le convenían. Anclado estaba en el puerto, cuando llegó Berrio de su frustrada expedición a la Guayana, y Walter le engañó haciéndole creer que estaba de paso para la Virginia. Le invitó a bordo, hízole sentar a su mesa y le brindó con el preciado vino.

Al gobernador le pasó lo que al último soldado; alegre con las libaciones del divino licor, que sin duda no había probado en mucho tiempo, se olvidó que era ilícito el trato con herejes luteranos, y puesto sobre el tapete el asunto del Dorado, contó a Raleigh cuanto sabía acerca del camino que había seguido para remontar el Orinoco, ponderando la riqueza de la región y afirmándose en su esperanza de dar con la gran Manoa. Ya que Raleigh supo lo que quería, desembarcó una noche su mosquetería, y al amanecer sorprendió al cuerpo de guardia española, apoderándose fácilmente de la población y tomando preso a Berrio. Sir Walter Raleigh, *el gran Raleigh,* como le llaman sus paisanos, sería muy caballero, pero su conducta en Trinidad es análoga a la del bandido Lope de Aguirre en la Margarita; sin embargo, el *sir* se jactá de ello en la relación de su viaje, cuyo

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

título es hipérbole sobre hipérbole: *The discovery of the large, rich and beautiful Empire of Guiana, withe a relacion of the great and golden city of Manoa.*

Se conoce que el aventurero inglés se sabía de memoria las crónicas españolas de Indias, lo que no es de extrañar, pues algunas estaban traducidas al inglés, porque, una vez dueño de la Trinidad, convocó a los indios y les dijo un *speek* por el estilo de la famosa arenga de posesión que los capitanes castellanos tenían estereotipadas cuando invadían un territorio indio (1). En substancia, vino a decir a los caciques:

—Sabed que una reina virgen, soberana del Norte, bajo cuyo dominio tiene un número de caciques mayor que el de árboles que hay en vuestra tierra, y libertadora de todas las naciones oprimidas por los españoles, me envía a mí, sir Walter Releigh, para reduciros también a vosotros y defender la Guayana de la conquista española.

Tras esta arenga, enseñó el retrato de Isabel, que los indios adoraron como un fetiche, y llamando a capítulo a sus nuevos aliados, se hizo informar por ellos sobre el vecino «imperio» de

(1) Puede leerse íntegra en el Apéndice de *Los Compañeros de Colón*, de W. Irving.

Digitized by Google Digitized by Microsoft ®

Guayana. Dijéronle lo de siempre: que en este país, a orillas de un gran río, estaba la gran ciudad de Manoa, cuyos moradores eran ricos y poderosos.

Tan satisfecho quedó con la noticia, que al cacique que hizo de corifeo le dió una moneda de oro de veinte chelines, recién acuñada, con el busto de Isabel; es decir, que vino a darle la misma propina que a cualquier guía de Londres. Bien es verdad que Walter se quedaría tan enterado como antes, de lo que pretendía saber, pues tuvo necesidad de interrogar a su prisionero Berrio sobre la exacta situación de Manoa. Berrio, que seguía titulándose pomposamente, «gobernador de Trinidad, de la Guayana y el *Dorado*», no pudo decirle más, sino que, según sus noticias, Manoa estaba muy tierra adentro, a buena distancia de la costa.

Con esto el inglés hizo sus preparativos para una expedición fluvial de un mes, y terminados, pegó fuego a la población de San José, a fin de guardar las espaldas, por si venían refuerzos españoles de Venezuela; y dejando anclados sus buques mayores en otra ensenada, embocó el Orinoco con una escuadrilla de chalanas y lanchones, con bancos de remeros. Ya en el delta del gran río, pronto se vió perdido en el tortuoso laberinto de brazos confluentes y

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

tributarios, tan grandes, que era difícil distinguirlos de la madre, y aunque se consultara el sol o la brújula, todo era navegar entre un archipiélago de islas orladas de gigantescos árboles. Por fin, a los quince días, los guías indígenas dieron con el cauce principal y Raleigh pudo contemplar las montañas de la Guayana, desde cuyas cimas se divisaba, según él, la fantástica Manoa.

Todo cuanto iba encontrando era para el crédulo aventurero señales de feliz presagio: la sierra de Jonatoca debía de ser el monte Sinaí de aquella tierra de promisión; las piedras que se agachaba a coger, le parecían cuarzos auríferos; la tierra que hollaba, un vasto receptáculo de metales preciosos; y un lago de agua salada, de 200 millas de longitud, *parecido al mar Caspio,* no podía ser otro que el lago Manoa. Walter anticipa la descripción de la gran ciudad, comparándola a la corte de Huayna Capac, en los días más gloriosos de la dinastía incaica, tal como la describe su autor favorito López Gomara.

Mientras su gente organizaba alegres cacerías de patos, él se entretenía en levantar el mapa de la región y redactar su diario de viaje, en el que amontonó inverosímiles cuentos y consejas; dando lo dudoso por cierto, y lo

Univ. Austin. Digitized by Microsoft ®

cierto, de un modo exagerado. Así hizo revivir la fábula de los indios evaipanomas, sin cabeza, que tenían los ojos en los hombros, y nariz y boca en medio del pecho, con cabellera que nacía en la espalda; y la de los tinitinas, que vivían encaramados en los árboles.

Aun no había llegado a la confluencia del Caroní y ya empezaba a disgustarse, porque la tardanza del descubrimiento le abocaba a muchas penalidades. «Obligado a dormir constantemente sobre duras tablas (escribe en su *Relación),* a consumir viandas de apestoso pescado, la ordinaria provisión, y a sufrir el contacto de la ropa, siempre húmeda, me atrevo a asegurar que una prisión de Inglaterra no es más repugnante, sobre todo para mí, acostumbrado a una buena mesa y a otros cuidados.» Por todo esto le pareció más acertado reunirse con sus buques en Trinidad y regresar a Inglaterra, de la que hacía seis meses que faltaba. Dos años, tres, y también cinco, puso la constancia española en igual aventura. Por lo visto, el caballero inglés no era del temple de aquellos capitanes españoles, sus predecesores en la busca del Dorado, para quienes las privaciones y todo género de calamidades eran lo de menos; siempre animando a los suyos con el *¡Adelante, caballeros!* y que sólo retrocedían

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

cuando humanamente les era imposible seguir más allá.

Raleigh fué recibido en Londres en medio de una rechifla general; había prometido lo que no pudo cumplir, y los sesudos ingleses le reprocharon que les había sonsacado el dinero para un negocio ilusorio. Llovieron libelos sobre él y hasta no faltó quien le acusara de haber estado oculto en Inglaterra en tanto su gente iba al matadero de la Guayana. Para desvirtuar estos cargos, singularmente este último, escribió su famoso *Descubrimiento de la Guayana,* en el que se relataba su viaje con los más nimios detalles, con mapas y planos de la comarca que había recorrido, y afirmando, una vez más, que la empresa del Dorado era cierta y que no había expuesto ninguna quimera. Considerando, no obstante, que hablar del Dorado a sus paisanos era perder el tiempo, y que lo más práctico, comercialmente mirado, y de más interés para los accionistas sería ofrecerles el cebo de una mina, anunció que nuevamente se ofrecía a ir a la Guayana, al descubrimiento, «fácil y cierto», de una montaña de oro que colmaría de oro toda Inglaterra. Los hombres son iguales en todas partes, y muchos ingleses se dejaron convencer por el nuevo reclamo de Raleigh, tal como los andaluces y extremeños hicieron caso de Vera.

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

Con todo, de la primera a la proyectada segunda expedición pasaron nada menos que veinte años, porque otros sucesos entretuvieron la actividad del caballero inglés. En este largo paréntesis, el inquieto Walter pasó lances de próspera y adversa fortuna; logró sustituir al conde de Essex en el favor de la reina y tuvo la satisfacción de presenciar la ejecución de su odiado rival; pero Isabel apenas sobrevivió dos años a su favorito, y el nuevo rey, Jacobo, mostró desde un principio mala voluntad hacia Raleigh, odiado también del pueblo, por la parte activa que tuvo en la ejecución de Essex. Complicado en una conspiración estuardista, fué acusado de lesa majestad, y como tal, sentenciado a la pena de muerte, que le fué conmutada por encierro en la Torre de Londres. Trece años estuvo preso y en este tiempo escribió aquellas obras por las que sus paisanos le consideran como polígrafo consumado: una *Historia del Mundo,* un *Arte de buen gobierno,* un tratado de Química, otro de Náutica y otros más sobre asuntos filósofos y militares, amén de algunas poesías. La obra que puso más empeño en divulgar fué su *Descubrimiento de la Guayana,* no vacilando en declarar desde su prisión, que le cortaran la cabeza si no descubría la montaña de oro que él decía había en

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

la Guayana. A instancia de Buckingam, el rey Jacobo le dió libertad provisional para que hiciera el descubrimiento.

No bien anunció la expedición, se le adhirieron una porción de aventureros y accionistas; armó doce buques, bien repuestos de víveres y vituallas, y tales serían los aprestos, que el conde de Gondomar, embajador de España en Londres, hubo de reclamar ante el rey Jacobo, por entender que se iba a atacar la Guayana española. Como las cortes de Londres y de Madrid estaban a la sazón no sólo en buena armonía, sino en amistad, Jacobo dió toda clase de seguridades al embajador español, puesto que, según Raleigh, la famosa mina de oro caía en una parte de la Guayana independiente del dominio español, pero que de toda suerte las instrucciones reales eran que el descubrimiento se hiciera sin molestar en lo más mínimo los establecimientos españoles.

Muy otras eran las intenciones de Raleigh, dispuesto a jugarse el todo por el todo, ya que del éxito de la empresa dependía su libertad, y quizás su vida. Cuéntase que interrogado por un lord amigo:

—¿Qué haría, si no encontraba la mina?

Contestó:

Univ. Calif - Digitized by Microsoft ®

—En este caso trataré de asaltar los galeones de Indias.

—Es decir, ¿que os convertiréis en pirata?

—Robar millones no es ser pirata—repuso Walter.

La verdad es que éste participaba de la opinión general en aquel tiempo, hecha buena por bocaneros y filibusteros, que la paz ajustada en Europa entre dos naciones no era válida en Indias. Además, Raleigh odiaba cordialmente a los españoles, estaba acostumbrado a hacer buenas presas a costa de ellos, y se las prometía felices en los mares de Indias, renovando las hazañas de Drake y de Hawkins, que traían locos a los marinos ingleses.

Resuelto, pues, a todo el viejo Walter (ya contaba sesenta y cinco años), llevó su flota a la Guayana, en agosto de 1617. Como sabía por su viaje anterior, que cerca de la confluencia del Caroni los españoles tenían la ciudad de Santo Tomé y le cerrarían el paso, envió tropa de desembarco, al mando de un hijo suyo, dándole por teniente al oficial Reymis. Mandaba Santo Tomé el gobernador Palomeque de Acuña, que al enterarse de la subida de los ingleses, se preparó a rechazarlos, fortificando algunas barrancas del río y apostando grupos de flecheros indios en los sotos ribereños; pero

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

venciendo estos obstáculos, los invasores llegaron a la ciudad. Al primer choque, un tiro de mosquete mató al hijo de Raleigh, y viendo Reymis que su tropa cejaba, los arengó, brindándoles con el saqueo y la posesión de la fabulosa mina que explotaba el vecindario.

Con este aliciente volvieron a la carga los ingleses, pegando fuego a Santo Tomé—cosa harto fácil, pues las casas eran ranchos de paredes de cañas y barro, y los techos de palma entretejida,—y al entrar en la población mataron en la plaza al gobernador Palomeque. Grande fué la decepción de Reymis al no encontrar la mina con que a todos tenía engolosinados Raleigh, ni siquiera una pepita de oro en la ciudad. Desesperado por esto y por la cuenta que había de dar a su general de la muerte del hijo, se suicidó, y su tropa regresó a la costa. Los compañeros de los buques, al enterarse del fracaso de la expedición, cayeron en la cuenta de que todo había sido una ficción de Raleigh para procurarse la libertad y probar ventura a costa de ellos. En vano aquél trató de darles nuevas esperanzas y buscar oro por otros derroteros; nadie le hizo caso, y casi a la fuerza le hicieron darse a la vela y abandonar las costas americanas.

Univ. Calif. - Digitized by Microsoft ®

Viéndose perdido, trató de desembarcar en

Francia, pero sus marineros le obligaron a volver con ellos a Inglaterra y le entregaron a la justicia real. Como su libertad era provisional, pues según el mismo rey Jacobo dijo al embajador Gondomar, «le había dejado ir a la Guayana, pero con el dogal al cuello», no bien llegó a Londres fué detenido, activándose su proceso, agravado ahora con el incendio de Santo Tomé. De esta hecha fué sentenciado a muerte y decapitado el 19 de octubre de 1618. Murió dignamente, arengando a la multitud y diciendo estas últimas palabras, señalando al hacha del verdugo:

—*Es un medio molesto, pero el más seguro para cortar de una vez todos los males.*

Los ingleses, aun los mismos enemigos de Walter, no perdonaron al rey la muerte de este grande hombre, que como capitán de mar y tierra, como colonizador de Nueva Inglaterra y como escritor y orador, era orgullo de su nación. Cuando, a su vez, murió Jacobo I, apareció esta pasquinada en las calles de Londres, especie de epitafio póstumo de la víctima, por el que se rememoraba al mismo tiempo la traída del tabaco por Raleigh a Inglaterra:

Sir Walter Raleigh, hombre de valía,
grato os será saber que el rey Jacobo
que jamás en la tierra echara humo,
en el infierno lo hecha como un horno.

Univ. Carlos III de Madrid. Microsoft ®

Lo que más irritó a los patriotas fué que hubiera sido inmolado en aras de España, la enemiga tradicional de Inglaterra; de ahí que le apellidaran *mártir del imperio colonial inglés.* El, por su parte, se había titulado descubridor de la Guayana, como si no hubieran existido los Ojedas, los Ordaces y los Silvas, que mucho antes que él vieron el Orinoco y exploraron la región.

Walter Raleigh no descubrió nada en la América meridional, ni nada conquistó; tan siquiera peleó con los indios, porque a los caciques se los hizo amigos con el vino robado en Canarias; a pesar de todo esto ha quedado como el prototipo de los Caballeros del Dorado. El caso de Américo Vespucio, suplantando la gloria de Colón, se repite en Raleigh con su famosa obra del *Descubrimiento del extenso y y hermoso imperio de Guayana, con una relación de la grande y dorada ciudad de Manoa.*

Más que de una obra geográfica trátase de un libro de un viaje fabuloso, por el estilo del *Libro de las maravillas del mundo,* del inglés sir John de Mandeville, a fines del siglo XIV. Lo mismo que el de éste, el libro de Raleigh va adornado con estupendos grabados en madera, que reproducen al vivo las principales monstruosidades y patrañas del texto: unicornios y

Univ. Calif - Digitized by Microsoft ®

centauros, cinocéfalos, hombres con los ojos y la boca en el pecho, endriagos, etc. Mediante hábiles invenciones llegó a reconstruir un itinerario que fascinó y deslumbró a sus contemporáneos por las brillantes descripciones; pero toda esta fábrica, restauración quimérica de las noticias historiales de los historiadores españoles de Indias, no merece crédito, no ya por este calco evidente, sino por lo vago del itinerario, por el aspecto de compilación que toda la obra tiene, y por las increíbles fábulas que refiere, algunas de ellas transmitidas por los naturalistas de la antigüedad a la Edad Media. Pero todo este cúmulo de defectos obraron a la inversa; el libro de Raleigh ha quedado como la epopeya del Dorado, y su autor, el héroe por excelencia de la leyenda.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAPÍTULO XVII

La novela del Dorado

Aquí concluye el ciclo heroico de los caballeros del Dorado. A fuerza de desengaños, los paladines de Indias envainan los aceros y cesan en la persecución del minotauro, que sólo devora vidas y haciendas. La fábula va perdiendo prestigio, y poco a poco plasma en noción sanchopancesca del mejor de los mundos posibles, ridiculizada por Voltaire en su *Cándido* o el *Optimismo*.

El protagonista de esta obra, viaja por la provincia del Dorado, que Voltaire sitúa en la Guayana. Cándido y su criado Cacambó, la descubren desde una altura, en dilatado horizonte rodeado por todas partes de montañas inaccesibles.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Todo aquel inmenso espacio de tierra aparecía cultivada, tanto para la necesidad como para el deleite de sus habitantes; dondequiera que dirigían las vista se veían hermosos caminos, y corrían por ellos muchos carruajes de extraña forma y de una materia brillante, y en ellos hombres y mujeres de maravillosa hermosura; tiraban los carros o coches unos carneros de color de púrpura, y de tan extraordinaria ligereza, que ni los caballos andaluces ni las yeguas de Tetuán y Mequínez pudieran igualarlos.

Encamináronse al primer lugarcillo que se descubría, y vieron a la entrada de él unos chicos con vestidos de glasé de oro, pero muy desgarrados y hecho jirones, que jugaban a la rayuela; detuviéronse un poco a mirarlos, y observaron que tiraban con unas piezas redondas, poco mayores que el peso duro, unas amarillas, otras coloradas, otras verdes, otras azules y todas muy resplandecientes. Dióles gana de examinar de cerca lo que aquello fuese, y advirtieron que las que no eran de oro purísimo, eran esmeraldas, zafiros, topacios, rubíes, y cualquiera de ellas digna de adornar la mitra del emperador del Mogol. Cándido dijo a su criado:

—Sin duda que estos caballeritos son los hijos del rey, que se entretienen en jugar a la rayuela.

En esto apareció por allí el maestro, y dijo a los niños que ya era tiempo de volver a la escuela, que ya se habían divertido bastante.

Cándido, hablando otra vez a su criado, le dijo:

—Mira si yo tenía razón; éste, a lo que parece, será el preceptor de los señores infantes.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Los andrajosillos dieron fin a su diversión, y co-

rriendo y saltando se marcharon con el maestro. Cándido echó de ver que se habían dejado tirados por el suelo los tejillos con que habían jugado; se apresuró a recogerlos, dió voces al maestro que ya iba un poco distante, le hizo detener, y llegándose a él con mucha cortesía, le manifestó por señas y ademanes que sus altezas serenísimas se habían dejado olvidadas aquellas preciosidades, y le suplicaba tuviese la bondad de recibirlas. El maestro le miró de alto a bajo, se sonrió, tomó los tejos, volviólos a tirar a una zanja que había inmediata al camino, y se marchó.

Amo y mozo se ocuparon en recogerlos y se llenaron las faltriqueras de enormes topacios, carbunclos y amatistas.

—¿En qué mundo estamos? —decía Cándido a su criado,—¿qué tierra es esta?, ¿qué educación darán a estos príncipes, cuando los acostumbran desde su niñez a despreciar de esta manera los metales y pedrerías más exquisitas? ¿Qué te parece?, ¿qué dices de esto?

Pero Cacambo no decía nada, porque estaba, poco más o menos, tan aturdido y maravillado como su señor. Encamináronse a la primera casa del pueblo, comparable con cualquiera de los palacios de Europa. Bullía gente en el portal, y parecía que también adentro había concurso; sonaba una música muy agradable, y por puertas y ventanas salía un olor de comida, tan halagüeño y provocativo, que excitaba inmediatamente el deseo de entrar. Cacambo, acercándose un poco, oyó que hablaban en peruano, que era precisamente su lengua materna; porque el lector no debe ignorar (a no ser que se le haya olvida-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

do) que Cacambo había nacido en un lugarcillo de Tucumán, en donde aquella lengua es familiar y corriente.

—Yo seré su intérprete de usted—le dijo a su amo;—vamos adentro, que esto tiene trazas de ser una taberna.

Dos criados y dos mozas de aquel figón o bayaca, o lo que ello fuese, vestidos de terciopelo con bordaduras de oro, y anudados los cabellos entre cintas y sartas de perlas, les convidaron a que se sentasen a una mesa de ébano y marfil que había en el primero de aquellos salones. Sirviéronles cuatro sopas diferentes, guarnecidas cada una de ellas con un papagayo relleno, después un gavilán cocido que pesaba doscientas libras, después dos monos asados de un sabor exquisito, un magnífico lagarto guarnecido de caracoles, trufas y espárragos, y trescientos pájaros-moscas espetados en agujas de platina, verduras, compotas, pastas, frutas, helados, todo delicioso y servido en platos de cristal de roca, y muchos y excelentes licores fermentados de pita y de caña de azúcar, con los cuales llenaban muy a menudo los criados unas profundas copas de lapislázuli, que hacían pedazos tirándolas al suelo luego que habían servido una vez.

Los demás huéspedes que comían en otras mesas eran la mayor parte de ellos arrieros, trajineros, carromateros y algunos mercaderes de feria; pero todos tan atentos, tan corteses, que habiendo hecho algunas preguntas a Cacambo con la más delicada circunspección, respondieron a la que él les hizo de una manera tan elegante y fina, como pudieran los más remilgados académicos. Acabada la comida,

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

creyeron los dos viajeros que seria conveniente pagarla, y para ello echaron sobre la mesa dos piezas de oro de las más grandes que habían recogido. El figonero y su mujer, al ver aquello, empezaron a reir tan desapoderamente, que se apretaban los hijares para no reventar. Por último, el huésped, conteniéndose un poco, les dijo:

—Bien se conoce, señores, que son ustedes forasteros, y como son tan pocos los que pasan por esta tierra, nos habrán ustedes de perdonar la risa invencible que nos ha causado el ver que ustedes hayan creído pagar la comida con esas pastas, de las cuales nos servimos aqui para empedrar caminos. Esto habrá sido, sin duda, porque ustedes no tienen moneda del país; pero aqui no se necesita para comer, porque el gobierno mantiene a su costa todos los bodegones, tabernas y hosterías establecidas para la comodidad del comercio. Ustedes han comido mal, porque este es un lugarcillo infeliz; pero más adelante hallarán ustedes otra asistencia, y serán servidos como merecen.

Cacambo explicó a su amo todo lo que su huésped acababa de decir, y uno y otro estaban atónitos.

Cacambo hizo saber la inquietud y curiosidad que tenían entrambos al bodegonero, y éste les dijo:

—Yo, señor, soy un hombre muy ignorante, aunque vivo tranquilo y contento con mi ignorancia; pero aqui en el pueblo tenemos un honrado viejo, que se retiró de la corte algunos años hace; es el hombre más instruído de todo el reino, y al mismo tiempo sujeto muy afable y de apacible conversación. Si ustedes quieren, yo los llevaré a su casa, que no está distante.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Dicho y hecho, Cacambo y Cándido, que hacía el segundo papel, guiados por el huésped, se encaminaron a casa del anciano. Era un edificio muy sencillo; la puerta de plata maciza y los techos de la habitación de oro, pero labrados con mucha elegancia. Esperaron un rato en el recibimiento, cuyas paredes incrustadas de pantauras y aguas marinas, suplían con el orden artificioso de los ornatos el corto valor de su materia. El viejo recibió a los dos extranjeros con mucha urbanidad; les hizo sentar en un sofá de plumas de cisne, les presentó algunos licores servidos en copas de diamante, y habiéndose informado del motivo de su visita, les satisfizo de esta manera:

—Yo, señores, he cumplido ya ciento setenta y dos años, y por las conversaciones de mi difunto padre, que fué escudero del rey, tengo larga noticia de la espantosa revolución que padeció el Perú, de la cual él mismo había sido testigo. El reino en que ahora nos hallamos es la antigua patria de nuestros incas, los cuales, habiendo salido de aquí con muy mal consejo, y movidos de funesta ambición, se fueron a conquistar un grande imperio, en donde se vieron después atropellados y destruídos por los españoles. Los príncipes de su familia, que permanecieron tranquilos en esta patria suya, fueron mucho más prudentes, y con acuerdo general de la nación, establecieron que ningún habitante de este pequeño reino saliera de él jamás. Por este decreto, inviolablemente observado hasta ahora, hemos podido conservar nuestra felicidad y la inocencia de nuestras costumbres. Los españoles nunca han tenido más que una idea muy confusa de este país, y ha-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

brá cosa de cien años que un inglés, llamado Raleigh, se aproximó un poco a nuestros límites; pero no logró pasar adelante, y rodeados por todas partes de peñascos inaccesibles y de precipicios, hemos podido librarnos de la avarienta rapacidad de las naciones de Europa, que manifiestan un furor tan insaciable por adquirir los guijarros y el lodo de esta tierra, que a trueque de llevárselos no dudarian de acabar con todos nosotros.

La conversación fué muy larga, y se trató en ella de la forma de gobierno, de las costumbres, de las mujeres, de los espectáculos públicos y de metafísica.

Concluídas estas doctas plácticas, mandó disponer el anciano una carroza tirada de seis carneros, para que en ella, y acompañados de doce criados, se fuesen los dos incógnitos a la corte.

—Ustedes me habrán de perdonar—les dijo—si no voy en su compañía: mi edad, mis achaques, me impiden hacerlo; pero el rey les admitirá a ustedes a su presencia con tanto agasajo, que estoy bien seguro de que ustedes quedarán contentos, y si entre nuestros estilos y costumbres hallasen ustedes algunas que no sean de su aprobación, espero de su mucha cortesía que sabrán disimularlo.

Subieron Cándido y Cacambo a la carroza; los carneros volaban, y en menos de cuatro horas se hallaron en la capital y a las puertas del palacio del rey, que estaba situado a un extremo de ella. El arco principal tenía doscientos y veinte pies de altura, con ciento de ancho. Es inútil y aun imposible querer explicar de qué materiales se componía aquel edificio soberbio; baste considerar cuán superiores

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

deberían ser a lo que entre aquella gente se llamaba chinarros, arena y lodo, y por acá llamamos oro y piedras exquisitas.

Veinte hermosas doncellas de las que componían la guardia del monarca recibieron a los forasteros al apearse de la carroza, y los condujeron a los baños inmediatamente, los perfumaron muy bien, les vistieron unas ropas delicadísimas, tejidas con plumas de cisne, y habiéndose reunido los magnates y demás de palacio, los fueron obsequiando hasta la habitación real entre dos filas de músicos de a mil cada una, que tañían suave y primorosamente. Cuando llegaron al salón en que estaba el trono, preguntó Cacambo a uno de aquellos próceres, de qué manera convenía saludar a S. M., si era cosa de arrodillarse, o tenderse a la larga, o ponerse en cuclillas, o cruzar las manos sobre la cabeza, o aplicárselas al ambés, porque no querían faltar en nada a la etiqueta.

—La etiqueta —dijo el gran personaje— se reduce a abrazar al rey y besarle en ambos carrillos.

Así lo hicieron Cacambo y Cándido, abrazaron y besaron a S. M., que los recibió con mucho agrado, y les dijo que tendría gran complacencia en que aquella noche le acompañasen a cenar.

Entretanto los llevaron a que viesen algo de la ciudad. Edificios públicos de inmensa grandeza, plazas rodeadas de espaciosos pórticos, sostenidos en columnas de venturina y ágata, fuentes de agua pura, labradas en preciosos jaspes, fuentes de agua rosada, fuentes de horchata, de licores de caña de azúcar y otras bebidas agradables; el suelo empedrado de mármoles de varios colores, y entre ellos artificiosas grecas y cenefas de marquesitas, esme-

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

raldas, zafiros y balajes, y a trechos, hermosos jarrones de pórfido y granito cárdeno, con plantas de clavo, canela y cinamomo, que esparcían por todo el ambiente aromas suavísimos. Quiso Cándido ver la casa en que se juntaba el tribunal de justicia, y le dijeron que en aquella ciudad no le había, porque no se pleiteaba jamás; preguntó si había cárceles, y le dijeron que no, porque no había delincuentes; y para satisfacer en algo su curiosidad, le llevaron a ver el palacio de las ciencias, que fué lo que más le sorprendió, porque en efecto era cosa admirable, y no acertaba a salir de una galería de mil novecientos vienticuatro pasos de largo, toda llena de instrumentos de matemáticas y de física.

Después de haber corrido hasta que anocheció cerca de la milésima parte de la ciudad, los condujeron al palacio del rey. Cándido se sentó a la mesa con su criado, y a sus lados S. M. y muchas damas. En su vida habían comido mejor, en su vida habían oído más chistes ni más oportunos que los que dijo el rey durante la cena. Cacambo se los explicaba a su señor, y aun después de traducidos todavía eran chistes; y entre las muchas cosas que admiraba Cándido, no fué esta la que menos le maravilló.

Dos meses pasaron en aquel deleitoso hospedaje, y Cándido decía frecuentemente a su criado:

—Ello es cierto, amigo, que el castillo en que yo nací no vale nada comparado con este soberbio alcázar en que vivimos; pero ¿qué quieres que te diga? Si nos quedamos aquí para siempre, ¿qué será de nosotros?, lo mismo que todos los demás, sin diferencia alguna; pero ¿no te parece que si volviéramos al otro mundo, llevándonos hacia allá siquiera

Digitized by Microsoft ®

una docena de carneros cargados de peladillas del Dorado, seríamos más opulentos que todos los reyes juntos?

Cacambo se dejó persuadir. Es tan agradable esto de correr el mundo y volver a su tierra haciéndose sujetos de importancia y contar lo que cada uno ha visto en sus peregrinaciones, añadir a lo que se ha visto lo que no se puede ver jamás, y ser el oráculo de las conversaciones en los estrados y en las esquinas, que los dos huéspedes dichosos determinaron dejar de serlo, despedirse de S. M. y abandonar aquella tierra bienaventurada (1).

(1) Traducción de Moratín.

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

CAPÍTULO XVIII

Resultados prácticos de la busca del Dorado

La sátira de Voltaire acabó de desacreditar la ficción poética del Dorado, tal como la sátira cervantina la Caballería andante, y cabe añadir, que una y otra sátira diéronse la mano, supuesto que la áurea leyenda tenía tanto de utilitaria como de romántica. La acción de los héroes del Dorado fué individualista, anárquica. La aventura, por sí misma, les atrae como irresistible imán; cruzan llanos y montañas, selvas y ríos; descabezan indios y fieras; su actividad se consume en perseguir una quimera. Todo esto supone algo más que la fascinación del oro: supone también un espíritu caballeresco propio de los Amadises y Palmerines. El fin

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

material era allegar tesoros; el ideal, convertir infieles y ensanchar los dominios de Castilla. En este sentido, los caballeros del Dorado son algo más que vulgares buscadores de oro: son dignos pares de los más ilustres descubridores y capitanes de Indias.

El Dorado es la encarnación poética de los tesoros indianos, y si, como tantas veces se ha dicho, la fábula precede a la historia, el áureo mito trajo por resultado final la conquista geográfica del mundo de Colón. Los caminos que los hombres del Dorado recorrieron, son materia de una vasta y rica literatura geográfica, y constituyen hoy en día la fuente obligada de consulta para esclarecer muchas cuestiones de geografía política americana. La *cuestión del Putumayo,* por ejemplo, o cuestión de límites suscitada en nuestros días entre Perú y Colombia, versa principalmente sobre territorios dados a conocer por los aventureros del Dorado, entre ellos el distrito de *Mainas,* entre el Napo, el Putumayo y el Caquetá; *Canelos*, entre el Morona y el Pastaza, y *Quijos*, entre el Pastaza y el Napo.

A este tenor se podrían amontonar ejemplos demostrativos del rastro que dejaron los hombres del Dorado, no menos que del genio castellano, esencialmente aventurero, en perpetua

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

obsesión de temerarias empresas y del descubrimiento de países desconocidos.

Sólo las abnegaciones de la ciencia han podido inspirar a otros hombres el deseo de emprender excursiones al interior de la América ecuatorial, campo, como se ha visto, del misterioso Dorado; pero geógrafos y exploradores científicos no hicieron más que un trabajo de coordinación de lo explorado por los aventureros españoles. A este orden pertenecen los viajes científicos de Le Condamine, de Hænke, de Humboldt, de Jorge Juan y Antonio Ulloa, y los posteriores de Orbigny, Tuckner, Raimondi, Crevaux y otros. Tanto es así, que hoy que resurge entre los americanos del Sur el antiguo anhelo de abrir una comunicación fluvial al través de todo el continente, y se compulsan informaciones y acopian antecedentes, resulta que las nociones actuales sobre navegación interior, casi convertidas en tradiciones y consejas, están contenidas en los viejos cronicones de Indias, donde se relata el itinerario de los buscadores del Dorado, relación amplificada y coordinada por los geógrafos del período colonial.

Sí; el misterio que encierra el interior de la América Meridional en sus inmensos territorios, cubiertos de selvas y atravesados por miles de ríos, no está ahora mejor aclarado que en

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

los últimos tiempos de la dominación española. Los americanos del Sur no han heredado el amor a las excursiones lejanas, que antes fué propio de la raza, y ahora es patrimonio de otros pueblos. Además, el fraccionamiento del continente en diez repúblicas, no ha permitido atribuir a las exploraciones un pensamiento común o general, como el que tenían en tiempo del imperio español.

La política de expansión, engendrada por la plétora de población y las necesidades del comercio, modificará, seguramente, este estado de cosas, y para la labor colonizadora surgirán nuevos aventureros, que, en aras de la ambición o de la política, realicen osadas expediciones por los desiertos, bosques y redes fluviales del continente Sur; pero por grandes que ellas sean, nunca amenguarán las gestas del Dorado.

***

Con esto doy fin a esta historia de historias, en la que nada nuevo dije, ni podía decirlo; pues, como anticipé en la «Introducción», está tomada de los viejos cronicones de Indias. Pero ¿cuántos son los que han leído éstos? Menos, sin duda, que los que leerán este libro. Pues esa diferencia de más, ese número de personas para

Univ. Calif. Digitized by Microsoft ®

las cuales Los Caballeros del Dorado hayan sido una verdadera novedad, justifican la utilidad de mi arreglo. Como quiera que sea, terminaré diciendo con Heine, en su *Condenación de los dioses: Todos nos vamos, dioses y hombres, creencias y tradiciones... Puede que sea obra piadosa rescatar estas últimas de los abismos del olvido.*

FIN

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

ÍNDICE

Páginas

INTRODUCCIÓN..... 5
Capítulo I.—La ciudad de Santa Marta..... 9
II.—Historia retrospectiva..... 15
III.—Subida de Jiménez de Quesada a Bogotá..... 26
IV.—Los tesoros chibchas..... 44
V.—El zaque de Tunja y el iraca de Suamos..... 55
VI.—Dramático encuentro de Quesada, Federmán y Belalcázar en Bogotá. 69
VII.—Pedro de Heredia..... 88
VIII.—Jornada de Vadillo..... 104
IX.—El nuevo reino de Granada..... 121
X.—Expedición de Gonzalo Pizarro a la Tierra de la Canela. Descubrimiento del Amazonas..... 127
XI.—Hernán Pérez de Quesada..... 147
XII.—Felipe de Hutten..... 151
XIII.—Pedro de Orsúa, Martín de Proveda, Pedro Miraver de Silva, Diego de Serpa..... 170

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Páginas

XIV.—Gonzalo Jiménez de Quesada en busca del Dorado..... 184
XV.—Antonio Berrio..... 198
XVI.—Walter Raleigh..... 207
XVII.—La Novela del Dorado..... 227
XVIII.—Resultados prácticos de la busca del Dorado..... 237

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

OBRAS DE CIRO BAYO

Lazarillo español	3,00	pesetas
El Peregrino entretenido	3,00	»
Con Dorregaray	3,00	»
El Peregrino en Indias	5,00	»
Chuquisaca o la Plata perulera	3,50	»
Romancerillo del Plata	3,00	»

LEYENDAS ÁUREAS DEL NUEVO MUND

Mucho se ha escrito sobre los famosos hechos de los españole en América, y, sin embargo, el lector de casi todas estas obras ex perimenta el cansancio que inspira lo artificial y amanerado. Nad queda en ellas del carácter rudo y heroico de los conquistadores, n nada se trasluce del ambiente que los rodeaba.

En vista de la desorientación que sufría el público por estas ver siones, algunas elegantes y académicas, pero amaneradas al fin el autor de Las leyendas áureas del Nuevo Mundo, *ha acome tido la tarea de retroceder hasta las fuentes primitivas, tratand cada asunto, no a lo sabio, sino a lo artista. De este modo, la rud poesía de las gestas indianas vibra en cada Leyenda, y las crónica venerables de Indias, que parecen repeler al público con su plúmbe pesadez, tienen ahora el movimiento, el interés novelesco y el enérg co relieve de una epopeya de nuestros días.*

VAN PUBLICADAS

La Colombiada. (El Descubrimiento.)

Los Marañones. (La jornada del Marañón.)

Los Césares de la Patagonia. (La ciudad en cantada de los españoles.)

Los Caballeros del Dorado. (Los tesoros Chil chas, el Cenú, la Guaca, el Dabaibe, el Cacique Dor do, la gran ciudad de Manoa.)

Cada volumen con mapas y grabados

3 pesetas

7725 1

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

University of California Library
Los Angeles
This book is DUE on the last date stamped below.

Phone Renewals
310/825-9188

DATE SENT
ILL-UCD
MAY 08 2006

DUE 3 MONTHS FROM
DATE RECEIVED

YRL-ILL

Form L-9-15m-7,'35

UNIVERSITY of CALIFORNIA
AT
LOS ANGELES
LIBRARY

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®

3 1158 00598 9032

PLEASE DO NOT REMOVE
THIS BOOK CARD

THE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LOS ANGELES

University Research Library

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 1
IBM L30202

E 121 B34C
CALL NUMBER
SER VOL PT

Univ Calif - Digitized by Microsoft ®